

MIKAEL

"¿QUIÉN COMO DIOS?"



NUESTRA COMUNION EN EL MISTERIO DE LA CRUZ

Mons. Adolfo Tortolo

CRISTO: PRESENCIA, ACTUALIDAD Y CONTEMPORANEIDAD HISTORICA

Michele Federico Sciacca

FRANCISCO DE PAULA CASTAÑEDA

Guillermo Furlong

LA PENETRACION MARXISTA EN LAS UNIVERSIDADES ARGENTINAS

Alberto Caturelli

EL SEMINARIO DE PARANA: UN ESTILO DE VIDA

Alfredo Sáenz

EL PENSAMIENTO NACIONAL DE SAUL TABORDA

Juan Carlos Pablo Ballesteros

1

REVISTA DEL SEMINARIO DE PARANÁ

MIKAEL

Director: Pbro. Lic. Silvestre C. Paúl.
Rector del Seminario Arquidiocesano.

Consejo de Redacción: Mons. José María Mestres, Pbro. Emilio Senger, R. P.
Lect. y Lic. Fr. Marcos R. González O. P., Pbro.
Lic. Alberto Ignacio Ezcurra, R. P. Dr. Benedicto
Hancko S. J. Pbro. Lic. Alfonso Frank, R. P. Dr.
Alfredo Sáenz S. J

Secretaría de Redacción: A cargo de un grupo de seminaristas de los cursos
de Teología y Filosofía.

- En los artículos y documentos de nuestro Arzobispo así como también en los editoriales, queda expresada la posición oficial de *MIKAEL*.
- Los artículos que lleven firma no comprometen necesariamente el pensamiento de la Revista y son de responsabilidad de quien firma.
- No se devuelven los originales no publicados.

PARANA (Provincia de Entre Ríos)

REPUBLICA ARGENTINA

MIKAEL

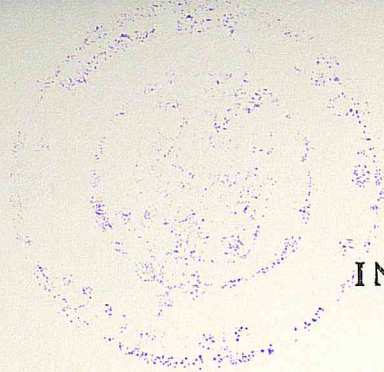
Revista del
Seminario de Paraná

NÚMERO: 09 39
SECCION: Teología
UBICACION: 0939

Año 1 — Nº 1

Primer cuatrimestre de 1973

Registro de Propiedad Intelectual: En trámite.



INDICE

PRESENTACION	3
Mons. Adolfo Tortolo <i>Nuestra comunión en el Misterio de la Cruz</i>	5
Michele Federico Sciacca <i>Cristo: presencia, actualidad y contemporaneidad histórica</i>	16
Ignacio B. Anzoátegui <i>Romance de la barca florida</i> ...	35
Guillermo Furlong S. J. <i>Francisco de Paula Castañeda</i> ..	36
Alberto Caturelli <i>La penetración marxista en las Universidades argentinas</i>	54
Alfredo Sáenz S. J. <i>El Seminario de Paraná: un estilo de vida</i>	69
Texto de Santo Tomás de Aquino (Traducción de Carlos A. Sáenz) . <i>Salutación angélica...</i>	83
Agustín Zapata Gollán <i>Medallas de Santa Fe la Vieja</i> ..	90
Juan Carlos Pablo Ballesteros <i>El pensamiento nacional de Saúl Taborda</i>	94
Documento Arzobispal acerca de la Coronación Pontifical de la Santísima Virgen del Rosario	105
Vida Cultural del Seminario	108
Bibliografía	113

Las imágenes de San Miguel Arcángel (tapa), y de la Santísima Virgen (página 82) son del pintor Juan A. Ballester Peña.

El dibujo de la página 6 ha sido hecho por el seminarista Alberto José Iocco, de Primer año de Filosofía.

PRESENTACIÓN



Más de un lector se preguntará entre perplejo y sorprendido: ¿una nueva revista? ¿para qué? Si lo que está sobrando en estos tiempos es precisamente el papel impreso... Y estamos de acuerdo. Sin embargo, nos atrevemos a presentarnos con una nueva publicación, a riesgo de pecar, tal vez, de presuntuosos. Es que nos impulsa un gran deseo de ser sacerdotalmente útiles a la época y a la sociedad en que vivimos con la publicación de una revista que, a pesar de la limitación de los medios a nuestro alcance, intentará ser una sólida y alta expresión de vida intelectual.

En estos tiempos de confusión en las ideas y de rebeldía en las actitudes, hemos querido ofrecer nuestro modesto aporte a la urgente tarea de clarificación que hoy se nos exige, y para imponernos un ideal, hemos querido bautizar a nuestra revista con un nombre que es todo un símbolo: MIKAEL, palabra original de la que deriva la denominación castellana de San Miguel, quien además es Patrono de Entre Ríos.

Queremos que la Revista del Seminario no sea sólo para sus propios miembros, sino también para el mundo en el cual se inserta; porque entendemos que el Seminario como tal no puede ignorar la cultura de su tiempo, ni renunciar a querer influir en ella mediante una corriente de vital intercambio: dar lo mejor de sí, y también recibir lo mejor y más valioso del mundo circundante. Por lo mismo, sus páginas estarán abiertas a toda legítima expresión del pensamiento.

Colaborará en MIKAEL, en primer lugar, aquél que con su doctrina, en comunión con la del Papa, nos inserta en la vida de la Iglesia, nuestro Obispo. Con ello queremos afirmar nuestro total acatamiento al Magisterio y a la autoridad del Sumo Pontífice.

También lo hará el claustro de profesores, de modo que se refleje en la Revista el fruto de sus investigaciones personales, y ello sea

como una continuación de su docencia diaria. Creemos que la educación es una tarea total. Tarea que incluye desde los mínimos gestos y actitudes cotidianas, hasta el enseñar expreso y francamente tal. Y una de nuestras preocupaciones es educar, no meramente enseñar, “no hacer propaganda sino hacer luz, más exactamente, suscitar la luz que lleva en sí mismo todo hombre que viene a este mundo”. Esto, que fue dicho por otro Director de una gran (no grande) revista, lo hacemos nuestro.

Los seminaristas también participarán en la tarea común que es MIKAEL, reflejando en sus páginas el clima de oración y de estudio que viven en su Seminario.

Y todos los que tengan vocación docente y algo que decir, están invitados a expresarlo en las páginas de esta Revista. De hecho contamos con colaboradores de todo el ámbito de nuestra Patria, y también de Europa, como ya se puede advertir desde este primer número, y esperamos seguir contando con ellos en el futuro.

Dado que el campo de la cultura es muy vasto, daremos primacía a las raíces sapienciales de la misma, prefiriendo las expresiones de la teología y la filosofía, sin excluir por ello el arte, la poesía, la historia, la literatura.

En la crisis actual del pensamiento quisiéramos dar, por sobre todas las cosas, los principios sólidos y permanentes que, como pilotes, estructuran un recto pensar, respetando la legítima pluralidad de la vida de la inteligencia que, en cada persona y en cada circunstancia, sacará las propias conclusiones.

Iluminar el pensamiento contemporáneo significará para nosotros verlo a la luz de Dios, de la teología, de lo sobrenatural —en que lo natural mismo adquiere (respetada su especificidad) la comprensión última y más alta—, que es lo único en que creemos entender algo, y en lo que somos, o al menos queremos ser, especialistas.

Si logramos iluminar o clarificar alguna inteligencia, nos daremos por bien pagos. ¡Que el Señor Jesús y la Virgen su Madre bendigan nuestros afanes!

P. SILVESTRE C. PAUL
Rector del Seminario
Director de MIKAEL

NUESTRA COMUNIÓN EN EL MISTERIO DE LA CRUZ

(MEDITACIÓN)

A los queridos Seminaristas de Paraná, invitándolos a conocer el Misterio de la Cruz desde el interior de Cristo y a vivirlo en El.

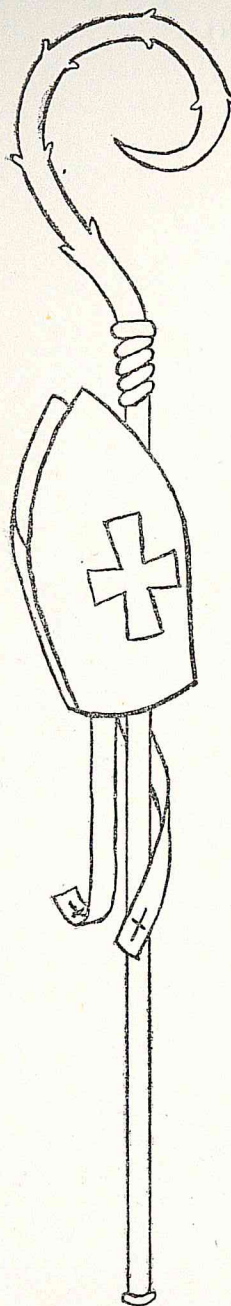
La vida del cristiano está permanentemente tensionada por dos fuerzas: debe vivir en comunión con la Pasión de Cristo, configurado a su Muerte, y debe vivir al mismo tiempo la nueva Vida del Señor resucitado, partícipe del poder de su Resurrección.

Cualquiera sea la línea espiritual o teológica en que nos situemos, cualesquiera sean las disposiciones temperamentales de cada uno, debemos vivir en comunión —“koinonía”, dice San Pablo— con los dos Misterios. Son el núcleo central de nuestro ser cristiano.

De estos dos misterios proviene toda la santidad y toda la vida espiritual del mundo. La Vida divina, comunicada a los hombres, de ellos mana.

Sin embargo, mientras somos peregrinos, con prevalencia inquestionable debemos vivir en comunión con los padecimientos de Cristo, configurados a su Muerte.

En una hora como la nuestra, en la que afanosamente se buscan nuevos caminos y nuevas formas de vida dentro de la Iglesia, es indispensable alentar esa búsqueda, pero sin menoscabo de los valores esenciales. Integrando el Misterio de la Gracia como valor esencial, se nos revela el Misterio de la Cruz.



Esta meditación tiende a subrayar la verdadera condición del cristiano sobre el mundo, la vigencia perenne de la Cruz, la obligación, incuestionada para todo seguidor de Cristo, de vivir en comunión con su Pasión y con su Muerte. Pero afirmamos al mismo tiempo, con todo énfasis, que estamos destinados a la VIDA en su expresión y realidad más absolutas: la VIDA de Dios en Cristo resucitado.

I. EN QUE CONSISTE EL MISTERIO DE LA CRUZ

La Iglesia, fiel escrutadora de la Palabra de Dios y del Plan de su Gracia, como síntesis viva de todo el Misterio de la Redención humana, tomó de San Pablo esta riquísima expresión: EL MISTERIO DE LA CRUZ. Misterio vivo, perdurable, actuante, integrado por Cristo y por nosotros. Misterio al que un día por experiencia personal llamaremos "La Gracia de la Cruz".

El Misterio de la Cruz no se ciñe exclusivamente a las horas de la Pasión histórica y al hecho de su Muerte. Abraza toda la vida de Cristo, singularmente su propia vida interior, vivida cara al Padre y en unión con Él, sumergida toda ella en un agudo y penetrante dolor, espiritual y físico al mismo tiempo.

Sin embargo, el Misterio de la Cruz se centra ciertamente en esas horas supremas del Señor, que Él mismo llamó "mi hora", en las que Cristo vive el summum de su existencia humano-divina. Padecimientos de todo orden que con inimaginable intensidad lo penetran por dentro y lo recubren por fuera.

Pero todo esto asumido por Él, vivificado desde el interior de Sí mismo por la magnanimidad con que su espíritu —y todo su ser— vive esas horas.

Magnanimidad en el amor infinito al Padre, en la aceptación de su voluntad, en su entrega filial, en su paciencia heroica, en el valor redentor contenido hasta en la última vibración de su espíritu. Magnanimidad en dejarse devorar por el fuego interior de su misión divina y bautizarse en el bautismo de su propia Sangre.

Por voluntad divina, expresa en el Plan redentor, toda la Iglesia quedó asociada al Misterio de estas horas. Convertida en Esposa del "Varón de los Dolores" subió decididamente a la Cruz, y allí quedó, allí está, compartiéndola como deber de amor y como gracia.

Esto mismo que ocurrió a la Iglesia, ocurre en el cristiano. El bautismo fue una sepultura en su Muerte, y una exigencia a entrar en el misterio de la Muerte haciéndola revivir en la vida personal.

Esta participación no es un acto; es un proceso vivencial. Es el comienzo de una vocación, común en su raíz a todo bautizado, pero con una especificidad singular para cada uno, según su propia misión y su propio don.

Este llamado al Misterio de la Cruz es parte esencial de nuestro ser y de nuestro existir cristiano. No es una libre aventura espiritual, ni un raptó propio de los místicos. El cristiano nace en la Cruz, se baña y purifica en su Sangre, se fortalece y crece con el fuego interior que no dio tregua a Cristo y que traspasa ahora a cada seguidor suyo.

II. EL MISTERIO DE LA CRUZ ES UN VALOR EVANGELICO

Son muchas las almas que aspiran hoy a vivir los valores evangélicos y a vivir el Evangelio en profundidad. Pero quizá no siempre descubran que el valor evangélico más manifiestamente exigido por el Señor bajo múltiples formas, es el negarse a sí mismo, tomar la Cruz y seguirlo. Valor evangélico indispensable como condición para otros valores. El grano de trigo debe morir para poder dar una espiga con muchos granos. El brote de la vid debe ser podado para aportar más savia y dar más fruto.

El Señor proclamó este valor evangélico con el testimonio de su vida y con el testimonio de su Palabra. Nadie puede negar el estilo heroico con que Cristo vivió su vida y hasta qué punto llevó su constante renuncia personal.

Es un valor que subyace en todo el Evangelio, como elemento esencial de todo su Mensaje. Lo señala a cada paso con energía y vigor, sin la menor ambigüedad, con un acento y una firmeza incommovibles.

Valor evangélico que no desvirtúan los siglos ni los subterfugios de la cobardía espiritual. Al contrario: el mundo moderno a salvar —replasmado al margen de la Fe— exige una medida cada vez mayor, a nivel personal y a nivel de Iglesia, en la realización de los valores que brotan sólo de la Cruz: plenitud cristiana, heroísmo diario y silencioso, disposición auténtica para jugar la vida por Dios y por los hombres, fuego y dimensión apostólica.

A este valor lo exaltó Cristo viviéndolo desde su entrada al mundo, lo escribió luego con su Sangre, lo dejó como legado personal a su Iglesia, a toda alma de buena voluntad, como signo de identificación con Él. Su “kénosis”, su vida virginal, su obediencia hasta la muerte de cruz, su silencio, son capítulos de su gran lección; son fases del valor evangélico que llamamos “Misterio de la Cruz”.

III. COMO ENTRAR EN COMUNION CON LA PASION DE CRISTO

El Misterio de la Cruz se vive no por imitación externa sino por experiencia interna. La vida cristiana es Cristo y Él habita en nosotros.

Sólo la visión profunda del Plan de Dios, su realización por Jesucristo mediante nuestra incorporación a Él, el conocimiento sobrenatural del Misterio de la Gracia, facilitan penetrar en la hondura del Misterio de la Cruz.

Este es el punto central de nuestra contemplación. Tratemos de entrar en él situándonos ahora en la perspectiva de San Pablo, para quien este Misterio fue una revelación superior para toda la Iglesia y una elevadísima experiencia personal.

Cuatro textos de San Pablo, entre muchos otros, nos hacen entrar en el abismo de esta revelación, abismo lleno de luz y al mismo tiempo de tinieblas; textos que el Vaticano II en la Cons-

titución sobre la Sagrada Liturgia y en el Decreto “Ad Gentes”, ofrece a la meditación de la Iglesia en esta hora de renacimiento espiritual:

“Llevamos siempre la muerte —nekrosin— de Jesús en nuestro cuerpo —én to sómati— para que la vida de Cristo se manifieste en nuestro cuerpo mortal” (2 Cor 4, 10).

“Tened en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, Quien se anonadó a Sí mismo hasta la muerte de cruz” (Phil 2, 5-8).

“Todo lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo y entrar en comunión con sus padecimientos, configurado a su Muerte” (Koinonían pathemáton autú, simmorfizómenos to thánato autú). (Phil 3, 10).

“Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y suplo en mi carne —sarkí— lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia” (Col. 1, 24).

La llave maestra para entrar en este misterio es ésta: Dios nos quiso hijos en el Hijo, y nos quiso hijos suyos no por obra de la carne sino por el poder regenerante del mismo germen de Dios. Jesús nos asumió al asumir nuestra naturaleza. Al nacer Cristo estábamos en Él. Al morir y al resucitar Cristo también estábamos en Él. Ésta fue nuestra primera comunión con Cristo, nuestra primera participación real en sus misterios, la primera etapa del Plan de Dios. Fue toda la humanidad y no cada uno de nosotros quien entonces entró en comunión con Él.

Pero el Plan de Dios no se detuvo allí. Gracias a esta estructura divina de nuestra incorporación a Cristo se nos hace partícipes de los Misterios todos de su vida, no de un modo indistinto y genérico como en la primera etapa, sino de un modo concreto, personal. Estamos en Él, y Él en cada uno de nosotros, realizándose una verdadera simbiosis sobrenatural, con una admirable comunicación de bienes. Todo lo de Cristo es nuestro; todo lo nuestro es Suyo.

De este modo, no sólo es posible sino que es lógico y necesario poseer los mismos sentimientos que tuvo Cristo y entrar en comunión con sus Misterios. En sus días terrenales Él los vivió con nosotros para nosotros. Ahora nos toca a nosotros vivir en Él para Él esos mismos Misterios. Él ya no sufre, pero nosotros pode-

mos sufrir en Él y participar con nuestro dolor de hoy en su dolor de ayer.

Ha pasado el fluir de los sucesos de su vida temporal. La muerte ha sido vencida por la victoria de la Resurrección. Sin embargo sus Misterios —su Pasión y su Muerte sobre todo— sustraídos al tiempo, están allí delante del Padre en su eterno “nunc”. Su Pasión y su Muerte, como cristalizadas, están “vivas” en su presencia no sólo como mérito y suceso histórico, sino que subsisten como realidades misteriosas, como subsisten y permanecen las llagas en el cuerpo del Señor.

La materialidad de los actos temporales de Jesús es irrepetible. La realidad sensible ha pasado; su formalidad no. Subsiste lo temporal humano de Jesús de un modo más excelente de lo que ocurre en el mundo físico, en el que nada muere y todo se transforma.

Cristo vivió sus misterios temporales con la totalidad de su conciencia divino-humana, con intensidad suma, como actos redentores, como capital y fuentes de gracia, como hechos vividos en abismal profundidad por la Persona del Verbo. Actos y padecimientos del Hijo bienamado que por toda la eternidad llenarán de gozo el corazón del Padre Celestial.

Estos misterios están delante del Padre, porque están en el Hijo y el Padre los ve en Él; y los ve en Él porque en Él subsisten.

Ahora bien, Cristo es la Vida, aún en el contexto de su propia Muerte. Y vino al mundo para darnos vida, su propia Vida. Pero vivir su Vida sólo es posible en Él. Y lo estamos desde la hora del bautismo.

Sumergidos en la corriente de su Vida entramos en comunión con sus Misterios: Él en nosotros y nosotros en Él.

Desde dentro de nosotros nos dispone, nos adapta, nos hace permeables a las exigencias todas de su gracia, nos introduce en sus Misterios, sobre todo de su Pasión y de su Muerte, cuya virtud nos penetra y nos absorbe.

Esta comunión es paso de vida a vida, es toque de alma a alma; es una “simpatía” sobrenatural por inmersión en todo el

Misterio, es un sentir la realidad de Cristo con la impronta específica de su Pasión, con el sello y los caracteres de su Muerte.

Es todo esto. Pero hay algo mucho más profundo y esencial, que el Misterio encubre, pero que la Fe y el Amor a su vez descubren por el camino de la experiencia interior. Los Santos padecen a Dios, pero no pueden expresar cómo lo padecen. Es la tortura espiritual a la que los somete la exuberancia de la Presencia de Dios.

La comunión con la Cruz y configuración con su Muerte ocurre por connaturalidad con los dos Misterios en su doble aspecto: estático y dinámico.

Por obra de esta connaturalización se nos hace experimentar, traspasar a nuestro interior lo que ocurrió en el interior de Cristo en ese instante histórico de su vida. Y mientras nos hace experimentar este Misterio, nos apremia a reproducirlo en nuestro cuerpo mortal. Mejor dicho: nos apremia a dejarlo crecer y expandir en nosotros.

Esta misteriosa realidad no puede ser vertida en palabras. Se la vive en silencio. Y ciertamente quien la experimenta escucha ya desde el fondo del alma aquel murmullo de las aguas vivas que le dicen: “Ven al Padre” (San Ignacio Mártir), sin dejar el interior del Hijo.

IV. EL APOORTE PERSONAL

Fuimos llamados a compartir los Misterios de Cristo, a vivir en comunión íntima y personal con su Pasión y su Muerte. Se nos invita a vivir estos hechos al modo divino: con alma grande, con la totalidad de nuestro ser.

Cuerpo y alma deben dejarse invadir por el misterio de estos Misterios. La virtud, la “dynamis” que está en ellos nos compromete a manifestarlos en nuestra carne mortal. Hay “un exceso” de lo divino en lo humano, como hay un exceso, una sobreabundancia del alma sobre el cuerpo. La fuerza y poder de Dios rebasan.

Hasta aquí el alma ha sido y debió ser activamente pasiva. Pero el Señor le pide ahora su aporte personal; algo así como la materia del sacrificio, materia proveniente no del lado de Dios sino del lado del hombre, como colaboración activa a la comunión en Cristo.

Hay además leyes espirituales que imponen condiciones, y que revirtiendo sobre sí mismas enriquecen y perfeccionan todo el proceso sobrenatural. Son a su vez la parte del hombre, la cuota y el ofertorio personal. Estas son:

a) La muerte al pecado. — El gran drama humano es más bien un duelo a muerte, descrito por el Apóstol en la lucha permanente de la carne contra el espíritu. Es un duelo en cada uno de nosotros del antidiós contra Dios.

La muerte al pecado es la contrapartida de la muerte física de Cristo. Hay una correlación de tipo y antitipo, como también de causa y efecto.

El pecado desata una lucha espiritual y lucha a muerte, que perdura a lo largo de la vida. Nuestro hombre viejo está crucificado, y, condenado a muerte, muere sin acabar de morir.

La lucha contra el pecado exige al alma continuas renunciaciones, a veces muy secretas, a veces heroicas, que crucifican tanto la carne como el espíritu. Quienes dicen ser de Cristo han de morir al pecado y a sus concupiscencias.

Conviene advertir que el sentido del pecado está en relación con el sentido de Cristo. Una seudoteología moderna que cuestiona el misterio redentor de Cristo, duda de la razón de su muerte y pretende poner en crisis su misma Resurrección; es la seudoteología que niega la realidad del pecado o la soslaya.

b) La oración. — La oración es el medio vital irremplazable para que nuestro espíritu viva, crezca y fructifique.

La oración nos hace descubrir paulatinamente a Cristo, su altura, su profundidad, sus secretos. Al aproximarnos a Cristo nos ilumina con su luz y nos conduce al interior de Sí mismo. Desde allí el interior de Cristo se nos abre, y se comunica a nuestro interior en el silencio.

Conocíamos al Señor, pero la oración nos lo hace conocer de otro modo. A medida que la oración se vuelve más honda, más íntima, más confidencial —y también más callada— la captación de Cristo y de sus Misterios se vuelve más viva, más penetrante, más teologal. Comenzamos a vivir a Cristo y a sus Misterios en su propio clima y no en el nuestro. Nos atrae hacia el abismo, pero abismo de luz.

De este modo nos descubre el Misterio de la Cruz más allá de los sentidos y aún de los conceptos. El Misterio viene hacia nosotros y se hace cognoscible de un modo absolutamente inédito. Cada alma, contemplándolo bajo la acción del Espíritu Santo, encuentra en él toda la obra de Cristo, pero encuentra también aquella visión y aquel don secreto mediante el cual el Misterio de la Cruz es también su misterio personal.

c) Los miserias humanas. — Las llamamos así para darles un nombre. Compuestos de alma y cuerpo, vivimos sobrecargados: ansiedad, angustia, tedio, conflictos interiores, tentaciones, arideces, fracasos. Sensibilidad propia, el dolor de los otros, el dolor del mundo. Hay además un cúmulo de relaciones humanas entre hombre y hombre, entre hombre y mundo, entre hombre y cosas.

Somos seres sitiados, asediados por fuera y por dentro, sensibles y vulnerables, pero al mismo tiempo urgidos a mezclarnos para transformar desde adentro a los hombres y al mundo.

Toda esta miseria humana tiene un valor sacramental. Gracias a él esta miseria se transforma en riqueza y pasa a ser valor sagrado.

Las vivió el Señor con admirable grandeza de alma, poniéndoles un sello divino y enseñándonos a convertir estas realidades humanas en redención, en gracia y también en gozo. La aceptación se convierte en oblación y en ofrenda.

Vivir esas conexiones, asumir leal y sinceramente el mundo de las relaciones humanas, sin mancharlas y sin mancharnos, aceptar los sucesos como gracia de Dios —todo es gracia—, ofrecer un rostro y un alma en paz a los hermanos, reentrar al interior de sí mismo después de volcarse a los hombres y a las cosas, pero reentrar con la pureza de quien permaneció unido al Santo y al Puro: todo esto no es fácil, pero hay que realizarlo. Lo exigen la Fe y la lógica de la Fe.

El Misterio de la Cruz nos impone una muerte secreta, gota a gota, en el trajín diario. Es el “quotidie morior”. Este modo de morir no está debajo del martirio, sino a la par de él. El Misterio de la Muerte de Cristo opera en nosotros, nos señala San Pablo, y si el poder de la Cruz “es la fuerza de Dios”, es también la fuerza del hombre. La “dynamis” de la Cruz se vuelca en el alma, ins-

trumenta sus actos, los transforma, los hace dignos de Cristo. Es quizá entonces cuando la Cruz comienza a dejar de serlo.

d) Completar la Pasión. — La Redención fue infinita, sobreabundante, colmada. Pero, insertos en Cristo, Él quiere asociarnos “a la más divina de las obras divinas”: la salvación de los hombres. De redimidos pasamos a ser corredentores en Cristo, invitados no sólo a la rigidez de lo estricto, sino también a la generosa amplitud de lo voluntario. La nobleza interior exige dar siempre más.

Como cristianos contrajimos una triple solidaridad: con Cristo, con la Iglesia, con los hombres. Esta solidaridad debe ser asumida con valor y llevada hasta sus últimas consecuencias.

Cristo vino al mundo para dar la Vida y darla en abundancia. La solidaridad personal con Cristo exige una disposición interior, pero activa, de vivir en plenitud su Vida para comunicar su sobreabundancia a los demás.

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, que debe crecer hasta su encuentro final en la venida del Señor. Ella debe dar a los hombres lo que nadie posee fuera de ella: la Verdad revelada, el desposorio con Cristo y la indefectible comunicación de los bienes de la gracia.

Obra nuestra es el pecado del mundo. Por nuestra unión con Cristo, obra nuestra deberá ser la santificación del mundo. Donde abundó el pecado debe sobreabundar la gracia. El instrumento del mal debe convertirse en instrumento del bien.

Sin negar la realidad de los valores, hay una jerarquía en los bienes. Entre la falta de techo y la falta de Fe no cabe duda de que la Fe es un bien infinitamente superior al techo, aún cuando los dos son bienes.

Cuando entramos en la comunión con la Pasión de Cristo y con su Muerte, recién entonces descubrimos —sub specie Dei et Christi— el valor del hombre, su vocación divina. Recién entonces valoramos el precio de la Sangre de Cristo, el infinito valor de sus dolores y de su Muerte.

Todo cristiano debe ser un vaso comunicante de vida. Quien vive en comunión con el Misterio de la Cruz dilata inmensamente su condición de vaso comunicante, porque en la Cruz está la vida.

V. MARIA SANTISIMA

Estaba junto a la Cruz, del lado de Cristo, en favor nuestro.

Toda Ella: con su mente, su corazón, su instinto de Madre, mediante una comunión, de carácter único, entre la Madre y el Hijo. Ella vivía ya en plenitud el misterio cristiano, y sentía circular en su interior el fuego de la Pasión de Cristo. Experimentó la Muerte del Señor con la totalidad de su ser, cuerpo y alma. Nadie como Ella vivió el Misterio de esa Muerte.

Del lado de Cristo: socia en todo el Misterio de la Redención, no sólo por la gracia de la Maternidad divina, sino también porque su Fe, su Esperanza y su Caridad han hecho de Ella una sola realidad con Cristo.

En favor nuestro: todo el Misterio de la Redención humana tiene una sola explicación: el amor de Dios, que lo hizo salir de Sí mismo y hacerse uno de nosotros para poder salvarnos. Junto a Él está la primera redimida por esa Pasión y esa Muerte, redimida antes del tiempo, desde la eternidad. Ella es el prototipo de toda redención. Como es Ella, así quiso Dios que fuéramos los hombres. Al pie de la Cruz se compromete a traspasarnos su riqueza espiritual, a modelar nuestro interior a su Imagen de Santa y Pura, y a transformarnos en Cristo.

Ella vivió el Misterio de la Cruz en su doble aspecto: dolor y embriaguez espiritual. Dolor el más acerbo, embriaguez la más inefable: Cristo entrega al Padre —vencido el pecado— a toda la humanidad, rescatada y libre.

Al contemplarla junto a la Cruz —como nunca Madre y como nunca Mártir— surgirá en nosotros un deseo de llegar al interior de su alma, sumergirnos en su amargura para nivelarnos y compartir su dolor.

Junto a Ella la Cruz aparecerá como la gran aventura de quien ha entendido a Cristo y necesita probarle su amor con una prueba irrecusable.

Brotará entonces espontánea en nuestro corazón esta súplica: *Fac me cruce inebriari*. A la sinceridad de la súplica sucederá la realidad de esta embriaguez.

ADOLFO TORTOLO
Arzobispo de Paraná

Fiesta de la Anunciación de 1973.

CRISTO: PRESENCIA, ACTUALIDAD Y CONTEMPORANEIDAD HISTÓRICA

1. Presencia de Cristo

Platón no es el platonismo; Kant no es el kantismo; Rosmini no es el rosminismo, etc. Cristo es el Cristianismo, es su esencia, pero esta esencia es una Persona, el Verbo encarnado. Su enseñanza o su doctrina es la Persona misma, el Maestro; por lo cual ser cristiano no significa seguir un sistema o una ideología, sino ponerse “bajo el señorío de una persona concreta”, de Dios encarnado: “la persona de Jesucristo en su unicidad histórica y en su gloria eterna es de por sí la categoría que determina el ser, el obrar y la teoría de lo que es cristiano” (1). Cristo no sólo ha sido; es y será en todo cristiano, en cada hombre aunque no sea cristiano; es, como dice Pascal, el modelo de todas las condiciones humanas. O el cristiano vive *con*, *en* y *por* Cristo, o de otro modo, para él, Cristo está muerto desde hace veinte siglos.

Cristo está presente* en cada hombre como Hijo de Dios, Logos o Verbo encarnado, siempre dispuesto a “hablarle” para hacer de él, el “hombre nuevo”. Y “presencia” se contrapone a “lejanía”: el hombre puede estar lejos —y todos lo estamos setenta veces siete al día—, pero incluso en su lejanía o rechazo, Cristo *está* siempre presente. Si esto es así, el estar lejos de Cristo significa que no estamos *en* presencia de nosotros mismos, que estamos “ausentes” a nuestro ser de hombres: rechazo u olvido, traición o degradación, hasta ignorancia de nuestra *dignitas* ontológica; faltando o desertando de la Verdad, Cristo ya no es tampoco ni el

(1) R. GUARDINI, *L'essenza del Cristianesimo*, Brescia, 1959, p. 73.

* En el original italiano: “Cristo è di presenza”. Esta expresión, reiteradamente empleada por el A., la hemos traducido siempre de la misma manera. (*Nota del traductor*).

Camino ni la Vida; antes o después acabamos comportándonos como personas culpables o como ciegos perdidos, aunque no siempre nos demos cuenta y aunque nos ilusionemos pensando que basta la verdad humana para nuestra perfección total y absoluta. *En presencia* tiene también un sentido corpóreo: espiritual y físicamente: integralmente.

El hombre integral —que es un ser, el único entre las criaturas unidas a un cuerpo, dotado del *privilegium* o “prerrogativa” de gobernarse según su inteligencia y su voluntad— no podría estar en presencia de sí mismo, si no hubiese sido creado como ser pensante, conciencia de sí que le da el sentimiento de sí mismo, acto ontológico originario, como cuerpo y como espíritu. Pero el “sentirse” y el sentir, el pensarse y el pensar constituyen el principio de la subjetividad que, como tal y por sí sólo no puede ser el principio de verdad, sin el cual, faltando su objeto propio, el principio subjetivo dejaría de ser, lo que equivale a decir que el hombre no sería ser pensante. Es el logos interior el que lo hace tal, la luz de verdad o el ser como Idea, presente a la mente de cada hombre en toda su infinitud. Pero el ser infinito pensado o principio de la objetividad, como aquél que es objeto de la criatura inteligente finita —y finita en cuanto creada— carece por eso mismo de subsistencia infinita; de allí el “desequilibrio” entre el sujeto pensante finito y el objeto infinito interior a él, infinitud que empuja al hombre en su integralidad a su realización, a la que se prepara con el encuentro del Logos sobrenatural, infinito, eterno, absoluto, con el encuentro del Verbo divino, el Hijo de Dios hecho carne, Cristo: la Verdad; y Cristo, sólo en cuanto es la Verdad, es el Camino y la Vida.

Si en el hombre no hubiese un logos propio, la verdad primera del ser, fundamento de todo su saber y obrar en el mundo, él no podría comprender hasta donde comprende, ni creer por fe las Verdades que Cristo revela; estaría mudo y sordo a la palabra de Dios. Sí, el encuentro entre Cristo-Dios-hombre y el hombre es entre dos personas, y la dignidad de la una y de la otra persona está en su ser, uno Dios-Verbo encarnado y el otro sólo hombre; uno el Ser en el que el principio subjetivo (Existencia) y el principio objetivo (las Verdades) son principios por sí mismos y se identifican, y el otro un ser en quien se distinguen y al que le

han sido dadas; pero en cuanto ser, la existencia y la verdad del hombre son positivas, y por ello el encuentro es entre dos seres y entre dos verdades. El hombre *en* presencia de sí mismo y Cristo que *está* presente a él: dos presencias inconmensurables pero que convienen en la verdad del mismo Padre, generante de la una y creador de la otra.

El hombre *en* presencia de sí mismo con todo su ser de hombre en el cual *está* la presencia de Cristo, es aquél que *está* siempre *en* la presencia de Cristo, de la Verdad, invitado a seguir el “camino” de la Verdad y a “vivir” de la Verdad. Ahora bien, como se sabe, muchas cosas se hacen o se dicen de los ausentes que no se harían, ni se dirían, si estuviesen presentes; de lo cual se sigue que si nosotros “estuviésemos” siempre en presencia de nuestra total mismidad, y por ende en presencia del principio de verdad que nos constituye hombres, no haríamos ni diríamos muchas cosas que ofenden a nuestro ser y también a la Verdad, Cristo, que *está* siempre en nosotros con su presencia: estaríamos con el logos nuestro en presencia del Logos. Esto significa: estar *en* presencia de nosotros con Cristo que *está* presente, por lo que estar *ante* Su presencia es *norma* total y absoluta —como que es la misma verdad humana elevada por la Verdad divina— para conocer la “conveniencia” o la “inconveniencia” de nuestros razonamientos y de nuestras acciones. Huir de nosotros o perder nuestro ser y con ello la verdad, haciéndonos por ello mismo “ignorantes” de nosotros y de Cristo, es perder tal norma y, con ella, toda otra que se funde en ella, llegando al nihilismo del logos y de la praxis. Por lo tanto la norma del cristiano, para que sus razonamientos y sus acciones sean “convenientes”, es como la síntesis de la verdad humana y revelada, Modelo Cristo. Inteligencia y fe, pero la inteligencia es inteligente por la verdad del ser que la constituye objetiva y la ilumina: la autoridad es de la verdad, no de la inteligencia que, si prescinde de ella, es tan ciega como los sentidos y ya no tiene sentido sea cual fuere la experiencia y el mismo experimentar interior o exterior; Autoridad absoluta es el Verbo encarnado, eterno y subsistente como Persona antes de encarnarse y después —eternamente—; por ello la fe, como escribe S. Cirilo Alejandrino, “es el ojo que ilumina toda conciencia y todo conocimiento” (2).

(2) S. CIRILO ALEJANDRINO, *La catechesi*, Alba, 1966, p. 106.

Los razonamientos y las acciones del cristiano las hemos llamado “convenientes”, en el sentido de que saben “adaptarse” al Logos divino sin pretender o tratar de adaptar el Logos a sí mismas —si bien Cristo habla a cada hombre singularmente, según el modo de la creatura, sin embargo siempre le dice la misma Verdad, o sea su Sí mismo inmutable—; “corresponderle” y “proporcionarse” a El, que es estar verdaderamente en la presencia de Cristo, ante cuya presencia cualquiera sea la adaptación y la correspondencia, la desproporción entre Cristo mismo y el cristiano es inconmensurable. De ahí que la conveniencia del cristiano al Verbo encarnado, de la persona humana a la Persona divina, no puede ser sino de un absoluto “respeto” (*pietas*), de adoración: de plegaria, de imploración, de invocación; por lo tanto, un matrimonio que es el opuesto total del matrimonio de conveniencia. Quien sabe comportarse así con la dignidad de su ser cristiano y con Cristo que lo hace “el hombre nuevo”, quien establece esta primera *societas* de sí con Cristo, no puede, sin negarse a sí mismo y a Cristo, obrar de modo diverso respecto a su prójimo, sea el que fuere: debe comportarse con respeto y “garbo” siempre más profundos, y con anchas correspondencias, concordancias y proporciones humanas y también cristianas.

Por ello el cristiano *en* presencia de sí mismo con Cristo que *está* presente y *ante* la presencia de El, establece un *convenium*, un “ser-con”, que es también un pacto ontológico. Podemos decir así: sobre el fundamento del *convenium* o “confluencia” de dos personas, el cristiano y Cristo, el primero es llamado a instaurar el *convenium* con sus semejantes, el llegar o el encontrarse en el mismo espacio; toda vez que esto no sucede cesa la confluencia con Cristo y el cristiano la sustituye por la hipocresía de aparecer tal, caída que lo tienta en todo momento. Por otra parte, el *convenium* tiene sentido —de otro modo lo pierde— en cuanto se conviene para establecer un pacto, para “asentir” y luego “consentir” y concordar, siempre Modelo Cristo, pero se asiente a ésta o a aquélla verdad sobre la base de la “verdad” humana y de la “verdad” divina y no de “opiniones” que prescinden de ella o pretenden sustituirla, haciendo así todo falso e incluso imposibilitando las opiniones verdaderas y razonables.

Para que el así llamado *convenium* sea auténticamente cristiano, no debemos nunca olvidar que no debe ser usado para pre-

dicar nuestras opiniones, sino para proclamar, aún en la diversidad de las prospectivas, la verdad que nos constituye, y para que se nos esclarezca el Logos o la Palabra divina, siempre la misma, esto es, para ilustrar y confirmar nuestra fe normativa. Especialmente los sacerdotes no deberían nunca olvidar que están llamados a predicar la palabra de Cristo, tal como la da el Magisterio de la Iglesia por El fundada, y no su palabra personal usando el pretexto del “aggiornamento”, que es a menudo negación del “*Depositum fidei*” para plegarse a las modas y a la política, un capítulo de la meteorología que, como se sabe, estudia las variaciones de las “corrientes”. La Palabra divina no varía y es la que debe ser predicada para que el sacerdote confirme a sus hermanos ⁽³⁾. Esta es la *societas christiana* en el interior de la cual cada *socius* posee personalmente la “conveniencia”, o calidad de aquello que es conveniente, que significa también “lo debido”, y la pone en disponibilidad como bien común.

Cuando el cristiano está presente a la verdad que lo constituye como pensante —presente a su ser hombre— y está ante la presencia de Cristo en él en cuanto presencia de Verdad revelada, está *preparado* para presentarse a su prójimo como cristiano en la plena disponibilidad de éste su ser de cristiano. Esta preparación es un complejo y difícil ejercicio que dura toda la vida, árbol del que cada hombre está suspendido para el “juego”, el más serio de sus trabajos, que va del polvo al altar y viceversa, siempre con el peligro de que la cuerda se anude y transforme el árbol en una horca: lucha cotidiana contra el mal que está dentro de nosotros por la conquista nunca definitiva, aún en el estado de santidad, de la libertad interior, fundamento de toda otra. Es la lucha durísima con nuestro egoísmo y todos los instintos animales y humanos, todas las tentaciones que lo alimentan; pero éste es el precio de la libertad y de la caridad cristiana para llegar a una justicia cristiana, esto es, tal y como Cristo la enseñó y la Iglesia, fundada por El, la enseña con su Magisterio infalible.

A nosotros se nos hace fácil “denunciar” y “condenar” los efectos exteriores del mal —crímenes, tiranías, injusticias, desórdenes sociales, etc.—, pero por pereza o falta de responsabilidad rehusa-

(3) S. Lucas, 22, 32.

mos ir a la raíz del mal mismo, esto es, a la raíz que es cada uno de nosotros “insensatos” (*ἀσύνετοι*); “no comprendemos” o fingimos no comprender que “aquello que sale de la boca y del corazón es lo que ensucia al hombre. Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las maledicciones” ⁽⁴⁾.

Después de tanta lucha o “agonía”, y si se ha combatido hasta el final, el cristiano puede esperar vencer en la batalla contra la muerte, la última agonía, esto es, que su *status* natural de creatura ante la presencia de Dios sea elevado, por la gracia de Dios mismo y siempre para Su gloria, a la beatitud sobrenatural, esto es al *status* de estar en la presencia de Dios para gozar de El y glorificarlo eternamente.

2. Actualidad de Cristo

Cristo está *praesens* —en el mismo lugar en el que está cualquier creatura— en el sentido más pleno cuando a Su “ser de presencia” (ubicuidad ontológica), se acompaña la presencia de la creatura misma, toda ella “ser ante su presencia”; en este caso se actúa el *praesens* temporal, esto es, el tiempo de su acción en acto. En este sentido el *praesens* de la creatura en la doble presencia del logos humano en su extensión infinita y del Logos divino, es un ser delante de Cristo que la pone siempre “más allá de sí misma”, la hace empuje permanente en el interior de la “conveniencia” o de la síntesis total de la verdad humana y de la verdad revelada. *Praesens* (participio), como creatura que ante dos órdenes de verdades se pone *praesens* (adjetivo) de y en persona, esto es, “pronta”, “solícita” y “eficaz”; “osada”, “resuelta” y “fuerte” y también “benigna” y “jovial”. En presencia de la verdad que la constituye como pensante y ante la presencia de Cristo, la Verdad; de esta total y fundante *presencia* veritativa, surge la *actualidad* de Cristo: contemplación y acción. La fe, verdad que está llamada al amor, exige nuestra respuesta cristiana, Modelo Cristo; al cristiano toca acrecentar la fe y hacerla operante, como la semilla y los talentos; ella lo vincula y lo obliga ante Dios

(4) S. Mateo 15, 18-19.

y ante el prójimo. El cristiano no puede ser espectador: le incumbe el deber de elegirse su puesto de compromiso en el mundo, de insertarse en la comunidad como testimonio de Cristo.

El cristiano presente a sí mismo y ante la verdad del ser que lo constituye en su orden, y ante Cristo o ante la Verdad revelada —presente en su inteligencia y en su fe por don de Dios—, y siempre que se mantenga en esta presencia de verdad, es únicamente *apto para* esta o aquella obra, posee únicamente la disposición ontológica necesaria para su acción cristiana, esto es, las “posibilidades” que, por otra parte, son infinitas como el ser, luz de la mente; pero el ser “apto para” no es aún estar “en acto”; es estar “en potencia” en orden al fin. Al ser “apto para” o a la posibilidad —poseer lo necesario— él debe agregar la suficiencia del ser para el fin, esto es, hacerse *adaptado*. En otros términos: su preparación en el orden de la verdad que incluye también el orden del amor y de la justicia —“saber” fundamental y libertad interior— y que lo hace “apto para”, debe ser completada por otra en el nivel del “conocimiento”, esto es, que sea especificada según sus capacidades, vocaciones, inclinaciones, aptitudes. El cristiano debe equiparse con paciencia y humildad unidas al “entusiasmo” (*ἐνθουσιασμός*) propio de quien está “inspirado por Dios”, de todo el *trabajo*, sea el que fuere, para pasar con competencia y responsabilidad de la potencia o del ser apto al acto; debe consolidar sus aptitudes mediante la ciencia y con la experiencia, de manera que el ser apto se haga ser eficiente con toda la prontitud, la resolución, la fortaleza y la benignidad que le vienen de estar en la presencia de sí y ante la presencia de Cristo. El cristiano que olvida o elude estas dos “preparaciones” indispensables e inseparables, se hace ausente a sí mismo y se aleja de Cristo, se pone fuera del acto de su ser cristiano.

Para el cristiano el hacerse “adaptado” para obrar en el mundo en el sentido más pleno y con entrega total, sea cual fuere la obra, no es trabajo puramente mundano; debe hacerse adaptado para realizar su acción en el mundo llevando allí lo sacro, esto es, según el orden que lo constituye y según la Palabra revelada. Es una fase ulterior de su preparación, resultado y síntesis de las precedentes; a saber: hacerse *idóneo* para la acción cristiana. Lo que significa que la posibilidad (“apto para”) debe desplegar todo su movimiento para prepararse o hacerse “adaptado para”,

o para traducirse “en acto” en el interior del orden del ser, de modo que se haga “idónea”, verdadera acción cristiana del cristiano: la eficiencia que prescinde de la verdad es puro desorden. Es el cristiano quien debe hacerse adaptado y adaptable a su verdad interior y a la verdad revelada y no a la inversa; por lo cual es él quien debe “adaptarse” para “hacerse idóneo” al orden natural y sobrenatural del ser. Cristo, el “Idóneo” absoluto, no es adaptable ni puede ser adaptado; es “imposible” e “indiferente” a “las puestas al día”, porque El es el Día que sostiene a todos los días del hombre y de la historia, a lo creado; únicamente con el inadaptable Verbo encarnado, todo es adaptable cristianamente, si el cristiano, aunque suspendido sobre el abismo, hace todo lo posible para mantenerse idóneo.

El cristiano apto y adaptado e idóneo —el cristiano, digo, de la “actualidad”— es el mismo que aquél de la presencia o que está en presencia de sí con Cristo que está presente, y por ello ante la presencia de Cristo. ¿Qué significa esto? Simplemente lo siguiente: el momento veritativo de la presencia se ha encarnado en la acción, es actualidad. El cristiano idóneo para la acción cristiana “repite” en sí la Encarnación del Verbo divino: el momento teórico incluye al momento práctico, el plano del ser al del hacer, potenciamiento recíproco por el que la verdad se hace operante en la acción con una razón verdadera y justa. Cristo es la actualidad del Verbo eternamente presente como segunda Persona en el Padre; la acción cristiana es como una reencarnación en nosotros de la segunda Persona de la divina Trinidad para hacer “actual” su presencia, actual a Cristo, que es la Presencia y la Actualidad en y de toda la historia de la creación.

Del ser “apto para” o posibilidad, para los procesos dialécticos siempre más profundos e implicantes del “adaptado para” y del idóneo o del “ordenado” —término que indica la acción inclusiva del momento teórico y del práctico: situarse o asentarse (“ordenarse” y no “acomodarse”) para “poner en buen orden”— al acto o la acción: que, como acto de todo el hombre cristiano está lleno de la verdad humana y divina, está cargado con toda la fuerza, la resolución, el ímpetu, y también con toda la paciencia, la humildad, la caridad, pertenecientes a tal acción, connubio de la fe con el sentimiento y la inteligencia, la voluntad

y la razón. Es el *ser en acto* del cristiano o el *existir* como cristiano y hombre integral: Para la actuación de esta conquista, es secundario que el cristiano sea vencedor según la lotería del mundo; es primario que conquiste su existir como cristiano, tomando idéntica distancia, con humildad suplicante, de la victoria o la derrota: si su fe no está vencida, aun cuando sea vencido, el vencedor será siempre él, aunque su "vergüenza" mundana sea la cruz. Por lo tanto el problema de la actualidad de Cristo, entendida como encarnación de la Palabra en el cristiano, y por ello como existir o ser en acto cristiano, es la conquista de la fe que, incluso a través de la derrota y el martirio, sabe vencer manteniéndose intacta y, venciendo así, mover las montañas. La vida cristiana es difícil porque es fuerte, es una "milicia" (5); como tal es siempre ardua y difícil sobre todo si perdemos el amor y la gracia que, como escribe Santo Tomás (6), hace "gozoso y pronto" todo deber y todo sacrificio: "estoy lleno de consolación, sobreabundo de alegría en medio de todas nuestras tribulaciones" (7). En resumen: el ser cristiano en acto es la actualidad de Cristo; de aquí la enseñanza: es vana toda tentativa de libertad, de justicia y de amor *inter homines* si antes la libertad, la justicia y el amor no están *in interiore homine*, esto es, si antes cada hombre personalmente y según sus posibilidades, no es y se hace día a día cristianamente libre, justo, amoroso.

A menudo se hace la objeción: los cristianos que se han conocido y se conocen están muy lejos de estar presentes en Cristo y de encarnarlo en las acciones, de actualizarlo. Esta acusación, no de ser cristianos, sino de no serlo bastante y de no serlo siempre más, es verdadera y es nuestra vergüenza. Al decir de Péguy: "todos saben qué es un católico, sin embargo ninguno sabe qué es un cristiano", podría agregarse un juicio mío: "sería una verdadera alegría conocer hoy un democrático . . . cristiano". Pero la deducción sacada por muchos, que descorazonados o indignados se paralizan ante el espectáculo no edificante de la cristiandad, es falsa y ni llega a ser siquiera un sofisma. Si fuesen sinceros y estuviesen profundamente sacudidos por su en-

(5) S. Pablo, Ef. 6, 17; I Tes. 5, 8.

(6) Suma Teológica, I-II, 107, 4.

(7) S. Pablo, II Cor. 7, 4.

cuentro con Cristo, avanzarían hacia El como fulminados en el camino de Damasco y se convertirían en apóstoles para ayudar también a sus hermanos a los que reprochaban no ser buenos cristianos. Es un extraño retorcimiento de palabras decir: querría que los cristianos fuesen todos perfectamente tales, santos, ya que Cristo es tan sublime, pero retrocedo porque los así llamados cristianos no encarnan suficientemente al Verbo! Y ¿por qué no hacer todo lo que es posible para encarnarlo haciéndose apóstoles del Mensaje? Si es verdad, como dicen, que Gandhi fue sacudido por la lectura del Evangelio, pero retrocedió al ver a los cristianos, lo siento por Gandhi: ha confirmado así pertenecer a una cultura en la que —del mismo modo que en la china y en la japonesa— el pensamiento todavía no ha nacido, a pesar de que el mundo indio dio aportes al nacimiento y la formación del filósofo en la Grecia antigua.

3. Contemporaneidad histórica de Cristo

Todo acto humano, aunque sea perfecto dentro de sus límites, es siempre perfectible y reclama actos ulteriores; y aún realizando el fin que se propone, se abre a otros actos para otros fines: todos los actos cumplidos, aún si realizasen los fines a los que están ordenados, y todos los fines posibles en el mundo, no completarían ni a un solo hombre; el destino último del hombre no es mundano, histórico, natural, es ultramundano, suprahistórico, sobrenatural: la historia entera no agota el fin de un solo hombre. En este sentido, todo fin particular de un acto, no es el fin, sino sólo "término" del acto mismo; de donde se sigue que la acción está siempre en "movimiento", es una "operación" continua y por eso mismo, aunque cumplida respecto al fin próximo, queda siempre incumplida en relación a los otros fines y siempre en orden al fin último. Por ello vuelve a entrar en el concepto de la "actualidad" de Cristo, al encarnar el cristiano al mismo Cristo, aquella "inactualidad" del Verbo divino en su plenitud, por la que El está siempre en acto en cada acto cristiano del cristiano y nunca plenamente actuado: Cristo es el siempre actuado y el siempre inactuado, como lo es el infinito del ser como Idea que ilumina el pensamiento del hombre y lo hace pensante, debiendo quedar en claro que la relación entre

el verbo presente en la mente humana y el Verbo revelado es de imperfectísima analogía.

La inagotabilidad del verbo humano y del Verbo divino hacen que el hombre y su historia tengan en el mundo un porvenir histórico proyectado hacia un *futuro* transhistórico e inseparable del pasado o del acto actuado que, como *actus* (participio), está “hecho”, esto es, pasado; *actus* que se convierte en “tradición” sólo si se repropone en el nuevo acto y como “presencia” del pasado en el presente, proyectado hacia el mañana. Aquí el concepto de tradición perenne o siempre actual, en el doble sentido de que está siempre *en acto* en el acto que la renueva y de que *por* ello está en potencia para el acto ulterior del cual es también la potencia: todo acto en acto es presencia del pasado, presencia del presente y presencia del futuro, todo el tiempo del hombre en el mundo o de la historia convergente hacia el futuro supra-histórico del acabamiento y de la salvación.

Todo lo dicho hasta aquí implica una triple *fidelidad* del cristiano y de la Iglesia, que es, en el fondo, una fidelidad única: al pasado, al presente y al futuro; pero esta fidelidad depende de que la fe o la Revelación se mantenga inmutable, y cesa si es sacrificada a cualquier contingencia temporal con *aggiornamenti* impertinentes o con manipulaciones intemperantes e impacientes por un falso concepto de actualidad y de contemporaneidad que hace perder los verdaderos. Pero si la fe es firme e inmutable, la fidelidad al pasado, precisamente porque es fidelidad al pasado presente en el presente, implica la caducidad de lo caduco, el abandono de lo secundario y la poda de lo seco, esto es, de las modalidades históricas que han sido propias de un tiempo, de manera que el pasado presente en el presente, sea enteramente “disponible” para el presente mismo; tal es la verdadera *contemporaneidad*. El pasado está contenido y trascendido en el presente, porque la verdad humana y la verdad divina trascienden todo acto.

La tradición cristiana —y de la Iglesia— o la contemporaneidad de Cristo en cualquier momento de la historia, es la que está fundada sobre la Palabra de Dios o sobre el Verbo encarnado, vivida y *transmitida* de Pedro y de los Apóstoles a través del Magisterio apostólico de la Iglesia. Para todo tiempo es válido aque-

llo que escribió San Pablo a Timoteo: “toma como ejemplo las palabras saludables que has oído de mí en la fe y en la caridad en Cristo Jesús. Custodia el buen depósito (*παράθηκην*) con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros” (8). Sólo así el cristiano es un “fiel”, y Cristo, presente en su corazón y actual en su Iglesia, es *contemporáneo*. Esto es: la salvación del mundo, cumplida de una vez para siempre sobre el Calvario, está sin embargo presente como verdad y actual como acción en todo cristiano y lo está porque la obra de redención se continúa cada día, pertenece a la historia, era, es y estará ante los ojos de los cristianos de ayer, de hoy y de mañana. “A cada día su afán”; a cada día la obra de redención de cada uno de nosotros y de nuestros hermanos, los compañeros de hoy, los contemporáneos: “el cristiano es un hombre al cual Jesucristo ha confiado otros hombres” (Lacordaire), más que como oyentes de una prédica, como penitentes que son confesados u oídos.

Por todo esto, sacralidad de la tradición apostólica, pero no canonización del pasado, o retorno al pasado, a la Iglesia “primitiva” o de cualquier otro siglo: el primitivismo implica pasatismo, que es la negación de la auténtica tradición y la negación de la acción histórica del Mensaje de Cristo, como si estuviese necesariamente ligado a modos y medios contingentes, a situaciones irrepetibles, y por eso mismo históricamente superado o muerto. Sólo el cristiano, que repite la Encarnación en la actualidad de la presencia del Verbo, es libre en la confrontación de los modos y de los medios, o de las modalidades históricas que cambian: *para todo momento histórico el idéntico Cristo tiene una contemporaneidad nueva*. No se trata de restaurar el pasado irrepetible en sus contingencias, pero sí, como dice San Pío X, de *instaurare omnia in Christo*. Y esta *instauratio* que excluye el pasatismo, excluye también, y no menos enérgicamente, el presentismo o la canonización del presente, sacralizándolo como el tiempo de nuestra redención cotidiana. Si el pasatismo quiere reducir la presencia y la actualidad del Mensaje a la Iglesia primitiva, o a cualquier otro período histórico, el presentismo quiere reducir la Iglesia misma y la acción del cristiano al hoy, a una

(8) S. Pablo, II Tim. 1, 13-14. El “depósito” es el patrimonio de la enseñanza de Cristo, recibido y transmitido (I Tim. 6, 20).

contemporaneidad identificada con la actual modalidad histórica, olvidando que Cristo no es sólo hoy, como no es sólo ayer o sólo mañana, sino que está siempre en todo tiempo y más allá de todo tiempo histórico. De aquí que la fidelidad al presente inclusiva de la fidelidad al pasado —no retorno al pasado, pero sí presencia del pasado—, significa que la Palabra de Dios, siempre inmutablemente la misma, es leída hoy de modo que hable a este tiempo, modalidad que la hace contemporánea, pero como presencia inmutable intacta, como contemporaneidad de su presencia según lo que dice Cristo mismo: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos”; y los días no son ya los mismos, pero es siempre idéntico el mismo Cristo.

Así: *presencia de Cristo* o Cristo presente en el cristiano como Verbo encarnado que le habla, Maestro interior; *actualidad de Cristo* o la reencarnación del Maestro o del Verbo por parte del cristiano en su acción; *contemporaneidad histórica de Cristo* o las modalidades temporales “a través” de las cuales —porque todo cristiano debe *atravesar* su tiempo de cristiano a pesar de que éste lo rechace, se burle, lo oprima— la presencia de Cristo encarnada por el cristiano y conactual se hace presencia y actualidad de su tiempo, contemporáneo o del mismo tiempo. Cambian las “circunstancias” o sea “lo que está en torno”, se mudan las modalidades históricas, los modos y los medios, para que la inmutable Verdad sea siempre contemporánea: es la fidelidad al presente unida a la fidelidad al pasado y abierta al futuro.

El hombre proyectado al futuro, el hombre atraído por la gran esperanza y lanzado a ella, es el tema de esta época nuestra que pretende ser religiosa prescindiendo de Dios y de Cristo, el Verbo su Hijo unigénito: la gran esperanza mundana se enraíza en el corazón del hombre cuando, habiendo perdido a Cristo el Salvador, quiere curar su irremediable desesperación con el somnífero o el alucinógeno de un mañana histórico que lo redima. Hoy el hombre, y también el cristiano, es “persuadido” a creer de parte de quien a menudo ya no cree —pero se le hace útil y cómodo hacerlo creer— que el hombre, con el progreso de las técnicas y de las ciencias, se convertirá él mismo en su futuro: un porvenir plenamente exhaustivo, que por ello hace superfluo el futuro, un porvenir tan solo humano, del todo nuevo para el hombre nuevo, en el cual, incluso para algunos “teólogos” fla-

mencos sedicentes católicos, se conocerá un Dios “absolutamente nuevo”. Esta gran esperanza del hombre moderno, vieja de siglos, es radicalmente temporal, aunque todavía hable de Dios y de Cristo oportunamente y oportunísticamente secularizados y desactualizados, y es propia de todos los progresismos, de aquéllos marxistas de todos los tonos, y de aquéllos que se llaman cristianos y católicos; en Italia tiene su sede en “Via delle Botteghe Oscure”, y más de un despacho en “Piazza del Gesù” y en “Via della Conciliazione”. Pero la esperanza del cristiano y de la Iglesia —sobre el fundamento de la presencia y de la actualidad de Cristo y “con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros”— no es temporal, es teologal, está absolutamente más allá de “todo lo que los ojos del hombre han visto” y podrán ver, y de “todo lo que sus oídos han oído” y podrán oír.

Por todo ello, deja por lo menos perplejo, lo que afirma un Cardenal Primado flamenco, en un documento difundido con ocasión de Pentecostés de 1970 (“Oserv. Rom.”, 10 de octubre de 1970), que la “común atención al futuro” es “un punto de encuentro entre el hombre moderno y la Iglesia”, como también su otra afirmación acerca de las palabras, por él citadas, del marxista Bloch, texto sacro para ciertos católicos: “Allí donde hay esperanza, allí está la religión”, son una “fórmula ambigua” pero que tienen “un sentido válido”. El ilustre Cardenal no se maravilla de que el mismo Bloch “haya fecundado el pensamiento de aquellos teólogos que han afirmado tan fuertemente el aspecto escatológico de la ‘Iglesia en marcha’”, mientras que yo no me maravillo demasiado de que el Primado no se maraville. La común atención al futuro no es punto de encuentro sino de desencuentro, en cuanto que el hombre moderno está atento a un “porvenir” radicalmente mundano, inventado y construido por él mismo, al cual reduce y en el cual se resuelve todo el “futuro” del hombre —esperanza temporal—, mientras que la Iglesia y el cristiano, sin descuidar el porvenir del hombre en el mundo, están atentos a un “futuro” ultramundano, que no es sólo obra del hombre, sino sobre todo de la Gracia, y que no tiene ningún “porvenir” en el mundo, a pesar de que también eleva la historia o el tiempo de cada hombre y de la humanidad entera a la gloria de Dios —esperanza teologal—; la fórmula de Bloch es ambigua, más aún, en el contexto de su pensamiento es unívoca: basta alimentar una esperanza mundana

de cualquier tipo —y para el escritor marxista sólo hay esperanzas mundanas— para que allí haya “religión” o “ligazón” con Dios y su culto y adoración, pero con un Dios que es el mismo Hombre o la Humanidad, en y para el mundo, y por ello esta “religión”, con el permiso de Su Eminencia, no tiene ningún “sentido válido”, para el cristiano que desde siempre la llama “idolatría”; por último, el aspecto escatológico de la “religión” de Bloch o de otros escritores similares es “horizontal”, lo que significa reducción o identificación de Dios con el mundo al término de su evolución inmanente, y por obra autosuficiente del hombre; para Bloch, mientras más niega el hombre a Dios tanto más “religioso” es, en tanto que el aspecto escatológico del cristiano y de la “Iglesia en marcha hacia”, es “vertical”, o sea que a través de lo creado y de toda la historia es hacia Dios, cuyo Hijo se ha encarnado para nuestra salvación y nos salva para la gloria de Dios mismo, que es nuestra beatitud. Así aquellos “teólogos católicos” que, sin maravillarse a su Primado, han dejado y dejan que su pensamiento escatológico fuese y sea “fecundado” por la esperanza temporal y no teologal de la que habla Bloch, han usado y usan un anticonceptivo que los ha esterilizado como teólogos y como católicos y los ha hecho desgraciadamente fecundos de un Dios que no es el Dios de Cristo y de una Iglesia que no es la católica.

Sobre este punto: entre la esperanza únicamente mundana y obra del hombre que se redime y se salva por sí, y la esperanza ultramundana que se tiene con la ayuda de la Providencia y de la Gracia, por la que es Cristo quien salva y redime, el cristiano se juega a Cristo mismo por querer poseer al mundo, perdiendo a Cristo y al mundo, que sólo se salva con, por y en Cristo. Son siempre validísimas las palabras de San Agustín, que son una suerte de termómetro para todo tiempo: el bueno usa del mundo para gozar de Dios; el malo usa a Dios para gozar del mundo: el secularismo progresista de ciertos cristianos los califica como malos cristianos, y son precisamente aquéllos que se indignan más de que los buenos no lo sean bastante.

La misión de la Iglesia —y de otra manera reniega de sí misma, esto es, de Cristo Fundador— no es dar su ayuda al hombre para inventar un porvenir con el progreso entendido como esperanza suprema, sino por el contrario curarlo de la ilusión de creer que su destino de plenitud y de acabamiento sea en este mundo, y de

que cualquier porvenir sea para él fin último, a la vez que lo estimula y lo ayuda para hacer progresar a la sociedad con su acción cristiana justa y libre; de cumplir su misión primaria sin extrañarse del mundo y empeñándose en cada época, sea la que fuere. La Iglesia, que es el canal del agua viva de la Gracia, tiene por misión primaria preparar a cada criatura para el encuentro final con Dios, para el futuro suprahistórico y ultramundano de la salvación. Y digo cada criatura en cuanto que, desde el punto de vista cristiano, la historia es personal: es la mía, la tuya, la suya, aunque como historia de la Iglesia de Cristo, es nuestra historia; quedando sin embargo un conjunto de autobiografías de las criaturas singulares que Dios ha creado y creará hasta el fin de los siglos.

¿En qué consiste entonces la “apertura” de la Iglesia y del cristiano hacia el futuro, o la esperanza histórica? Consiste en ser cada uno de nosotros —y la Iglesia como el cuerpo de los fieles— siempre más cristiano: en la medida en que en nuestras acciones reencarnamos o hacemos actual a Cristo, contribuimos, sin la ilusión del perfectismo, a la esperanza histórica de un mundo mejor o más cristiano, cumplimos nuestra prueba terrena, realizamos la paz espiritual y temporal *inter homines* instaurando *omnia in Christo*.

La esperanza cristiana, *καρπός* de salvación originado en la libre iniciativa divina, está siempre “presente” en la historia, será siempre el “justo tiempo” y la “buena ocasión”, aunque —y aquí está su contemporaneidad— su conciencia histórica será diversa según los varios momentos históricos en que vive la cristiandad. En este sentido el Verbo encarnado es productor de historia, de toda la historia: la esperanza cristiana originada en el Calvario de la redención vive y se especifica dentro de las vicisitudes de la historia como tensión histórica, obra de redención y de salvación suprahistórica. La historia de la salvación se entreteje con la del mundo: la esperanza de salvación por la gracia de Dios, está en relación con las varias formas de esperanza histórica que se presentan en el curso de los siglos, en el sentido de que estimula al cristiano a dar a la historia, a través de sus capacidades creadoras —doctrinas, instituciones, etc.— un sentido siempre más profundo e históricamente nuevo, siempre ordenado al Reino de Dios que no es de este mundo.

La esperanza del cristiano nace de la Palabra de Dios, del Verbo encarnado, crucificado, resucitado, ascendido, que envía el Espíritu Santo a su Iglesia, y permanece como esperanza sólo si se mantiene fiel a Cristo a través de su paso activo en el tiempo, por todas las modalidades y las mediaciones históricas: es la dialéctica del *ἔσχατον*, tensión escatológica que debe atravesar las situaciones históricas en las que el cristiano está inmerso y debe obrar. La esperanza histórica del cristiano es *convertir* las estructuras históricas porque ninguna (y todas) es definitiva y exhaustiva, denunciar su inadecuación y precariedad —que es la misma de la historia mundana y de toda esperanza histórica—, pero está autorizado a hacerlo sólo si él *se ha convertido*, e incesantemente se va convirtiendo en su interior, y si es solícito para comprometerse, con todos los riesgos que significa, en la renovación del presente, y con ello, de la tradición, en vista del porvenir, y obedeciendo siempre al empuje ontológico hacia su futuro no histórico de salvación para la gloria de Dios.

Antropología, sí, sin olvidar que el hombre constituido como suficiente y autónomo en su naturaleza, por esta su misma naturaleza transnatural, está orientado a su acabamiento que no puede ser natural o histórico; de allí que la antropología especulativa y todas las ciencias humanas se integran en la “antropología sobrenatural”. Rosmini comenzó a trabajar en ello ya en 1832, convencido “que el hombre constituido en el orden puramente natural habría sido imperfecto, porque no habría tenido jamás la conjunción real con aquel sumo bien al cual su voluntad está indeclinablemente inclinada y en el cual únicamente puede saciarse de todo su deseo; así como también su entendimiento, pasando de un conocimiento a otro de todos los seres finitos, no habría obtenido jamás reposo alguno, y se habría enredado infatigablemente en una continua mutación de objetos contemplados, sin encontrar alimento verdaderamente proporcionado en alguno”. El hombre, dejado en su estado natural, ciertamente no habría sido del todo miserable, pero “le habría faltado la mayor y mejor felicidad, y toda aquella dignidad moral, de la que su naturaleza es capaz... Así aparece tan conveniente al hombre, como conveniente a Dios,... que el hombre no sólo estuviese provisto de inteligencia, sino también constituido en gracia, único medio por el cual pueden ser satisfechas

completamente sus exigencias supremas y colmada la inmensa capacidad de su misma inteligencia” (9).

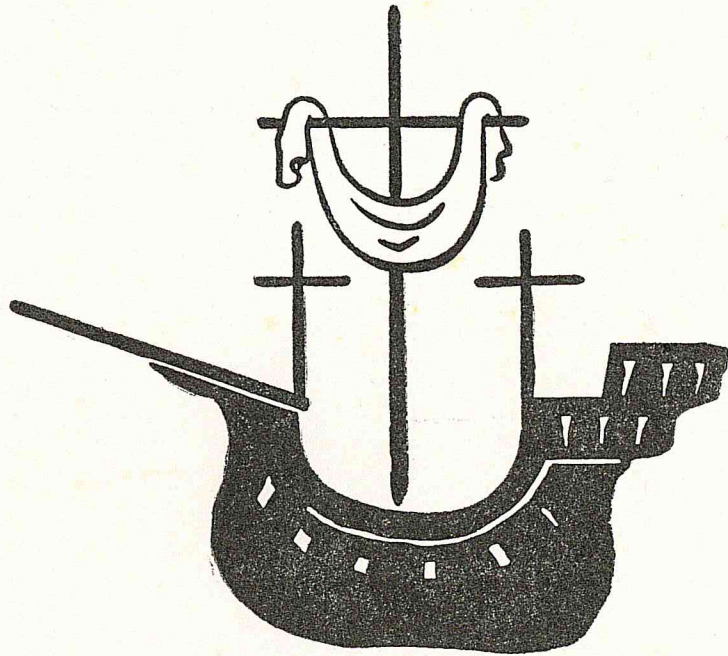
Sociología, sí, pero “sociología de lo sobrenatural”, subtítulo que Luigi Sturzo puso a su libro *La vera vita*, donde desafiando la burla de los incipientes sociólogos de su tiempo y de todo tiempo, combate la sociología positivista y materialista, y no se limita a formular una sociología solamente espiritualista, sino también sobrenatural, para que los seguidores de Cristo tengan una sociedad con el Padre y el Hijo. “Tanto la relación interior del alma con Dios, como la relación de cada uno con los otros (prójimo), forman, desde el punto de vista de la vida sobrenatural, una única sociedad, porque único es el vínculo que nos une, Cristo, la fe en El, la gracia que El nos ha merecido, su función de cabeza de los fieles y de cabeza de la humanidad; único es el vínculo social, el amor. Si este amor tiene dos objetos, Dios y el prójimo, no por ello está desdoblado ni puede desdoblarse, como si pudiese amarse a Dios sin el prójimo, o amar al prójimo sin Dios. Por ello nuestro reconocimiento de Dios, no es sólo personal e íntimo sino social y público, está comprometido... como una actuación progresiva y completiva del amor, efusión de Dios en nosotros en una única sociedad. ¿Puede haber una transformación más radical del carácter de una sociedad, cuando en el centro de nuestras relaciones hay un amor desinteresado, purificador y transformante? ¿Y cuando un tal amor debe tener la fuerza íntima para oponerse a los odios, los celos, los orgullos que turban y disuelven la trabazón humana? El sociólogo no puede negar la obra transformadora del Cristianismo” desde cualquier punto de vista que la considere (10).

MICHELE FEDERICO SCIACCA

Traducción de ALBERTO HORACIO CASAS RIGUERA,
seminarista de la Arquidiócesis de Paraná,
1er. año de Teología

(9) A. ROSMINI, *Antropologia soprannaturale*, sez. II, cap. I, a. III

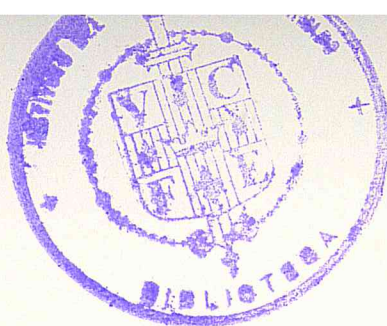
(10) L. STURZO, *La vera vita. Sociologia del soprannaturale*, Roma, Edizioni di “Storia e Letteratura”, 1947, pp. 17-18.



ROMANCE DE LA BARCA FLORIDA

Estábase la Condesa
Soñando junto a la ría.
Vio venir un caballero
En una barca florida.
Los remos trae de jacinto,
La vela de argentería
Y en lo más alto del mástil
Una paloma traía.
Era Cristo el caballero
Que remontaba la ría.
Y la Señora Condesa
Era la Virgen María.

IGNACIO B. ANZOÁTEGUI



PERFILES SACERDOTALES

FRANCISCO DE PAULA CASTAÑEDA

Con este importante artículo de nuestro colaborador, el R. P. Guillermo Furlong, inauguramos hoy esta sección de la Revista, destinada a presentar la semblanza de virtuosos y apostólicos sacerdotes argentinos. La figura del Padre Castañeda, fogoso y batallador periodista de la época de Rivadavia, es un ejemplo acabado de lo que pretendemos. Sacerdote católico, enamorado de su Patria, tiene para nosotros especial relevancia por haber ejercido durante varios años su ministerio en la zona del Litoral.

(Nota de la Redacción)

Confesamos sin rebozo que hay un santo en la Historia General de la Iglesia y hay un prócer en la Historia Argentina, a quienes noblemente envidiamos. Nos referimos al Apóstol de los Gentiles, San Pablo, y al fraile argentino, Francisco de Paula Castañeda. Y no sólo los envidiamos porque fueron varones "santos", sino también porque fueron en verdad "varones", esto es, hombres de principios firmes y macizos y de carácter vigoroso y valiente.

Se ha dicho que todos los hombres nacen originales, pero mueren copias. El medio ambiente los arrastra, hasta colocarlos bajo un denominador común: la mediocridad. A muchos hombres, y a todos los santos, no es dado clasificarlos así, ya que si nacieron originales, vivieron y murieron originalísimos. Tal ciertamente el caso del gran Apóstol, en los inicios del Cristianismo; tal el caso de Castañeda en los primeros años de la naciente Patria Argentina.

Originalísimos uno y otro, creeríase, sin embargo, que el segundo imitó al primero, ya que tanto llegó a parecerse a él, pero la aparente identidad, existente entre el uno y el otro, está en que ambos llegaron a parecerse a un tercero, y éste no era otro que Aquél que dijo de sí: *"Yo soy el camino, la verdad y la vida."*

Cierto es que aquellos dos hombres de carácter fuerte, de verbo elocuente, de ágil pluma, llegaron a conocer a Cristo y a enamorarse de Él. Pablo en la soledad del desierto, Francisco en su estrecha celda de la Recoleta, llegaron a conocer íntimamente a Cristo y a Cristo Crucificado, y quedaron subyugados por la inteligencia de Cristo, por el corazón de Cristo, por la voluntad y por la santidad de Cristo, y si, de tejas abajo, el amante gusta de parecerse al amado, Pablo que daba el consejo y Castañeda que hizo suyo el consejo, realizaron en sí mismos esa galvanoplastia divina; más aún, esa identificación con Cristo. *"Revestíos de Nuestro Señor Jesucristo"*. *"Habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo"*. Dios predeterminó a los santos *"para que se hiciesen conformes a la imagen de su Hijo"*. Esas fueron las recomendaciones de Pablo que él realizó en sí mismo, en cuanto es dado al hombre hacerlo, y eso realizó Castañeda, de suerte que uno y otro podía decir: *"mi vivir es Cristo y mi morir es una ganancia"*.

Cierto es que Castañeda, ex profesor de Filosofía en la Universidad de Córdoba, fue el gran pensador que hubo en tierras argentinas entre 1810 y 1830, cuando en torno suyo, y quienes se creían lumbreras, eran movidos por tendencias e impulsos, no por ideas claras y definidas, ni serias, ni firmes; cierto es que en esas dos primeras décadas de la Revolución, cuando el derrumbe de la educación popular fue casi general, tanto hizo el primero en Buenos Aires, después en Santa Fe y en Entre Ríos, en pro de la educación del pueblo, que Corrientes, Córdoba y San Juan reclamaron su presencia y su acción pedagógica; cierto es que no hubo en Buenos Aires de su época un orador tan vigoroso y contundente, aunque con frecuencia lejos, felizmente, de aquella corrección académica y enteca, con que tantos otros creían lograr belleza de alta ley; cierto es que en aquellos primeros lustros de la Patria nadie hubo en Buenos Aires que así frecuentara la cárcel pública y las casas del pobrerío, y nadie que se desviviera por atender a los huérfanos y a las viudas, a los enfermos y a los desvalidos.

Aun más: desde la primera hora participó en la política de la naciente Patria, y en uno de los momentos más álgidos de su proteica actuación, cuando sus enemigos creían haber acabado con él, el pueblo, sin ningúnísima propaganda, sino a causa de la admiración que sentía por el admirable fraile, le eligió Diputado a la Sala de Representantes. Renunció de inmediato a ese honor por preferir ser en verdad "padre" del Pueblo, que supuestamente representante del "Pueblo".

1. Ante todo, sacerdote

Todo esto y mucho más fue Castañeda, pero, ante todo y sobre todo, fue siempre y doquier, el Sacerdote de Cristo. Esta fue su gloria, y él sentía su sacerdocio y lo vivía, y jamás olvidó la orden de Cristo Jesús: *"como mi Padre me envió a Mí, Yo os envío a vosotros, para que seáis la sal de la tierra y la luz del mundo"*. Muy en lo cierto estuvo el gran historiador entrerriano, Juan J. Segura, cuando escribió de Castañeda que "su gloria verdadera fue el sacerdocio", y agrega que el San Pablo que Castañeda llevaba adentro, lo impulsaba en su afán de agigantar el reino de Cristo, oportuna e inoportunamente... y recuerda cómo, allá por el tiempo de las invasiones inglesas, anduvo tratando la conversión de cierto prisionero inglés protestante. ¡El Padre Castañeda, en el campo enemigo, haciendo conversiones! Algo nos deja entrever una carta que dirigió a uno de los prisioneros ingleses, en respuesta de otra que de éste había recibido:

"Amigo, espero que Vd. dispensará esta majadería e inoportunidad con que, desde la primera vez que nos vimos, le hablé de religión..."

Altísimo concepto tenía Castañeda de su sacerdocio, ya que como él se expresaba sobre el sacerdocio, no cabía otro alguno mayor, y donde acaba todo honor y grandeza y autoridad humana, ahí empieza el ministerio sacerdotal que es superior a todo, y por eso en una de sus réplicas a Hilarión de la Quintana aseguraba a éste que en la Iglesia de Dios no había ministerio bajo, y *"la orla sola de las vestiduras sagradas valía más y pesaba más que toda la grandeza humana..."*

Pero, a la par de esa gloria, había una tremenda responsabilidad, ya que Cristo encargó, aún más, mandó a los pastores que

velasen sobre su rebaño, que ahuyentasen los lobos, los falsos profetas, y que mantuviesen la fe e impidiesen que la cizaña se mezclase con el buen trigo... y por desgracia la cizaña comenzó a pulular, a raíz de los sucesos gloriosos de 1810. Éstos fueron, como se expresó Mamerto Esquiú, el árbol del bien y del mal: del bien político, del mal religioso. Los gérmenes malditos de éste estaban ya en algunos de los hombres de Mayo, como Castelli y Monteagudo, soñadores de libertades espartanas, y repetidores de slogans tomados de los corifeos de la impiedad francesa, pero la terrible derrota de Huaquí, y la subsiguiente acción religiosa del viril, abnegado y piadoso Belgrano, acabó por entonces con aquel anárquico y depravado oleaje de dichos y hechos lúbricos y libidinosos. Sólo persistió en Buenos Aires el desdichado *Contrato Social* de Rousseau, editado, en pésima hora, por Mariano Moreno, y se fueron esparciendo los libros sensuales de que estaba abarrotada la biblioteca privada de Monteagudo, y Sarratea estuvo activísimo en importar todas las obras más opuestas a la doctrina y a la moral cristiana y allá por 1815 hasta se llevó a las tablas un dramón rebosante de reflexiva y refinada lujuria. ¡Cómo habían aquellos hombres confundido la libertad con el libertinaje!

Más de una vez, en años posteriores a los hechos, lamentó Castañeda no haber levantado su voz en esas ocasiones, en las que la doctrina o la moral eran el blanco de las befas y burlas de unos hombres de fango, pero cuando Bernardino Rivadavia, como ministro de Martín Rodríguez, impuesto por las Logias, tramó la primera persecución religiosa, Castañeda, por su propia voluntad y por orden de sus superiores, despojóse de su manse-dumbre franciscana y tomó la acometividad de la pantera.

2. La Reforma de Rivadavia

La famosa *Reforma Eclesiástica* constaba de tres capítulos: supresión de las Congregaciones religiosas y usurpación de los bienes temporales de las mismas; expulsión del clero ortodoxo e incautación de los bienes del mismo; creación de una Iglesia nacional, desligada de Roma y dependiente del Estado Argentino.

Don Bernardino, aunque hombre de escasas luces, estaba al tanto de lo que se había hecho en otros países, y supo preparar la persecución: comenzó por rodearse de un grupo de sacerdotes,

sólo tales en el nombre y en las apariencias, como los presbíteros Julián Segundo de Agüero, Valentín y Gregorio Gómez, el doctor Funes de Córdoba, y otros varios; además de los periódicos oficiales existentes, creó otros igualmente subvencionados por el Estado, y con los directores y colaboradores de esas publicaciones formó una "magna Corte" o "constelación de sabios", cuyo fin era doble: justificar y hasta aplaudir cada uno de los úkases de Rivadavia y arremeter contra y anular toda oposición.

Y se comenzó por el robo del Convento y Casa de Ejercicios de la Recoleta. Fue en vano que los Padres Franciscanos rogaran ardorosamente que no se les privara de su querido Convento; fue en vano que cedieran la huerta del mismo para cementerio; fue en vano que se ofrecieran *in perpetuum* a ser capellanes honorarios del mismo. Créase o no, lo que interesaba para cementerio no eran, según Rivadavia, las tierras sino esos edificios: la Iglesia, el Convento y la Casa de Ejercicios para hombres. Esos edificios eran ideales para cementerio, según Don Bernardino, y cabe recordar a este propósito el adagio romano: *quos Deus vult perdere, prius dementat*.

Recordemos, sin embargo, que la idea primigenia no fue de Rivadavia sino de Pedro Feliciano Sáenz de Cavia, quien en *El Americano* manifestó lo adecuado que serían esos edificios para asilo de desamparados. Pero debió pensar Rivadavia que éstos habrían de ser cuidados y alimentados, lo que supondría gastos, mientras que convertidos esos edificios en cementerio, idea genial de Don Bernardino, lejos de haber gastos habría entradas fijas seguras, sin mayores gastos. Eso era algo genial, y comenzó por despojar brutalmente a los dueños de lo que era tan suyo. La razón de Estado que tantos desafueros ha encubierto, también ha disimulado este acto de embravecido despotismo, y el éxito económico entonces obtenido puso alas a don Bernardino para hacer otro tanto con los bienes de los Padres Dominicos, Mercedarios y Betlemitas, y a ese conjunto de rapacidades, se dio el rumboso título de *Reforma Eclesiástica*.

3. Castañeda enfrenta a Rivadavia

Pero ésta hizo que Castañeda se irguiera valiente e invencible contra Rivadavia y contra su Corte de periodistas, bien asalariados todos ellos, para apoyar y sostener estas geniales reformas,

por las que los religiosos y también los beneméritos militares, gracias a la también "genial" *Reforma Militar*, y que habían derramado su sangre en los campos de batalla, tuvieron que pedir limosna por las calles para poder subsistir, mientras que un grupito de los amigos del "César", llenaban sus arcas sin esfuerzos algunos.

Comenzó Castañeda con tres *Amonestaciones* a Sáenz de Cavia, pero como en apoyo de éste salieron otros, como el estrafalario Pedro José Agrelo, y en pos de él Santiago Wilde e Ignacio Núñez, José María Calderón y Manuel de Sarratea, Juan Cruz Varela y otros no pocos, subvencionados todos, o la mayoría de ellos, con dineros del Estado, mejor dicho con dinero del pueblo católico de entonces, para combatir la religión del mismo, fue Castañeda creando tantos periódicos cuantos eran los oficiales, cuatro cuando eran cuatro, y ocho cuando los contrarios eran también ocho, pero con esta diferencia: si los del Gobierno eran periódicos, escritos por dos o más personas en cada caso, Castañeda no contó con colaborador alguno, aunque en la época en que eran ocho suponía él que cuatro eran dirigidos por varones y los otros cuatro por señoras, descontentas éstas de la cobardía de los hombres. Y había otra enorme diferencia, ya que, mientras los periódicos oficiales u oficialistas eran subvencionados por el Gobierno, Castañeda no contó sino con el producto de los "números" que se vendían y cierto es que el pueblo los compraba y los leía con avidez, cada día mayor. Lo que decía, y el cómo sabía él decir las cosas, le conquistaron las voluntades y, lo que es más, las simpatías de todo el pueblo de Buenos Aires.

A ello contribuyó sin duda la causa que defendía, tan querida por todo el pueblo argentino, con la sola excepción de una escásima minoría de incautos afrancesados; contribuyeron también las generales simpatías que por el abnegado y santo franciscano sentían cuantas gentes habían tenido la dicha de conocerle; contribuyó, en tercer término, el estilo y el lenguaje directo, personal, rápido, tajante y siempre pintoresco, de que se valía, pero hubo además un ardid literario de gran efecto: la numerosa caravana de matronas que "imaginativamente" cooperaban en la confección de los innumerables artículos o comunicados, que publicaba Castañeda en sus tantos periódicos.

Tan anárquica o, a lo menos, tan deslucida había sido la actuación de los gobernantes argentinos, en el primer decenio de la

Revolución, hasta postrarse ellos ante las féminas que, en junio de 1820, entraron en Buenos Aires “ahorcajadas sobre caballos man-sos”, que Castañeda consideró inútiles a los hombres todos y sostuvo que eran las mujeres las que habrían de salvar a la Patria. A este fin, y en relación a sus afanes periodísticos, arbitró tres medios:

Comenzó por declarar que eran de producción femenina varios de sus periódicos, como *Doña María Retazos* (1821-1823), *La Matrona Comentadora* (1821-1822), y *La Verdad Desnuda* (1822), títulos que según él respondían a matronas así llamadas, y en cuya denominación se hallaba indicado el objetivo o fin de esos periódicos. Esos periódicos rivalizaron con los masculinos de igual fecha, como el *Desengañador Gauchi-político* (1820-1824), el *Paralipómenon* (1820-1822), el *Despertador Teo-filantropico* (1820-1822) y el *Suplemento* (1820-1822). A las veces hubo discordancias y entreveros entre estos periodistas masculinos y femeninos, aunque acababan siempre por pacificarse y amistarse.

En todos estos periódicos, pero especialmente en los dirigidos por las matronas, las colaboradoras eran también mujeres, con extraños pero expresivos nombres: *Doña Prima Hermana de Pedro Gallo*, *Doña Cuán fácil es sorprender la buena fe de las señoras*, *Doña ¿Qué hemos de hacer con estos trástulos?*, *Doña Hay locos que no tienen remedio*, *Doña Maldito sea Juan Santiago* (Rousseau), *Doña En algo todas nos parecemos*, *Doña No lo llevemos todo a punta de lanza*, *Doña ¿Cuántos somos aquí?*, *Doña Para mentir es preciso tener buena memoria*, *Doña Desideria del bien común*, *Doña Santiago y contra ellos*, *Doña Herrar o quitar el banco*, *Doña Deseosa de saber verdades*, *Doña Desteta niños*, *Doña A veces nos falta la paciencia*, *Doña No doy cuartel a nadie*, *Doña Estén los godos quietos*, *Doña Escribo de todo y con calma*, *Doña Amiga de la Instrucción Pública*, *Doña Con el tiempo ha de ser peor*, *Doña Justicia Seca*, *Doña Erudición Sagrada*, *Doña Generosidad enormemente ofendida*, *Doña Justa exigencia*, *Doña Maldita sea la falsa filosofía*, *Doña Yo no me duermo*, *Doña Victoria por los mosquitos*, *Doña Ojo alerta*, *Doña Ni por éstas*, *Doña Fuera tinterillos*, *Doña Mala tos siento al viejo*, y otros tantos de igual tesitura.

Como si toda esta intromisión femenina fuera poca, excogitó Castañeda otro arbitrio, a fin de que ellas entre sí se entendieran

mejor, y también con el fin de congeniarlas con los varones, y para esto creó con ellas el “Congreso Constituyente” de las 500 Matronas, cuyo fallo era inapelable. Parece que el número de las tales congresistas varió, ya que si al principio eran 500, después eran 700 y, por fin, llegaron a ser 777. Aunque los hombres eran excluidos, se le otorgó al *Despertador Teofilantrópico* el raro privilegio de asistir a las reuniones, con voz, pero sin voto, y en iguales condiciones se permitió la entrada a algunos clérigos, aunque raras veces, por no haber ellos querido interferir en la acción parlamentaria de las matronas.

4. Un estilo viril e incisivo

Para que el lector aprecie por sí mismo lo que era el pensar luminoso y el expresarse con nervio por parte de Castañeda, despertando así el interés de quienes leían sus escritos, transcribimos una de las actas del ficticio Congreso, a que nos referimos:

“La Señora presidenta, que era una Entrerriana “magna”, dijo que “el mundo se gobernaba por la opinión, y que la soberanía del pueblo, ya se fundase en la razón o en la sin razón, pero a lo menos era una opinión que, de tanto repetirla, se había hecho ya general, y que además era una opinión halagüeña; que si dañaba, a lo menos dañaba dulcemente, como todas las pasiones, y que esto de decirles a los pueblos, que obedecerán a una ley que ellos mismos se impongan, es más sabroso que el locro, más sustancioso que la mazamorra, más suave que el quibebe, más espeso que todos los angús, más tiernecito que cuanto quirquincho ha criado Dios por esos campos”. Prosiguiendo la presidenta en su discurso, insistió en que “salga lo que saliere, era de necesidad el admitir la soberanía del pueblo en el siglo 19, y que partiendo de este principio era preciso arreglar la soberanía de las matronas, tanto en lo radical como en lo actual, tanto en lo directivo como en lo ejecutivo, tanto en lo ut sic, como en lo de hic et nunc, para que los dos sexos fueran acordes”.

“Una señora santafesina tomó la palabra y dijo: “muy poderosa señora, para admitir el concepto del pueblo soberano, se hace preciso fijar el concepto de esta palabra pueblo, porque a la verdad, si por pueblo se entiende lo que entendemos por montón, es cosa fuerte el que soberanía y montonera sean sinónimos de

concepto indivisible; en toda tierra de garbanzos, los sabios deben dar la ley; estos sabios no son sino los virtuosos, y estos virtuosos, por lo común, componen la parte, no sólo milésima sino que las más veces, daríamos gracias a Dios, si compusieran la millonésima; se hace, pues, preciso que evitemos el paralogismo en una materia que, desde luego, es de la mayor importancia: explíquenos primero qué se entiende por pueblo, y en caso de no explicarse bien esta palabra, protesto, a nombre no sólo de Santa Fe, sino también de los Abipones, que tienen sus tolderías en el Chaco”.

“Yo también protesto (dijo una paraguaya), yo también protesto, no sólo a nombre de los paraguayos, sino a nombre de los payaguás, bayás, guanás, mocobíes, y demás naciones que pueblan el Chaco; esta palabra pueblo es equívoca, que, a veces, no significa otra cosa más que un hombre rudo, que se levanta con la suma de las cosas y se denomina, o “supremo”, como el peón Ramírez, o “protector de los pueblos libres”, como el salteador Artigas, o genio como el verdugo Carrera, etc., etc., y ni Cristo pasó de la cruz, ni yo permito que en mi presencia se nombre soberanía, mientras no se defina lo que se entiende por esta palabra pueblo”.

“Una señora montevideana dijo: “la tal soberanía del pueblo ha acabado con la Banda Oriental, en términos que sólo se ha salvado del común incendio lo que se puso bajo la protección del portugués; por eso es que yo (entiéndase lo que se entienda por la palabra pueblo) digo que todo pueblo es un menor, es un pupilo, y que sólo el que estuviere loco podrá reconocer soberanía alguna al pueblo”.

“Una porteña dijo entonces: “en América, o por esta palabra pueblo se entiende un ‘totum revolutum’, sin distinción de clase, o un conjunto de diferentes pueblos, que no todos son soberanos, sino solamente aquellos que, por dicha suya, juntan a lo colombiano lo ibero puro, y a lo americano lo hispano puro”.

“Si por pueblo se entiende un ‘totum revolutum’, sin distinción de clases, de necesidad será caer en manos de los Blasitos, de los Zapatas, de los peones de confianza, (esto es, de los Ramírez), y de los que han acabado con todo”.

“Pero si, como es regular, la cosa se mira con orden analítico, veremos que nuestro todo se compone, lo primero, de indios bár-

baros e inciviles; lo segundo, de indios civilizados; lo tercero, de mestizos; lo cuarto, de negros bozales esclavos; lo quinto, de negros bozales libres; lo sexto, de negros criollos esclavos; lo séptimo, de negros criollos libres; lo octavo, de pardos esclavos; lo nono, de pardos libres; lo décimo, de españoles europeos; lo undécimo, de ingleses; lo duodécimo, de portugueses; lo décimo tercio, de franceses; lo décimo cuarto, de hispanoamericanos e ibero-colombianos, los cuales, siendo así que no pueden verse ni pintados, son los únicos, los únicos, los únicos que han heredado la soberanía, no de los españoles, porque ningunos se muestran más encarnizados que ellos contra los antiguos déspotas, y entonces ¿de quién han heredado la soberanía? La han heredado de los libros de Juan Santiago, como si los indios, los negros, los pardos, y los europeos no pudieran leer a Juan Santiago, para ser tan soberanos en pintura, ni más ni menos que como los pinta a todos Juan Santiago”.

“Aquí fue cuando la “entrerriana magna” empezó a dar campanillazos para que callase la porteña; y levantándose de su asiento dijo: ¡mueran las porteñas! La soberanía está en el pueblo, para que goce y disfrute de ella el primero que sorprenda al pueblo, o con la industria, o con los nidos, (o vicios impuros), o con las logias, o con las fantasmagorías, así como una manzana que está en la mano de un niño es del primero que engaña al niño y se la quita. Mi esposo, Francisco María, el supremo de Entre Ríos, de peón de confianza ascendió a “soberano magno”, y ya iba como Mahoma tomando cuerpo, si no hubiera sido que Lamadrid, López y Arévalo lo interrumpieron en sus conquistas”.

“La disputa iba tomando tanto cuerpo que me vi precisado, son palabras del Teofilantrópico, a pedir la voz, y con toda la humildad que me fue posible, dije: “muy poderosa señora; la soberanía no puede estar más expresa de lo que está en la Escritura Santa, y yo suplico encarecidamente a vuestra alteza se sirva hacer traer el primer libro del Génesis, para fijarnos en una materia que, desde luego, es de la mayor importancia, y que mientras no se fije, hará en el linaje humano más daño que toda la artillería...”

“Trajeron inmediatamente el libro del Génesis, y habiendo leído (yo), en alta voz, el capítulo tercero, donde está la prevaricación de nuestros primeros padres, luego que llegué al verso 16, reclamé la atención, y seguí leyendo muy pausadamente lo que

sigue: "Mulieri quoque dixit: multiplicabo aerumnas tuas, et conceptus tuos; in dolore paries filios, et sub viri potestate eris, et ipse dominabitur tui". A la mujer le dijo: "yo multiplicaré tus miserias, y tus partos; con dolor parirás hijos; estarás bajo la potestad del varón, y él te dominará". "Suplico encarecidamente a V. A. que medite con detención estas divinas palabras, y no podrá menos que advertir en ellas el génesis u origen de toda potestad, de toda soberanía, y al mismo tiempo advertirá que, sin matrimonio no hay potestad, no hay soberanía; la potestad, la soberanía nace del hombre y de la mujer, juntos en matrimonio; los solteros y las solteras es gente suelta a quien Dios nada, nada, les ha dicho, nada, nada, les ha confiado, y así como las solteras son niñas siempre, aunque hayan cumplido cien años, así también los solteros nada deben ser más que unos educandos, que, a proporción de los años, irán consumando la carrera de su degradación".

"Ahora, pues, si por derecho divino, la potestad y la soberanía está en la paternidad, y si este divino mandato es tan conforme a la naturaleza, entreguémonos sin reserva a los padres de familia, como depositarios de la soberanía activa, y todos aquellos en quienes no hay paternidad, ténganse como hijos de las madres, y estén bajo la potestad de los varones como hombres que son mujeres, y a quienes no puede convenir otra soberanía que la pasiva, bajo los auspicios de las madres, a quienes deben estar sujetos con sujeción inmediata".

"Con esta arenga se aquietó un poco la Entrerriana "magna", y pidiendo una paraguaya la palabra dijo: "muy poderosa señora: yo pido que esta materia se vuelva a tratar otra vez, partiendo de los principios del Teofilantrópico, que me paracen muy sólidos, y lo cierto es que, en toda esta sala de las 500, no hay una sola señora que no sea madre, ni ¿cuándo jamás hubiéramos consentido el que una soltera pisase nuestros umbrales? Luego las matronas, sin haber leído el Génesis, lo hemos observado por instinto, y éste es un motivo, el más poderoso para que no nos sea dificultoso el dar la última sanción a la intrincada doctrina de la soberanía; y aunque los varones renieguen, haremos que triunfe la verdad, y ellos quedarán abochornados al ver cuánto se han desviado de la naturaleza, por el prurito de filosofar capitolinamente; vayan al demonio los muy palanganas, y sepan que melius est obedire Deo quam hominibus (mejor es obdecir a Dios que a

los hombres); es verdad que Dios nos sujetó a nuestros varones; pero esa sujeción tiene sus términos, prefijados en la misma Escritura de la verdad, de modo que, cuando los varones se separan de ella, por discurrir arbitrariamente, la misma Escritura santa nos da derecho para tenerlos por unos botarates".

"Todas las señoras, por aclamación, aprobaron el parecer de la paraguaya; señalaron día para tratar con toda seriedad este asunto, y la entrerriana "magna" dijo: "muy poderosa señora, acabo de conocer que mi marido, Francisco María Ramírez, es animal en cuerpo y alma, y que todos los de adentro y de afuera no saben de la Misa la media, porque son unos tunantes; al Teofilantrópico me atengo. ¡Viva el místico político! La barra se deshacía en aclamaciones, y por más de un cuarto de hora no se oía más que ¡Viva la religión! ¡Vivan las máximas religiosas!"

Tal era la prosa viril y directa de Castañeda, tan lejos de la aérea y utopista en el fondo, injuriosa y depravada en la forma, de que se valían los adulones asalariados de Rivadavia, aunque otras veces floreció la idea o el pensamiento del fecundísimo fraile en impecable verso como en aquellos Cielitos, compuestos por él en honor de los dos ministros de Estado que, por imposición de las Logias, tuvo que soportar el buen Martín Rodríguez, y que se refieren a los procederes nada honestos de ambos de ellos:

García con Rivadavia
tienen unos saladeros
y allá entre los patagones
compran reses, compran cueros;
cielito, cielo, cielito,
cielito de nuestros barrios
cuanto más roban los indios
más ganan los Secretarios.

García con Rivadavia
al indio compran ganados,
por éso dejan que robe
el indio a los hacendados;
cielito, cielo, cielito,
cielito de economía
ya pueden los hacendados
decir esta boca es mía.

García con Rivadavia
al país han echado el guante
a ellos les sale la cuenta
y la provincia que aguante;
cielito, cielo, que sí,
cielito de las cautivas
que pasan ya de tres mil
las que no están redimidas.

García con Rivadavia
extinguen las religiones
para fundir en el Banco
las custodias y copones;
cielito, cielo, cielito,
cielito de las locuras,
cuando se aumentan las luces
nos quedamos más a oscuras.



*García con Rivadavia
tienen un fuerte comercio
a costa de nuestra sangre
que ellos miran con desprecio;
cielito, cielo, cielito,
cielito de las unciones,
tienen los dos secretarios
"católicas intenciones".*

*García con Rivadavia
para una misa cantada
pidieron tres mil pesitos
a esta ciudad degradada;
cielito, cielo, cielito,
cielito de devoción,
cántese a los secretarios,
cántese el kirieleisón.*

*García con Rivadavia
se embarcarán para Europa
cuando los pampas conquisten
esta ciudad con su tropa;
cielito, cielo, cielito,
cielito que, según vamos,
los indios al fin serán
los señores y los amos.*

La suya como la de sus enemigos fue, por lo general, una literatura batalladora y agresiva, y, a las veces, hasta desmanada y aventurera, ni podía ser de otra suerte, si había Castañeda de apagar los fuegos enemigos que, de todos los lados, caían sobre él. El bueno de Fray Cayetano Rodríguez también sacó un periódico, todo él escrito en lenguaje plácido y hasta místico, lleno de argumentos filosóficos y teológicos y de consideraciones ascéticas de muy buena ley, pero sus enemigos, que eran los mismos de Castañeda, le tomaron por la chunga y sus artículos fueron materia de risa y de facecias por parte de aquellos periodistas de ingenio cáustico y maleante. Pero Castañeda poseyó una pluma que si, a las veces, era tal, otras era una daga y, no pocas veces, tenía el poder de un garrote. Los ingenuos que, ayer y hoy, se escandalizan de algunas de sus expresiones bravías y hasta desolladoras, se olvidan que no es posible combatir con pulidas flechas indígenas contra quienes apuntan con armas de fuego.

*García con Rivadavia
aumentan a Don Martín
la venta, cuando los indios
nos cantan el retintín;
cielito, cielo, cielito,
cielito de Don Martín,
que a costa de la campaña
se abotona el chupetín.*

*García con Rivadavia
son sabios economistas,
tinterillos embrollones
y despreciables plumistas;
cielito, cielo, cielito,
cielito del cementerio,
la multitud de tributos
no carece de misterio.*

Cada número de los tantos periódicos de Castañeda hacía temblar y cuartearse los bastiones enemigos, donde el más grosero ateísmo tenía sus reales, y si los aficionados al mismo o in-ficionados del mismo, llenaban sus periódicos con tendencias e impulsos de mala ley, Castañeda llenaba los suyos con ideas claras y definidas pero de a puño, y puño de acero. Así es que durante cuatro años fue un luchador que no supo lo que era descanso, no ya de un día, pero ni de una hora, y como impugnador vigoroso y contundente, no dejó disparate sin su correctivo, ni gacetillero sin su merecido.

5. Castañeda, perseguido

Pero no nos equivoquemos al decir que, en esos años, no tuvo descanso, ya que una y otra vez, por "real orden", fue desterrado, ya a Catamarca, ya a Lobos, ya a Patagones, ya a Ranchos, ya a Kaquel Huincul, ahora Maipú, en la provincia de Buenos Aires, pero aún en esos parajes desérticos, no estuvo ocioso, ya que al regresar, venía provisto de nueva metralla, más efectiva aún que la anteriormente usada por él. Su acción periodística llegó a ser tan popular que en Buenos Aires hasta las piedras se levantaban contra el hombre que gobernaba o desgobernaba como un visir, y que se regordeaba en sus infinitas tropelías a la dignidad, de quienes no pensaban como él y que estaban felizmente lejísimos de obrar como él. Es verdad que, a las veces, extremóse Castañeda en sus censuras o en sus refutaciones, como cuando publicó unas suposiciones, harto maliciosas, aunque al parecer muy razonables.

Nada afirmaba; sólo preguntaba:

"1o. Si convendrá que este pueblo y su campaña sufra por más tiempo al señor Secretario de Estado, don Bernardino Rivadavia;

"2o. Si será sedición el pedirle al Gobernador, don Martín Rodríguez o a la Honorable Soberana Junta de Representantes, para que no acabe de acabarnos, se sirva poner a don Bernardino Rivadavia en la cárcel;

"3o. Si en caso de acceder el Gobierno o la Junta, a la solicitud del Clero y del pueblo, convendría que el Secretario de Estado cesase con honor, o si convendría tildarle inequívocamente para escarmiento de todos los demás ministros.

"Estas cuestiones, resueltas con tino e imparcialidad, serían, agregaba Castañeda, una contra-revolución que fijaría (esto es, afianzaría) el gobierno de don Martín Rodríguez, a quien el pueblo todo compadece y a quien no deja de amar, aun después de tantos sinsabores y disgustos".

Todavía agravó Castañeda su situación cuando escribió, también en *La Verdad desnuda*, que "cuando la ginebra bajó de la cabeza a los pies, don Toditico (apodo con que llamaba él a Rivadavia), le entró a éste una diarrea de decretos exterminadores y que la inmoralidad y la arbitrariedad subieron al Solio". El Fiscal del Gobierno, Dr. José Cayetano Pico, magnate en la Corte de Rivadavia y miembro conspicuo de la "Constelación de sabios", acusó a Castañeda, ante el juez de 1ª Instancia, Dr. Bartolo Pico, por esas y otras expresiones, y se formó un jury y éste, compuesto de genuflexos, digitados por el Sr. Secretario de Gobierno, condenó al reo:

"Póngase en reclusión al R. P. Castañeda en su convento, por ahora, y queda suspendido en el entretanto de la facultad de escribir..."

El que se le hubiese prohibido publicar, habría sido una medida despótica, según la Ley de Libertad de Prensa, entonces existente, pero el que se le prohibiera escribir, era una pena que rayaba en el absurdo, como sería prohibirle pensar por escrito, que era como les gustaba pensar, así a Leibnitz como a Justo Lipsio. Por otra parte, el escribir es algo privativo y personal que, de suyo, no afecta a nadie, y, por ende, no era materia juzgable, menos aún condenable.

Es que Castañeda se había atrevido a zaherir no tan sólo a Rivadavia sino también a Manuel García, cuyas falsías y traiciones atrevióse a manifestar. "En fin, para hacer ver al público la nulidad absoluta del secretario, Dr. D. Manuel García, en estas materias (teológicas y canónicas), lo desafió a una disputa pública en la (Iglesia de la) Compañía, o en la Catedral, o en la Plaza de la Victoria; desafió también a don Bernardino Rivadavia, y estoy satisfecho de que esos dos balandrones, autores del Centinela y del Lobera, no tendrán que replicar, a no ser que prorrumpan en herejías y blasfemias..."

6. En la zona del Litoral

Condenado después a cuatro años de prisión en Patagones, huyó Castañeda a Montevideo, donde siguió publicando *La Verdad desnuda*, y desde Montevideo pasó a Santa Fe, y, en la lejana soledad de San José del Rincón, fundó una escuela, un colegio, unos talleres de artesanías, y hasta se empeñó por reconstruir una imprenta, la que había pertenecido al General Carrera, y cuando aquellas fundaciones eran prósperas, cedió a los reclamos de los parenses, e hizo otro tanto en Paraná, y solicitado por los gobiernos de Corrientes, Córdoba y San Juan, para iguales empresas, la muerte, una santa y envidiable muerte, puso fin al batallar de este hombre gigante.

El *humanum est errare* incluyó en su universalidad a Castañeda, pero en ninguno de sus tantos escritos se hallará ni asomo de esa solapada maldad de que estaban plenos los periódicos de sus contrarios, y menos aún, ni sombra de las intrigas y amaños e insidiosas insinuaciones de que ellos hacían gala. Antes en toda esa su indomada y fecunda laboriosidad aparece siempre, de cuerpo entero, el sacerdote de Cristo. De índole cándida y de hermosísimo corazón, él mismo nos dice que, después de cada encuentro con sus enemigos, se retiraba a la soledad para orar por ellos, suplicando a Dios les perdonara tantas blasfemias y le perdonara a él cualquiera frase menos caritativa que en la refriega hubiese proferido. Hasta las lágrimas llegaba este su arrepentimiento. "Hago añicos los asertos de los enemigos, haciendo reír a mis lectores, y yo después me pongo a llorar". Aun más, las heridas que en sus eventuales enemigos causaba con la una mano, las procuraba curar con la otra.

Después de una lucha intensísima y sin interrupción, desde diciembre de 1810 hasta octubre de 1822, y al verse condenado a un destierro de cuatro años a la destemplada soledad de Patagones, reanudó su labor pedagógica en Santa Fe y en Entre Ríos, y con tal éxito que, como ya hemos consignado, los gobiernos de Corrientes, de Córdoba y de San Juan, informados de su magna labor educacional, solicitaron su ida a esas provincias para hacer él en ellas lo que había hecho en Buenos Aires, antes de clavarse como tábano en las carnes vivas de don Bernardino durante tres largos años, y lo que después había realizado en Santa Fe y Entre Ríos.

Estaba en San José del Rincón, en Santa Fe, cuando la ocupación de la Banda Oriental por las tropas lusitanas, y contra esa iniquidad, tolerada por los hombres de Buenos Aires, fundó el periódico *Vete, portugués, que aquí no es*, seguido de *Ven portugués, que aquí es*, y se hallaba en Paraná, cuando supo del espantoso asesinato de Dorrego, por los Unitarios, y allí escribió, pero imprimió en Santa Fe, los doce números de que consta su periódico "*Buenos Aires cautiva*". Sospechamos que la extremada rareza de los números de este periódico, se debe a que los Unitarios lo hicieron desaparecer, por las pruebas que en el mismo aducía para probar que Rivadavia y sus cortesanos más íntimos, y no Lavalle, fue el autor o autores del asesinato del Gobernador Dorrego. Era algo entonces evidente, aunque después se han hecho los más ingeniosos malabarismos históricos para quitar este sanbenito a Don Bernardino.

Era en esta época cuando la pluma de Castañeda echaba tales chispas que su gran amigo, Anastasio de Echavarría, le aconsejó que dejara en paz a los enemigos de Cristo y de su Iglesia y se contentara con decir Misa y cuidara de sus escuelas, pero la respuesta del indomable fraile fue digna de él: "*pero, amigo, es precisamente la Misa lo que me enardece, y me arrastra y me obliga a la lucha incesante*". La Santa Misa y la adorable persona de Cristo Jesús era lo que espoleaba a Castañeda para gastarse todo por los intereses de las almas. Escribiendo al citado Echavarría sobre la persona del Hijo de Dios, hecho hombre, le decía:

"Con este *"homo bonus"* (hombre bueno), *único hombre, que tenemos tal, en nuestro linaje, me entiendo yo. ¡Qué lágrimas me hace derramar! No porque él me reprenda, ni porque me castigue, porque es de lo más manso y de lo más humilde que vieron ni verán los siglos. Pero eso mismo es lo que me deja muerto y sin fuerzas para levantar los ojos al cielo... Con este buen hombre... es con quien yo me entiendo...*"

Conclusión

El Dr. Osvaldo Loudet creyó, cuando joven, que era Castañeda un esquizofrénico, pero cambió de parecer, porque "*nada hay, como escribió, más cercano a la locura que la santidad*", y fue ésta, y no aquélla, lo que hizo de Castañeda un batallador de la reciedumbre

superhumana que le caracterizó. Capdevila entrevió esta realidad y no temió indicarla una y otra vez. E ignoraba este tan entusiasta panegirista del ilustre fraile que, en vísperas de la partida de éste a la eternidad, organizaba Castañeda un viaje a Roma, llevando consigo tres indiecitos de Entre Ríos, un guaraní, un guaicurú y un abipón, a los que quería presentar al Romano Pontífice y solicitar de Su Santidad el envío de misioneros, sobre todo de Jesuítas, para que éstos retomaran sus antiguas Reducciones y fundaran otras. Pero una santa muerte, acaecida el 12 de mayo de 1832, acabó con este proyecto para el que ya tenía reunidos los necesarios recursos. Pero presintió que su enfermedad era la postrera y él mismo, escribe el recordado historiador Segura, *instó al párroco, que lo era el doctor don Francisco Alvarez, para que, sin dilación alguna, le administrara los santos sacramentos. Pidió que le vistieran su pobre hábito y cobrando un aliento extraordinario protestó delante de todos su adhesión a la Santa Iglesia Romana...* No murió de rabia, mordido por un perro cimarrón, como hicieron correr sus enemigos. Nada de eso: fue una muerte muy natural y muy sobrenatural. Para él, como para San Pablo, el *mori lucrum*, el morir era la gran dicha, ya que era el estrecharse con Cristo Jesús, para siempre.

GUILLERMO FURLONG S. J.

LA PENETRACIÓN MARXISTA EN LAS UNIVERSIDADES ARGENTINAS

1. Ubicación del tema

La existencia de una determinada estrategia general o mundial y de una estrategia para la Universidad, se sigue con rigurosa coherencia de los supuestos teóricos del marxismo. En efecto, la filosofía de Feuerbach, y sobre todo, la de Hegel, es aún una "interpretación" de la realidad como contradicción de opuestos en la cual todavía tiene predominio el momento contemplativo. Como es sabido, Marx puso "de pie" a la dialéctica (que estaba "cabeza abajo") y, por eso, no se trata ya de "interpretar" la realidad sino de *transformarla*. La filosofía es *acción* y, si lo es, es *práxis* revolucionaria que, en cuanto tal, logra la síntesis entre el momento teórico y el momento práctico mediante el trabajo. El trabajo es, pues, la *mediación* que mueve la historia y las relaciones de trabajo constituyen la misma naturaleza *social* del hombre que, a través de las necesarias etapas de la dialéctica histórica, se encamina hacia la sociedad sin clases o sociedad comunista.

Como se ve, podemos distinguir aquí dos aspectos del mismo problema: Por un lado es evidente que la mediación del trabajo resuelve la Idea hegeliana en la historia adquiriendo un carácter religioso y salvífico. La mediación de Cristo ha sido sustituida por la "mediación" dialéctica del trabajo; de ahí que, en ese plano, la "fe" marxista en la transformación de lo real, la "desalienación" del hombre a través de la lucha de clases, es la expresión más lograda de la secularización anticristiana de la fe cristiana. Por eso no son meramente palabras sino estricta verdad para un

cristiano que el marxismo es "intrínsecamente perverso" en cuanto *esencialmente* opuesto a lo cristiano. Y lo cristiano no es una definición abstracta sino una Vida concreta: Cristo. En consecuencia, como veremos, toda la estrategia marxista y sus tácticas concretas deben ser vistas por nosotros en esta perspectiva.

Por otro lado, en cuanto el trabajo es síntesis de teoría y de práctica, todo momento de la actividad marxista conlleva necesariamente la "práxis revolucionaria" y, por eso, el marxismo, en su actividad política que es indistinta con él, es y debe ser siempre *subversivo*. Se trata de una necesidad intrínseca de la teoría misma. En consecuencia, en el plano histórico y empírico inmediatos el marxismo implica una estrategia general iluminadora de cada táctica particular. Esto es lo que deseo considerar aquí muy brevemente, apenas como unas indicaciones generales de un ensayo más extenso que he de publicar más adelante.

2. Estrategia y táctica

La práxis subversiva encuentra sus causas en la concepción del mundo y, por eso, en cada caso, debe seguir vías concretas que dependen de una estrategia general; y, para cada teatro específico de operaciones depende de una estrategia operacional, para decirlo con terminología castrense. Por eso, la Universidad, para el marxismo, constituye un "frente intelectual"; se trata de un teatro de operaciones; la captación de intelectuales es "reclutamiento de intelectuales". Por consiguiente, es bueno precisar (para el tipo de lectores a quienes se dedican estas líneas) los conceptos de "estrategia" y "táctica" para este caso: La estrategia es el gran arte de los conductores de la guerra y es, por eso, "la conducción general de las operaciones" (1). La estrategia guía la táctica en cada caso; como ha dicho el Almirante Castex: "Estrategia antes del combate y después del combate; táctica durante el combate, desde el instante en que las armas empiezan a actuar hasta que dejen de hacerlo" (2). En este sentido, podría decirse que existe una *estrategia* universitaria marxista (estrategia operacional) que,

(1) Alberto Marini, *La guerra, la política y la estrategia*, vol. II, p. 105, Círculo Militar, Bib. del Oficial, Buenos Aires, 1962.

(2) Citado por A. Marini, *Op. cit.*, p. 105.

en cada caso, en cada Universidad, en cada Facultad, en cada Escuela, en cada Instituto y sobre la marcha, adopta determinada *táctica* adecuada a la conquista de cada sector y según las circunstancias especiales. Tanto la estrategia como la táctica (o las tácticas) implican, desde luego, la primacía indeclinable de la teoría revolucionaria vitalizadora de toda praxis como dice Lenin: "Pactad acuerdos para alcanzar los objetivos prácticos del movimiento, pero no trafiquéis con los principios, no hagáis 'concesiones' teóricas"; y más adelante: "Sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario" (3). Y porque hay una relación estrechísima entre teoría y praxis, el carácter revolucionario (o subversivo, como debe decirse) implica toda la cultura anterior; debe echar sus raíces en todo el pasado del país que desea invadir y en sus modalidades propias (4). Por eso, si pensamos en una estrategia para la Universidad argentina, debe tratarse de una bien determinada estrategia operacional cuyos principales caminos deseo poner de manifiesto.

3. Estrategia en la Universidad

He de valermé, nada más que por razones de sistematización, de un interesante librito sobre *Estrategia en la Universidad*, escrito por dirigentes del Movimiento de Liberación Nacional (5). De acuerdo con ellos, la Universidad puede ser considerada desde tres puntos de vista:

a) Desde el punto de vista de la composición de clase:

1. *Carácter clasista de la educación*: En efecto, si la síntesis entre teoría y práctica se logra mediante el *trabajo*, por él el pensamiento se hace historia, es social, implicando la lucha de clases; por eso, todo sistema de enseñanza, para los marxistas, ex-

(3) *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, en *Obras Selectas*, vol. I, p. 156, trad. cast. de Ediciones en Lenguas Extranjeras (Moscú, 1941), 4 vols., Ed. Problemas, Bs. As., 1946.

(4) Cf. en ese sentido el clarísimo trabajo de Roger Garaudy, *Introducción a la metodología marxista*, Ed. Meridiano. Bs. As., 1964 (conferencias dictadas en La Habana en 1962).

(5) *Estrategia en la Universidad*, 79 pp., bajo la dirección de Ramón Alcalde y otros, Buenos Aires, 1964.

presa "las condiciones sociales en que se desarrolla", como dice Marx (6); es decir, es la educación de la clase explotadora o "dominante", como copian ahora los tercermundistas. En consecuencia, la Universidad argentina tal como existe, mal o bien, debe ser considerada desde el punto de vista del mito marxista de la lucha de clases y, como tal, debe ser expresión de la dialéctica en que consiste la realidad social.

2. *Composición de clase de la Universidad*. Así, pues volviendo al librito *Estrategia en la Universidad*, en la Argentina, los universitarios "proceden exclusivamente de las clases medias y de la burguesía, no del proletariado industrial y rural" (p.7); en consecuencia, "el investigador, por serlo, no deja de estar incluído dentro de una clase, ya sea pasivamente, ya sea por propia elección, y de ser condicionado por sus intereses. Nuestra Universidad, como cualquier otra, autónoma o no, no dejará de orientar su investigación de acuerdo con los intereses de la clase dominante" (p. 30-1). Con estos supuestos que alimentan una estrategia general, ¿cuál debe ser, en cada caso, la táctica a seguir?

3. *Trasladar la lucha de clases a la Universidad*. Los pasos que los marxistas siguen en la destrucción de la Universidad, son coherentes: Para el marxismo, dentro de la burguesía los intelectuales están dedicados a problemas "superestructurales" teniendo en cuenta que superestructura es el conjunto de instituciones e ideas que emergen de una estructura social determinada (7). Es precisamente esto lo que debe tener en cuenta una buena estrategia pues dentro de este grupo, "los estudiantes, por razones psicológicas y porque aún están exentos de compromisos concretos con la clase de origen, son normalmente los más dispuestos a adoptar una ideología revolucionaria rebelándose contra la propia clase" (p. 14). *Esta rebelión de los jóvenes contra sus padres y el medio familiar* es esencial en la lucha para destruir la sociedad

(6) *Manifiesto Comunista*, p. 91, en el vol. *Biografía del Manifiesto Comunista*, 545 pp., con comentarios de Riazanof, Labriola, Engels, Ed. México, ib., 1949; cf. el exhaustivo estudio de Bogdan Suchodolski, *Teoría marxista de la educación*, trad. de M. B. Borrás, Grijalgo, México, 1966, especialmente cap. IV.

(7) Henri Lefebure, *El marxismo*, p. 73, trad. de T. M. Simpson, Eudeba, Bs. As., 1961.

básica *dialectizándolo* todo; los hijos contra los padres; después, quizá los padres contra la autoridad política (para justificar a sus hijos y no reconocer sus errores de educación) y, de ese modo, los estudiantes contra la “clase” profesoral, los profesores (demagogos) contra las autoridades académicas y así sucesivamente. Ahora, muchas veces cuentan con la explícita complicidad de las mismas autoridades académicas y así se cierra el círculo y la contradicción se vuelve “universal”. Cuando esta actividad es ya praxis revolucionaria, adoptará, en cada caso, la *táctica* más útil para la “liberación social” solamente lograda por medio de la toma revolucionaria del poder. Y aún dentro de la misma dictadura, ya establecida, del proletariado, es posible llevar más adelante el proceso mediante lo que en China se ha llamado la “revolución cultural” (8).

4. *Los aliados, la destrucción de la Universidad y los slogans para idiotas.* Por lo tanto, como dicen los marxistas, “la única conducta posible para los grupos o partidos que se postulan como izquierda... es trasladar al seno de la Universidad la lucha que deben realizar fuera de ella contra la oligarquía y el imperialismo”. Esto hace necesaria la acción de los *aliados* frente a los cuales se impone la necesidad tanto de definirse cuanto de *hacerlos definir* y “hacer definir siempre y en cada caso” a esos aliados, aunque se pierdan posiciones (*Estrategia en la Univ.*, p. 25). Por ejemplo, en una situación de represión por parte del Estado, se debe urgir, presionar al aliado a luchar del lado marxista (defendiendo valores insospechables como la libertad de cátedra y otros análogos), comprometiéndolo a “renunciar” a una posición *con él*, logrando que el aliado o posible aliado *firmé* una declaración con ellos, en fin, impulsarlo (aún sin que el aliado se dé bien cuenta de ello) a aceptar planes de lucha, por lo menos de hecho. Recuerdo que la víspera del llamado “cordobazo” (obra de doscientos agitadores y no del pueblo cordobés) luego de más de cinco horas de discusión en un aula de la Facultad de Filosofía, el grupo marxista había sido (aparentemente) derrotado; entonces, uno de ellos me propuso que firmara una declaración *con ellos* sosteniendo nada

(8) Cf. el interesante informe *Este mes de agosto en Pekín*, Informaciones Católicas Internacionales”, n° 272, p. 16-26, set. 1966.

más que aquellos valores académicos que *yo mismo* había defendido. La respuesta fue un sonoro ¡*jamás!* Se levantaron retirándose del aula. Pero si mi actitud hubiese sido vacilante, hoy sería, para ellos, un idiota más.

Como se ve, ciertas consignas de lucha como la “autonomía universitaria”, la “libertad académica”, los “nuevos métodos pedagógicos”, etc. (que fuera del contexto marxista pueden significar valores reales) carecen (para el marxismo) de toda importancia como no sea *táctica*, para este momento y en esta circunstancia. Cuando llegue la dictadura del proletariado *ya no existirán más*. Por eso, confíen los mismos marxistas: “Si en el curso de este enfrentamiento, al radicalizar las posiciones internas del estudiantado... se pone en peligro la ‘autonomía’ de la Universidad, no debe vacilarse en hacerlo. Alguna clase de Universidad existirá siempre, y dentro de ella siempre será posible agitar consignas revolucionarias y reclutar militantes para llevarlas a la práctica. Y si así no fuera, la única conclusión válida es que habría llegado el momento de abandonar la Universidad como frente de lucha” (*Estrategia*, p. 25). Desde el punto de vista marxista, a veces sus representantes han caído en el error de pactos y entendimientos (ya condenados por Lenin) como hace la Reforma Universitaria, considerada sólo como colateral en esta lucha. Debe observarse que ciertos “valores” como la libertad de cátedra (expresión por cierto ambigua), el predominio del saber científico, etc., son vistos por los marxistas como teniendo “su” sentido en *esta* determinada superestructura que depende de la “clase dominante” a quien pertenece la Universidad que hay que destruir. Producido el cambio de relaciones de clase, estos valores *dejan de existir*. Se puede entonces “luchar” por ellos *mientras la anterior relación de clases subsista* en orden al plan estratégico y mientras se produce el avance de las células en la Universidad “burguesa”. Después la cosa será distinta. Ya vendrán los parecidos tanto para los aliados como para los reaccionarios. Como tuve ocasión de decirles al Decano y Vicedecano de mi Facultad de Córdoba (años 1969-1972), que se caracterizaron por su actitud de entrega a los marxistas: “Es seguro que en el Estado marxista a mí me fusilarán por católico... Pero a ustedes los fusilarán por imbéciles!”. Hay una grande diferencia.

Debe tenerse siempre presente que el aliado, al ceder o conceder algo, cede todo y concede todo; en cambio, los marxistas ni ceden nada ni pierden absolutamente nada. Ganan. Es como una "apuesta" invertida. Dejo la palabra nuevamente a los marxistas: "Lo que sí, en cambio, se impone, es la necesidad de definirse y *hacer definir siempre y en cada caso a los aliados*, aunque esto implique la pérdida de posiciones o quedar en minoría, conectando estas consignas con el paso adelante que implique su superación" (*Estrategia*, p. 25).

5. *El marxismo dentro del clero católico*. Ahora comienza a afectar seriamente a la Universidad argentina la acción del clero tercermundista que es una de las preocupaciones centrales del plan aprobado en Montevideo, en junio de 1969, por un Comité Central Revolucionario Castrocomunista-Maoísta ⁽⁹⁾. Aunque muchos aspectos de este plan han fracasado y está ya un poco atrasado, es muy interesante leer algunos párrafos referidos a cierto Clero: "Se ha declarado ya revolucionario y reformista desde la iniciación de las operaciones en Brasil, siendo coronada esta posición públicamente en Medellín. Reclamará desde el púlpito y en cualquier oportunidad que se presente una orientación nueva para la prédica de la Iglesia ante el pueblo (...) (Es necesario) apoyar esta acción en el más de un millar y medio (se habla de toda América Latina) de clérigos activistas que hacen ya que *la Iglesia esté convertida en la mejor base de la revolución de izquierda*". Este relativamente extenso informe, concluye con ciertas "consignas" que hemos oído en los ambientes universitarios particularmente los años 1969, 1970, 1971: "a) Rechazo del sistema capitalista vigente; b) Repudio del imperialismo económico; c) Caducidad del sistema imperialista cultural...; d) Cambios de estructura en lo social; e) Nueva política nacional sin pluralidad de partidos. Partido Unico; f) Formación de una nueva sociedad de trabajadores; g) Ruptura del 'estado de minoridad permanente a que llevan los regímenes militares a los pueblos'; h) LA IMAGEN DE CRISTO DEBE PRESIDIR LOS GRANDES ACTOS DE TRANSFORMACION PARA CONTAR CON LA IGLE-

(9) Fue publicado en *La Prensa*, 11 de junio de 1969, p. 6, col. 3-4, Bs. As.; los subrayados son míos.

SIA REVOLUCIONARIA; i) La revolución debe ser claramente orientada hacia el socialismo de extrema izquierda; j) Proclamar la formación del 'hombre nuevo' y prepararse para enfrentar la reacción e inclusive a los curas; k) Afirmación de que el movimiento está con un cambio radical para romper la servidumbre de los viejos moldes capitalistas y enfrentar al imperialismo".

6. *Los mejores aliados, los católicos traidores*. En el propio dinamismo de la táctica marxista de penetración en las Universidades argentinas, ciertos católicos (sic) han cumplido, en los últimos años, un papel de capital importancia. Algunos han sido ganados por la más grave herejía de todos los tiempos, el secularismo que llamo entrecasa el *monofisismo invertido* o el nuevo monofisismo; en otras palabras, así como el antiguo monofisismo sostuvo que en Cristo sólo había naturaleza divina convirtiendo al Cristianismo en una suerte de angelismo antihumano, así hoy, de hecho se pone el acento solamente en la naturaleza humana de Cristo reduciendo el Evangelio a un mensaje puramente humano y secular; pero otros, y son los más, han sido ganados por la frivolidad mundana, por el deseo del poder inmediato y, sobre todo, por la *cobardía* más ruin y la *pusilanimidad* más abyecta; pero quizá lo más común sea el pueril deseo de estar en "la punta de la ola", al día, por la urgencia de no "perder el tren". Y, como para colmo, no están suficientemente preparados, creen en el mensaje de la fatal y necesaria dialéctica hegeliana y, por eso, están dispuestos a entregarlo todo. Bueno sería que estos tales, que han llegado a ser rectores, decanos, vicedecanos, consejeros y profesores, dejaran de una vez de hacer protestas de catolicismo. Estos tales son *los más eficientes agentes de la penetración marxista en la Universidad*. Los marxistas lo saben. Y, desde el punto de vista de la táctica circunstancial, hacen bien en utilizarlos. Es lo que yo haría si fuese marxista.

Apenas hace cinco meses que las agencias noticiosas se hicieron eco de un editorial del *Pravda* (15, setiembre, 1972) en el cual se exige que "cada comunista debe ser un luchador por el ateísmo"; dicho editorial sostiene que la religión es uno de los restos negativos del pasado y exige "la erradicación total" de la religión por medio de la educación y la propaganda, llamando la atención sobre el hecho de que están relacionados la religión y los

prejuicios nacionalistas ⁽¹⁰⁾. Esta es la verdadera cara del marxismo, sea del color que fuere, por una coherente exigencia de la propia doctrina.

7. *Utilización de la dinámica de grupos por el marxismo.* Por otra parte, la dinámica de grupos (de cuyo valor o disvalor nada diré aquí) es utilizada con eficacia por profesores y agitadores marxistas aunque distorsionando su verdadero sentido; se funda, principalmente, en el mismo carácter *grupal*, colectivo, del método, que puede hacer olvidar que no existe educación "del grupo" sino educación de la persona. Particularmente se nota la utilización marxista del método en los llamados "grupos de formación" en los que sus integrantes asumen una actitud autocrítica para estudiar su propio proceso; se incorpora aquí la tesis de Marx de que el factor decisivo que configura al hombre es su actividad social de la cual dependen tanto la conciencia cuanto el ambiente; y esta actividad sólo puede comprenderse como "práctica revolucionaria". Es por eso que, para la pedagogía marxista, la labor educativa (y tengo a la vista apuntes de clase de Escuelas de Ciencias de la Educación de Universidades Argentinas) debe cumplir "con el espíritu de la lucha política" que "libere" al hombre de sus opresiones de clase. En la sociedad "burguesa" debe establecerse un pacto del educador con la práctica revolucionaria (o mejor dicho subversiva) y en los Estados marxistas debe proseguir el pacto pero con las fuerzas más activas del proceso. Lo que importa es, pues, la eliminación del "individualismo" y el "idealismo" que cree en la existencia de valores trascendentes. Pero es claro que en la utilización de la dinámica de grupos se suprime en lo posible el "clima de libertad" imponiéndole al grupo (por parte del animador o coordinador) tanto el contenido cuanto los procedimientos. En cuanto a las etapas del grupo (aspecto dinámico) no se pone tanto el acento sobre la determinación de objetivos (que los agitadores sí conocen bien) o los elementos de solución o la crítica de las proposiciones, sino, como ya dije, sobre la "decisión" que se quiere que sea siempre *unánime* (consenso); de este modo, cada uno de los miembros del grupo se siente comprometido y es el grupo quien decide y ga-

(10) Tomado de *La Voz del Interior*, 15 de set. 1972, p. 6, col. 5 - 6, Córdoba.

rantiza la realización de lo resuelto (técnica leninista de las asambleas). ¡Y pobre del que ose oponerse, sobre todo con argumentaciones coherentes que impliquen un desmoronamiento de las tesis marxistas de fondo! Será tildado de "fascista", "reaccionario", "individualista", inadaptado a los "nuevos y consagrados métodos pedagógicos", "verticalista", etc.

El animador del grupo debe adoptar un método que no sea "democrático", ni "semiautocrático", ni "bonachón" (como dice la insufrible terminología al uso), sino abierta u ocultamente autocrático imponiendo los objetivos, las técnicas y expulsando a los "rebeldes" que no acatan sin crítica el criterio que se impone. Estos amigos del "diálogo", solamente dialogan con los parciales. Con tales métodos se introducen los textos marxistas (que he tenido varias veces a la vista), los antagonismos de clase artificialmente provocados; se adoctrina "al grupo" donde no existe ni debe existir más el "yo" sino el "nosotros" no en sentido metafísico sino meramente colectivo, hasta que todo el grupo comienza a pensar (y a no poder no pensar) sino según los supuestos marxistas. Tengo aquí apuntes de clase, panfletos, breves impresos, de pésima calidad científica, que son transcripciones de escritos y textos del Che Guevara, de Marta Hoenecker, de Garaudy, etc., puestos o yuxtapuestos sin un orden interno, demostrando la carencia de formación de la gente de pedagogía. También he podido comprobar que el "espíritu de equipo" (*memberschip*), que consiste en una conciencia de grupo, adquiere caracteres especiales: pues, al mismo tiempo, que se *impone* a profesores pusilánimes (recuerdo a uno muy católico que siempre acepta las imposiciones), se impone también a las autoridades educativas que, muchas veces, temerosas que las tilden de "atrasadas" y no "al día" con las "nuevas técnicas", dejan hacer. La conciencia de participar en la vida del grupo se transforma en conciencia "ideológica" de clase y de co-participación en la praxis subversiva contra "el sistema" o la sociedad "burguesa". Esto es lo que se esconde detrás de muchos apasionados "partidarios" de la dinámica de grupos. Este peligro está en casa, en colegios y Universidades católicas y nacionales y es necesario que la sociedad argentina sea advertida de ello.

Esto tiene muchas consecuencias de las que me limito a señalar solamente tres: a) La *corrupción de los jóvenes*, particular-

mente de las jóvenes. Algunas de ellas me han confesado que al ingresar al primer año, súbitamente, por ejemplo, han sido interrogadas si se mantenían vírgenes. Una respuesta positiva, produce la burla y la presión del grupo de agitadores. b) Este espíritu alimenta el invento de los "coordinadores de grupo" que tienden a la formación de células. c) Por este camino se intenta imponer los programas a los profesores; algunos profesores (que generalmente no son marxistas y hasta son antimarxistas en su fuero íntimo) aceptan esta humillación por demagogia, por cobardía, o por estar "al día", o vaya a saber por qué. Tomo un ejemplo que copio de una noticia universitaria sobre un Seminario: "Este Seminario titulado de Epistemología de las Ciencias Humanas, estará a cargo del doctor A. M. El 30 del actual, a las 20, en el Pabellón Francia de la Ciudad Universitaria, se efectuará la primera reunión de *discusión del anteproyecto del programa*" (11). Debo aclarar que dicho anteproyecto fue confeccionado por los "alumnos" e impuesto al profesor quien, dócilmente, se allanó al mismo. Estos estudiantes "sabios" que opinan sobre lo que ignoran, malbalbucean, sin comprenderlo bien, el manual de lógica dialéctica de de Gortari. Y así, el pueblo argentino paga de su propio bolsillo los sueldos de quienes planean su esclavización. Es como un suicidio.

8. *La camiseta peronista*. Por fin, una de las últimas tácticas de los agitadores (y de varios profesores que tiemblan por lo que pudiera venir consiste en negar que son marxistas; son, simplemente, peronistas. Esta táctica no está dando buenos resultados pero algo logra. He notado que, desde la realización del llamado Cabildo Abierto del Peronismo Universitario, en Córdoba, el 17 de abril de 1972, durante el cual no se permitió la entrada de los marxistas y se les invitó a retirarse, esta táctica de hoplitas del justicialismo proporciona resultados relativos. Personalmente creo que es una táctica acertada teóricamente hablando y si yo fuera marxista la habría aplicado hace mucho tiempo. El error consistiría en no haberlo hecho antes. Este aspecto de la cuestión merece seguirse atentamente.

(11) Tomado de *Los Principios*, 12 de agosto de 1972, p. 11, Córdoba.

b) Desde el punto de vista de la ideología

Supuesto lo anterior, el marxismo no se hace muchas ilusiones (y es lo correcto desde su punto de vista) respecto de las consecuencias pedagógicas en la Universidad actual, fatalmente limitada por su propia condición de ámbito de determinados "intereses de clase". En efecto, la Universidad aparece como vehículo (para el estudiante de pequeña clase media) de ascenso social; por eso, la Universidad argentina (dicen los marxistas) "en su forma actual, es una creación de la burguesía y reflejo a lo sumo de sus contradicciones de sectores dentro de esta clase social". Por lo tanto, no queda otro camino (sin abandonar la lucha interna) que *un cambio de las relaciones de clase* (revolución social y dictadura del proletariado). Esto debe ser hecho desde dentro, preparando la rebelión de los hijos de la burguesía, y desde fuera (en el frente de las clases populares), hacia el cambio de las relaciones de clase. Así se establecen con claridad los objetivos de la estrategia.

c) Desde el punto de vista de la actividad subversiva

Más acá de tales objetivos, podemos replantear el problema desde el punto de vista de la actividad subversiva, aquí y ahora. Naturalmente la táctica es muy dinámica y depende de las circunstancias; la estrategia es menos movable; la táctica es *cambiante* por naturaleza. Y lo que en definitiva vale es el objetivo final de la estrategia. En este sentido, la Universidad, además de ser parte del frente político general, es parte del "frente intelectual" y requiere, en cada caso, su propia táctica. Esto supuesto y de acuerdo con tan claros principios de acción, en la actividad subversiva marxista se descubren fácilmente:

1. *Utilización del tipo de organización de la Universidad tal como se da*. Por ejemplo, en las Facultades con organización departamental se trabaja en la Asamblea de cada Departamento o Escuela que, de hecho, pueda presionar sobre las resoluciones del Consejo Académico. Naturalmente que no es esto algo geométrico y no siempre "sale bien", pero no puede negarse la aptitud de este tipo de organización "deliberativa", tanto para la agitación táctica como para la obtención de contratos, interinatos de docentes, digitación de concursos y cosas semejantes.

2. *De ser posible, creación de un tipo de organización más adecuado para alcanzar los objetivos estratégicos*. El mejor ejem-

plo es la permanente intención de incorporar no sólo el personal docente a la deseada Asamblea (siempre compulsiva) sino a *todos* los estudiantes, masivamente, para poder instrumentarlos; lograr nuevos planes de estudio que, previa destrucción de la estructura universitaria, permitan el adoctrinamiento marxista, etc.

3. *Técnica de captación de profesores y estudiantes.* Es digno de ser tenido en cuenta el aún actual informe del periodista Luis Dulzaides quien ha señalado cuatro momentos: “*Predisponer el ambiente* a la aceptación de la ideología”, activación de la “*atracción* de los nuevos miembros, difundir “*las órdenes del Partido* en el ámbito de la Facultad” y la utilización del *estudiante femenino* como factor de muy positivos resultados. Es muy importante lograr la organización de una sola célula; en ese orden nada puede desecharse, aunque siempre es la actividad política lo importante: “aun cuando los comunistas en un centro universitario no desperdician nada y procuran para sus adeptos todas las posiciones habidas y por haber (portero de una clase, Secretaría de una Facultad, cursillista de un seminario, mozo de limpieza, etc.) no cabe la menor duda de que la base fundamental es la actividad política” (12).

4. *Las vías de acceso a la docencia superior.* Si es menester trasladar a la Universidad la lucha que fuera de ella se mantiene contra la “oligarquía” y el “imperialismo” y, en ella misma, ganarse a los hijos de la burguesía, es claro que es necesario también conquistar la Universidad en sus cuadros docentes, pensando que la educación, como expone Suchocolski, tiene validez sólo en cuanto es *por y para* la revolución (13). No es fácil, naturalmente, poner a un activista de profesor titular (aunque ya se ha logrado mucho en ese orden) pero es importantísimo porque dicho profesor puede fundar y dirigir una célula o ser dirigido por ella. Por todo eso, es de capital importancia que los mecanismos de contratos, concursos, trámites de dichos concursos, empleados específicos para ello y hasta ordenanzas, poco a poco lleguen a estar en manos de marxistas o de aliados. Puede observarse, en nuestras Facultades, el persistente esfuerzo de los marxistas por lograr

(12) “Cómo se realiza la penetración comunista en las Universidades”, *Estudios*, n.º 576, p. 476 y p. 472, Buenos Aires, 1966.

(13) *Teoría marxista de la educación*, ed. cit., p. 132 y ss.

posiciones claves de tipo administrativo. No interesa, naturalmente, el valor científico de un candidato, sino su incondicionalidad a los planes de la subversión. A veces, los marxistas demuestran una “sabiduría” que solamente la proporciona el mal, el mal moral, utilizando las pasiones y vicios de los hombres. Por este camino, nada les detendrá y serán capaces de pasar, alternativamente, del cordial saludo al insulto, de adhesiones caballerescas al atentado terrorista.

4. Los objetivos de la estrategia

Toda estrategia operacional en la Universidad se subordina entonces al cambio violento de relación de clases y, por lo tanto, a “educar” por y para ello; en consecuencia, los “frentes” tanto intelectual cuanto de masas, convergen a la instauración del Estado totalitario o dictadura del proletariado, que es transición hacia la sociedad sin clases o sociedad comunista; aunque nosotros sabemos que esta “transición” es cosa permanente, quedando como utopía aquella “sociedad sin clases”. Un verdadero marxista, en la Universidad, *debe* ordenar su acción políticamente en orden a la dictadura del proletariado. Lenín es claro al respecto: “Únicamente es marxista quien *extiende* el reconocimiento de la lucha de clases al de la *dictadura del proletariado*. Esta es la diferencia más profunda que hay entre el marxismo y el adocenado pequeño (y grande) burgués. En esta piedra de toque hay que probar la comprensión y admisión *real del marxismo*” (14). Un “marxista” que en la Universidad se limitara a la lucha de clases recitada poco más o menos teóricamente (contra la oligarquía y el imperialismo) pero no pasara a la acción subversiva y no la extendiera por consiguiente en orden a la dictadura del proletariado, no sería un verdadero marxista. Luego, todo marxista verdadero es necesariamente subversivo o “revolucionario”, como se dice en el vocabulario bolchevique. Y esto es doctrinariamente correcto, pues éste es el objetivo inmediato de la estrategia que debe alimentar la penetración en las Universidades. No ser subversivo,

(14) Véase un clarísimo comentario de este texto en D. V. Kuusinen, *Manual de Marxismo-leninismo*, trad. de J. Lain, Grijalgo, México, 1960.

no trabajar para la revolución, haría de un marxista un traidor al marxismo.

Basta recorrer los planes de estudio y la organización "universitaria" de países como Rusia, Checoslovaquia, China, Cuba (que tengo a mi alcance) para comprobar que la "Universidad" en los países marxistas es dogmática, compulsiva, "limitacionista", exclusiva y atrozmente tiránica. Por eso, quien esto escribe no puede menos de pensar: Cuando nos afecta una enfermedad, sobre todo si es grave, eliminamos de nuestro cuerpo los gérmenes de la misma para salvar la vida; del mismo modo ¿se comprende que no eliminemos del cuerpo universitario los gérmenes de su segura muerte y, más aún, que los alimentemos pagándoles los sueldos y dándoles los medios para que nos eliminen? ¿No es esto una estupidez histórica? ¿Tememos simplemente que nos griten que hacemos "discriminación ideológica" y solamente por eso preferimos ver morir la Universidad? Por otro lado, si contemplamos este proceso desde el punto de vista estrictamente cristiano, no cabe, ante el marxismo esencialmente anticristiano, más que su rechazo total. El Evangelio no necesita pedir soluciones extrañas a Él mismo. Los católicos, si ceden algo, ceden todo; los marxistas, en tal caso, sólo tienen que ganarlo todo. Vida cristiana, sacrificio, penitencia y oración (aunque se burlen los marxistas y los timoratos) salvarán al mundo, a la Argentina y a la Universidad; "si escuchan mis peticiones, nos ha dicho nuestra Madre hablando a tres niños inocentes, Rusia se convertirá y se tendrá la paz. Si no, ella propagará sus errores por el mundo, provocando guerras y persecuciones contra la Iglesia; muchos buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; algunas naciones serán aniquiladas. Pero, finalmente, mi Corazón Inmaculado triunfará, Rusia será consagrada y se convertirá, y un tiempo de paz será dado al mundo" (13 de julio de 1917).

Pero un universitario sabe que la Universidad es el mejor medio para propagar los errores y envenenar las conciencias.

ALBERTO CATURELLI

EL SEMINARIO DE PARANÁ

Un estilo de vida

Con el firme propósito de dar al Seminario de la Arquidiócesis una configuración claramente determinada, su Azobispo, Mons. Adolfo Tortolo, ha promulgado los "Principios fundamentales del Seminario de Paraná", es decir, no un reglamento detallado que rija la vida de los seminaristas sino un "directorio" u "orientación" que dentro de las normas generales de la Iglesia y las instrucciones del Episcopado Argentino, define el estilo, el matiz, el carácter peculiar que lo distingue.

Para ello le ha bastado señalar ciertos puntos focales que permiten trazar un programa, mediante el cual se arraiguen las valoraciones imprescindibles y se alienten las virtudes propias de los futuros sacerdotes, cuya misión, una vez ordenados, habrá de cumplirse en un ambiente de crisis y de generalizada desorientación.

De ahí que al poner en práctica dicho propósito, consideramos necesario explicar y difundir el contenido de ese "estilo de vida", cuya aceptación previa, libre y sincera, es requisito insoslayable, no sólo para la admisión de los seminaristas sino también para su permanencia en el Seminario. Si hay otros caminos, quede por lo menos en claro cuál es el nuestro.

Las siguientes consideraciones se desarrollan en cuatro niveles. Ante todo el nivel *espiritual*, donde la mira es la santificación del sacerdote. En segundo lugar, el nivel *doctrinal*, puesto que la seriedad intelectual es presupuesto básico para que la docencia sea coherente con el magisterio de la Iglesia. Luego el nivel *disciplinar*, que siendo naturalmente instrumental, está todo él orde-

nado a los dos primeros. Finalmente, el nivel *pastoral*, complementario para la formación de los pastores, cuya prudencia ha de apacentar al Pueblo de Dios con la sabiduría de su caridad.

Analicemos brevemente estos diversos niveles.

I. EL NIVEL ESPIRITUAL

En lo que toca a lo espiritual. Este Seminario tendrá su centro en Cristo, y orientará toda su vida en orden a lograr una indisoluble unión con El. Será, por ello, un Seminario profundamente eucarístico. La filial devoción a la Santísima Virgen será también un sello distintivo del mismo. Los seminaristas se ejercitarán asidua y empeñosamente en la práctica de las virtudes, dando primacía a la vida de oración y de caridad, en base a la doctrina y el ejemplo de los maestros reconocidos de la vida espiritual. Esta espiritualidad no será la de un simple laico sino la de alguien que está llamado al sacerdocio y, por consiguiente, a ir preformando desde ahora la imagen de Cristo Sacerdote.

El Seminario reconoce franca primacía a lo espiritual. Frente a un mundo que prescinde de Dios, aspiramos a que se arraigue en nuestros seminaristas el sentido de lo sagrado, el sentido de Dios. Es nuestro modo de ser "actuales". Porque cabrían dos maneras de ser actuales. O la de aquél que para acercarse al mundo, acepta lo que el mundo le dice y valora lo que el mundo valora. Es la política del mimetismo. O la de aquél que para salvar al mundo, se equipa con todo aquello de lo que el mundo carece de modo que se haga apto para aportarle algo positivo. Esta segunda manera es la que propicia nuestro Seminario. Preparando a sus seminaristas con miras a un mundo que, por desgracia, se va secularizando siempre más y más, juzgamos que la capacitación para ese mundo no consiste propiamente en que nuestros seminaristas se vayan, a su vez, secularizando paulatinamente con el mundo, sino que, por el contrario, de tal modo se arraiguen en Dios, en las cosas de Dios, que se vuelvan realmente idóneos para inyectar en el ambiente una dosis de vida interior, un sentido del misterio, falta del cual el mundo hoy languidece. Quere-mos formar seminaristas santos que estén en condiciones de servir al mundo, o mejor, de servir a Dios en su designio de salvar al mundo.

Varios son los aspectos que podemos desgajar del texto pre-citado.

1. Ante todo el Seminario expresa su decisión de *centrarse en Cristo*. Suena ello a algo demasiado obvio. Pero este "centrarse en Cristo" tiene acá una connotación especial: *será un Seminario profundamente eucarístico*. O sea que nuestra intención es que la Eucaristía ocupe realmente el primer lugar en la vida del Seminario. Entendemos al Sacerdocio en conexión irrevocable con la Eucaristía. Y, por ende, el futuro sacerdote, que es el seminarista, tiene que ubicar desde ya a la Eucaristía en el centro de su vida espiritual. Es cierto que el quehacer del sacerdote no se agota en la sola Eucaristía. Debe también predicar, confesar, enseñar catecismo, asistir a los enfermos. Pero si tuviésemos que señalar, en el manejo de sus actividades, aquélla más específica e intransferible, deberíamos decir, sin lugar a dudas, que es para él la Eucaristía. El sacerdote es el hombre de la Eucaristía, el hombre que renueva el Sacrificio de la Cruz, el hombre que hace presente a Jesucristo de una manera real y sustancial. En ello nadie lo puede sustituir. Si no lo hace él, no lo hará nadie. Y a partir de allí cobra todo su sentido el resto de sus actividades. Porque de su poder sobre el cuerpo físico de Cristo, que está en la Eucaristía, deriva su poder sobre el cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia. Todas aquellas actividades brotan, como de su fuente, de la Sagrada Eucaristía, y a ella retornan como a su cúspide.

De ahí la importancia que el Seminario asigna a todo lo que se refiere al sacramento del altar. El cotidiano Santo Sacrificio de la Misa constituye el núcleo de la jornada del Seminario. En él participan los sacerdotes que trabajan en el Seminario, así como los seminaristas todos, extrayendo de allí la energía necesaria para poder afrontar con entereza las dificultades del día que comienza. Asimismo todos los jueves, seminaristas y sacerdotes se reúnen junto a Cristo eucarístico, en una hora santa. Y los domingos se imparte solemnemente la bendición con el Santísimo Sacramento.

2. En segundo lugar, nuestro Seminario quiere distinguirse por su *espíritu mariano*. Si María es la madre de todos los fieles cristianos, por ser la Madre del Redentor, es natural que lo sea de manera eminente de aquéllos que dedican su vida a colaborar

estrechamente con Cristo en la obra de la Redención. El sacerdote, que quiere multiplicar navidades por el mundo, haciendo que Cristo nazca o renazca por la gracia en los corazones de los hombres, necesita de la intervención de María para la consumación de este parto inefable. Siempre que Cristo nazca en el corazón de alguna persona, en una u otra forma interviene María, Madre del sumo y eterno Sacerdote.

Para preparar esta fecunda familiaridad con María, Madre de los sacerdotes, el seminarista debe irse empapando, desde los primeros años de su formación, de amor, de devoción viril y generosa para con la Madre de Dios. El Seminario se preocupa empeñosamente por facilitar tal entrega a María fomentando diversas prácticas que permitan ir concretando esta devoción, como por ejemplo, el Santo Rosario, o el Mes de María. Y con frecuencia las homilias de la Misa cotidiana aluden a Ella.

Bien sabemos que en todos los Seminarios se debe inculcar la devoción a María. Pero nosotros, con la ayuda de Dios, queremos distinguarnos en ello, "marianizando", por así decir, la aspiración sacerdotal de nuestros seminaristas. Por eso nuestro texto dice que, juntamente con el espíritu eucarístico, la filial devoción a la Santísima Virgen será también un sello distintivo del mismo.

3. En tercer lugar nuestro Seminario alienta la esperanza de que todos y cada uno de sus seminaristas *se ejerciten asidua y empeñosamente en la práctica de las virtudes, dando primacía a la vida de oración y de caridad. Deseamos que la vida del Seminario se desarrolle toda ella en un ambiente de santidad*, si no lograda, al menos anhelada. Entendemos la formación del futuro sacerdote como una forja de santidad, como una lenta formación en el ejercicio de las virtudes, especialmente de aquéllas que más se relacionan con el sacerdocio.

Ante todo, las tres virtudes teologales. Porque decididamente el sacerdote debe ser un hombre de fe, más aún, un hombre que confirme en la fe a sus hermanos. Esta educación progresiva en la fe es una de las aspiraciones más preciadas del Seminario. Hombre, también, de esperanza, porque el sacerdote debe saber llevar la esperanza —la verdadera— a un mundo que, a pesar de tantas "expectativas" humanas como lo consumen, muere por falta de

ella. Hombre, por sobre todo, abrasado de caridad, ya que todos los trabajos del sacerdote, y el sacerdocio mismo, son actos de caridad, y de caridad la más sublime, cual es comunicar a los demás la vida divina.

Asimismo será menester crear los hábitos de las virtudes cardinales, subordinadas a las teologales pero, a su vez, engendradoras de otras virtudes secundarias. Ir formando al seminarista en la prudencia —la auténtica, que nada tiene que ver con la cobardía—, virtud tan necesaria para su acción apostólica; en la justicia, porque como sacerdote deberá estar siempre en disposición de dar a cada uno lo que le corresponde, primero a Dios, luego a los hombres; en la fortaleza, ya que las perspectivas que un seminarista de hoy puede entrever para su mañana sacerdotal parecieran consentir menos que nunca la cobardía; en la templanza, porque como sacerdote deberá ser maestro de los demás, y para ello se requiere que primero haya orientado sus pasiones y dominado sus concupiscencias desordenadas.

Estas virtudes, tanto las teologales como las cardinales no se improvisan. Requieren una consciente propedéutica, una repetición de actos, un lento aprendizaje. Nada más propicio para ello que los largos años de estadía en el Seminario.

Formación, pues, de todas las virtudes. Este trabajo, este edificio divino que es la santidad, requiere una dirección adecuada. Por ello exigimos de cada seminarista la elección de un experto director espiritual que lo vaya guiando en su vida interior. Asimismo los exhortamos siempre de nuevo a familiarizarse con los libros de ascética que verdaderamente sirvan para formarlos en su vida espiritual. No con cualquier libro, ya que proliferan los libros de espiritualidad que no ofrecen las suficientes garantías de seriedad y de ortodoxia. Por eso nuestro texto dice *en base a la doctrina y el ejemplo de los maestros reconocidos de la vida espiritual*, o sea, de los Doctores de la Iglesia y especialmente de los Santos, cuyas vidas y escritos deseamos ver en las manos —y en el corazón— de nuestros seminaristas.

4. Finalmente nuestro Seminario aboga por una espiritualidad específica de seminarista. Por lo que se dice: *esta espiritualidad no será la de un simple laico sino la de alguien que está llamado al sacerdocio*. En cierto modo un seminarista participa ya

de la condición de “segregado”, propia del sacerdote. De ahí su relativa separación del mundo. Es obvio que la espiritualidad de un seminarista no puede ser exactamente la misma que la de un sacerdote. Pero tampoco la de un laico. Para ser más precisos, afirmemos con nuestro texto que lo específico suyo es el *ir preformando desde ahora la imagen de Cristo Sacerdote*. Ir suscitando en su corazón los pensamientos de Cristo, el amor de Cristo, el celo de Cristo. Hasta que el día de su ordenación pueda decir: Ya no soy yo quien vivo, es Cristo —Cristo Sacerdote— quien vive en mí.

II. EL NIVEL DOCTRINAL

En lo que toca a lo doctrinal. Este seminario pondrá especial cuidado en la transmisión de la íntegra doctrina de la Iglesia Católica expresada en su Magisterio ordinario y extraordinario. La doctrina de Santo Tomás, tanto en el campo de las ciencias sagradas como en el de la filosofía, constituirá el núcleo de su enseñanza.

Luego de lo espiritual, nada es tan importante como lo que se refiere a lo doctrinal. Ante todo porque el sacerdote es enviado a predicar, y toda predicación requiere un contenido preciso. El seminarista no puede salir vacío del Seminario, sino munido de un acervo intelectual que lo haga capaz de iluminar a los demás.

La formación doctrinal ha sido siempre sustancial en la educación del Seminario. Pero hoy, si cabe, es aún más importante. Ya que el mundo de nuestros días se debate en una total confusión en el orden de las ideas. E incluso en el seno de la Iglesia, como frecuentemente lo ha denunciado el Santo Padre y es, asimismo evidente por la experiencia, pululan doctrinas extrañas y ajenas a la tradición. De ahí la absoluta necesidad de que el Seminario ofrezca a los jóvenes en formación un alimento hoy más sólido que nunca de modo que no sólo salgan equipados convenientemente para la predicación, sino también suficientemente preparados para saber discernir lo verdadero de lo falso.

1. Nuestros “principios” se refieren al especial énfasis que pondrá el Seminario en la transmisión de la íntegra doctrina de

la Iglesia Católica expresada en su Magisterio ordinario y extraordinario. Porque nuestra intención más decidida es garantizar la fidelidad al depósito revelado. Consideramos a la tradición como una antorcha que se transmite de generación en generación. Transmisión del legado doctrinal, eso es la “traditio”, que significa “entrega”. Algo que se pasa de mano en mano. Nosotros queremos ser la generación que, habiéndola recibido de nuestros mayores —por lo cual les estamos infinitamente agradecidos— la entreguemos a los jóvenes seminaristas confiados a nuestro cuidado. Así haremos posible que ellos, a su vez, la transmitan a la siguiente generación. Tradición que, en última instancia, es Cristo mismo, el que se entregó por nosotros hasta la muerte, y Aquél a quien nosotros debemos entregar sin desmayo a los demás. Tradición, finalmente, que es la condición misma de la fecundidad apostólica.

Afirmamos que es decisión nuestra transmitir la íntegra doctrina. La revelación manifestada en la Escritura, e interpretada por la Tradición y por el Magisterio de la Iglesia: he aquí el objeto básico de nuestra enseñanza. No queremos transmitir la doctrina de manera retaceada. No podemos mutilar el mensaje. Todo lo que pertenece al depósito es materia de transmisión. Nuestra docencia en el Seminario no será vehículo para transmitir nuestras propias ideas, especialmente si no son en un todo coherentes con la enseñanza de la Iglesia. Nuestra preocupación primordial será no traicionar al depósito, ni diluir el mensaje. No queremos sembrar dudas sino consolidar certezas.

2. Se agrega que la doctrina de Santo Tomás, tanto en el campo de las ciencias sagradas como en el de la filosofía, constituirá el núcleo de su enseñanza. Se ha elegido al Santo Doctor de Aquino como fundamento de toda nuestra docencia, tomando pie en una larga serie de documentos pontificios, corroborados por las declaraciones más recientes del Concilio Vaticano II, en su decreto “Optatam totius” sobre la formación sacerdotal, así como en la “Ratio Fundamentalís”, publicada últimamente por la Sagrada Congregación para la Educación Católica.

Santo Tomás es autor de absoluta actualidad por ser maestro perenne de la Iglesia. Heredero de una larga tradición, experto en la Sagrada Escritura, admirable tamiz de toda la patristica griega y latina, preocupado por unir la razón con la fe, es,

sin lugar a dudas, un auténtico maestro. Lo seguimos, pues, no sólo en la sagrada teología, sino también en el estudio de la filosofía. Y en cierto modo lo actualizamos cuando, luego de exponer sus tesis, proponemos los errores modernos no pocos de los cuales paradójicamente encuentran en él su controversista definitivo. Es obvio que la doctrina de Santo Tomás no agota la totalidad de lo que enseñamos. Hay Magisterio ulterior y autores serios posteriores. Pero la doctrina del Aquinate constituye para nosotros el núcleo de nuestra enseñanza.

El estudio intensivo del latín, indispensable para el acceso directo a las obras de los Padres y Doctores de Occidente y a los documentos oficiales de la Santa Iglesia, será objeto de especial consideración. Lo mismo que los rudimentos de griego, de tal modo que los egresados queden capacitados para cursar estudios superiores en las Universidades Eclesiásticas.

Para terminar debemos recordar que, además de los estudios de filosofía y teología, nos preocupamos por ofrecer a los seminaristas un ambiente de cultura superior. Incluimos en nuestra enseñanza temas marginales, y asimismo todo un complejo de actividades que podríamos llamar de "extensión cultural", donde incorporamos la música, el teatro, la crítica literaria, las conferencias, etc. Buscamos con ello facilitar a nuestros seminaristas una formación integral en el campo de la cultura evitando los peligros de la parcialidad o de una educación excesivamente cerebral. El sacerdote es en cierto modo un artista, porque crea obras de arte. Modelar en los demás la vida divina es una obra de arte, la más elevada. Por eso es necesario que junto a una sólida formación intelectual una también la capacidad para la admiración, para el gozo estético, para la contemplación.

Aspiramos, así, a ofrecer a cada uno de los seminaristas la posibilidad de una formación verdaderamente total, en la cual no se deja de lado ningún aspecto esencial de la cultura. Naturalmente que ese conjunto de elementos de formación no se presenta de manera anárquica sino respetando su intrínseca jerarquía de valores. Tratamos de que todo lo que se enseña en el Seminario —artes, ciencias, filosofía— se ordene como hacia su meta final

a la teología, la ciencia de Dios, según aquella feliz expresión acuñada por San Buenaventura: "reductio artium ad theologiam".

III. EL NIVEL DISCIPLINAR

En lo que toca a lo disciplinar. Este Seminario quiere formar a sus seminaristas en un estilo de viril disciplina que haga posible un ambiente de estudio, de silencio, de sacrificio y de ejercicio práctico de la obediencia.

Pretendemos en el Seminario un *estilo de viril disciplina*. La vocación sacerdotal tiene cierto parentesco con la vocación a la milicia. Al fin y al cabo el sacerdocio es milicia de Jesucristo. Nada más inconveniente para el futuro sacerdote que los años transcurridos en la laxitud, el desorden, la pereza, la endeblez. Queremos, pues, una disciplina *viril*, no, ciertamente, una disciplina de cuartel, pero sí una disciplina propia de varones que se han ofrecido para militar bajo el estandarte de Cristo Rey.

Hemos dicho más arriba que consideramos todo lo referente a la disciplina como accesorio en la formación del seminarista. Juzgamos por ello que la disciplina tiene un papel eminentemente funcional: ofrecer un marco de vida tal que facilite la formación espiritual e intelectual. Este carácter secundario e instrumental de la disciplina queda claramente afirmado en el texto arriba citado cuando se dice que el Seminario propiciará una disciplina que *haga posible un ambiente*. El texto detalla cuál es el ambiente que se desea crear.

1. *Ante todo un ambiente de estudio*. Sin disciplina —interior y exterior— no hay posibilidad de estudio. Porque el estudio presupone una ascesis, una victoria sobre las propias pasiones así como también un dominio general de la voluntad sobre las "distracciones" y "dispersiones" que, aun cuando, en ocasiones, se presenten como muestras de diligencias no son en realidad sino expresión de pereza camuflada. La disciplina hace posible que el conjunto del Seminario viva en un clima de estudio y de investigación.

2. *Asimismo un ambiente de silencio*. El silencio es la condición básica de todo estudio verdadero. Pero el silencio es mucho más que eso. Porque el silencio es la matriz de la palabra auténtica. La palabra que no brota del silencio es, en último tér-

mino, puro ruido, o, en el mejor de los casos, algo negativo, ausencia de silencio. La palabra verdadera, la preñada de sentido, se incubaba en el silencio. De manera semejante al Verbo de Dios que brota del silencio divino. Pues bien, el seminarista está llamado a ser el administrador de la palabra, del Verbo. El silencio será, pues, el ambiente que haga para él posible la gestación de la palabra. Un silencio fecundo, sapiencial, que permita a la inteligencia volver sobre los datos aprehendidos, para poder gozar de su riqueza; que permita a la voluntad volver a consentir a la obra de Dios, para poder saborear las maravillas de la gracia. Un silencio parecido al de Cristo en Nazareth, o al de María Santísima, la cual "conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón". La valoración del silencio supone una prolongada experiencia del silencio. ¿Dónde adquirirla mejor que en el Seminario, tan alejado del ruido del mundo?

3. También *un ambiente de sacrificio*. Porque la disciplina exige dominio de sí. Muchas veces se hace costosa y, en ocasiones, puede llegar a resultar heroica. Pero para eso ha sido hecha la juventud, no para la vida muelle sino para el heroísmo. No pedimos el sacrificio por el sacrificio. Está lejos de nosotros toda pretensión de fakirismo espiritual. El sacrificio que exigimos a nuestros seminaristas tiene un sentido religioso, un carácter místico: es una participación en el Sacrificio de Cristo, en ese Sacrificio que no sólo se realizó sobre la Cruz sino a lo largo de toda la vida del Señor, en el cumplimiento inquebrantado de la voluntad de Dios. Sacrificio que todos los días se renueva con ocasión de la Santa Misa, en la cual los seminaristas entran en comunión con el Sacrificio de Jesús, y de la cual salen siempre dispuestos a sacrificarse de nuevo con Cristo y a morir con Él.

4. Finalmente *un ambiente de ejercicio práctico de la obediencia*. Porque si el Seminario careciera de disciplina, los seminaristas nunca tendrían ocasión de obedecer. La obediencia se aprende. Cristo mismo aprendió a obedecer. Y no hay otra manera de aprender a obedecer que ejercitándose en la obediencia. Por eso pensamos que también en este sentido el Seminario es una época de entrenamiento. Hacia el fin de sus años de formación, en la solemne liturgia de su ordenación sacerdotal, el seminarista prometerá obediencia a su Obispo. ¿Cómo podrá practicarla, si no la ha aprendido previamente en el Seminario? Un Seminario

sin disciplina, sin ejercicio de la autoridad, nunca podrá formar sacerdotes obedientes a los Obispos, al Magisterio, a Dios mismo. Por otra parte, aprender a obedecer es requisito indispensable para aprender a mandar. El sacerdote, por ser pastor de su pueblo, de la porción de la Iglesia que le ha sido encomendada, tiene por oficio el presidir y gobernar esa grey. No podrá gobernar como conviene, si antes, durante su época de Seminario, no ha aprendido a obedecer. Y por sobre todo, es en la escuela de la obediencia, en la victoria sobre los propios deseos legítimos, donde el seminarista se sentirá más cerca de Jesucristo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz.

IV. EL NIVEL PASTORAL

En lo que toca a lo pastoral. Este Seminario desea iniciar a sus seminaristas en la práctica del apostolado. Tal iniciación será moderada y conforme a las exigencias de una formación progresiva.

El tiempo de formación es también una época de entrenamiento en el apostolado, ya que el Seminario es una escuela en la que se capacitan los futuros pastores de la Iglesia.

Para nuestro Seminario la iniciación en el apostolado es un problema de difícil solución. Porque contando con seminaristas de más de diez Diócesis del país, en cada una de las cuales la situación social y pastoral es tan diferente de las demás, resulta arduo entrenar de manera adecuada a nuestros jóvenes para una adaptada acción apostólica. No podemos, sin embargo, renunciar a ello, aún con las limitaciones que las circunstancias nos imponen.

Para lograr este intento debemos atender tanto a la enseñanza teórica como a la actividad concreta. En cuanto a la formación teórica, proyectamos organizar un ciclo de conferencias en la que distintos sacerdotes del país, que cumplen su ministerio apostólico en ambientes diversos —parroquial, educacional, obrero, militar, etc.—, expongan a los seminaristas los fines de su labor y los métodos que para alcanzarlos utilizan. Sin embargo esta orientación, por útil que sea, no es suficiente. Se requiere la actuación personal de cada seminarista en algún género concreto de apostolado.

1. Se trata sólo de una *iniciación de los seminaristas en la práctica del apostolado*. Porque el apostolado asumido en todas

sus implicancias sería demasiado absorbente y les impediría cumplir su deber de estado que abarca los otros niveles. Y aún más: se indica que *tal iniciación será moderada*, es decir, limitada a las posibilidades que ofrece la exigente vida escolar. Pero será una concreta acción apostólica encaminada, más que a solucionar problemas pastorales, a adiestrar a los seminaristas y abrir ancho cauce a sus anhelos bajo la dirección de sacerdotes experimentados. Con ello, a lo largo de los años de formación, el ejercicio de diversos tipos de apostolado pondrá de manifiesto las cualidades que cada uno posee y la orientación anticipada de su posible futuro ministerio.

2. Se añade que *tal iniciación será conforme a las exigencias de una formación progresiva*. Lo cual significa que no pudiendo ser igual la acción apostólica del recién ingresado al Seminario y la de un estudiante de teología, próximo ya a su ordenación sacerdotal, el proceso comprende no sólo la técnica y su diversificación según los campos de trabajo, sino la seriedad del compromiso que se contrae.

Tal es —quiere ser— el estilo de vida del Seminario de Paraná.

Pretendemos formar sacerdotes apostólicos, devorados por el celo de la casa de Dios. No sacerdotes-funcionarios, que repartan rutinariamente los sacramentos o cumplan oficinescamente su ministerio pastoral.

Pretendemos formar sacerdotes educados en la escuela de una varonil disciplina, señores de sí mismos, capaces de entregarse sin repliegues al servicio de Dios y a la ayuda del prójimo. No sacerdotes sin orden, que se dejen llevar por sus egoísmos, por sus pasiones, por su anarquía interior.

Pretendemos formar sacerdotes fieles a la enseñanza de Cristo, que hayan aceptado la integridad de la doctrina de la Iglesia, la hayan asimilado y saboreado, sacerdotes que hayan llegado a poseer una visión arquitectónica de toda su formación (las ciencias y las artes ordenadas a la filosofía, y ésta a la teología), sacerdotes llenos de fe, de fe ilustrada. No sacerdotes confusos o ignorantes, que empleen su inteligencia para sembrar dudas entre sus hermanos, ni sacerdotes que prefieran enseñar sus propias opiniones más bien que la doctrina de Cristo y de su Iglesia.

Pretendemos, por sobre todo, formar sacerdotes santos, que tengan a Cristo —sobre todo a Cristo eucarístico— como centro de toda su vida. Sacerdotes marianos, que recurran sin desmayo a la Madre de Dios para que haga fecundo su apostolado. Sacerdotes que en su vida den primacía a la oración y a la caridad. Sacerdotes que lleven en sí la imagen de Cristo Sacerdote. Otros Cristos. No sacerdotes espiritualmente mediocres, llenos de sí y vacíos de Dios.

Una tarea ímproba, sobrenatural. Pero en la cual estamos comprometidos.

ALFREDO SÁENZ S. J.

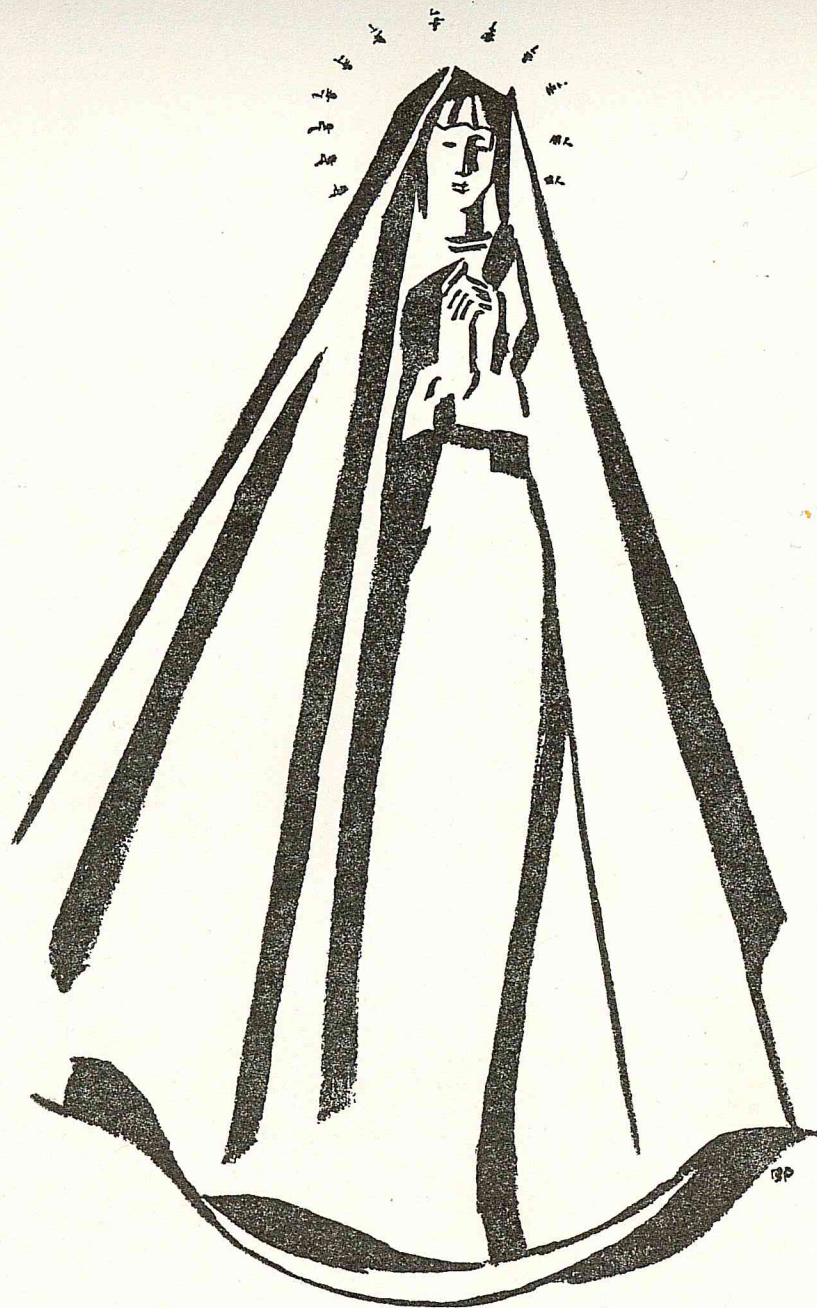
Prefecto de Estudios del Seminario

PRIMERAS JORNADAS ARGENTINAS DE FILOSOFIA MEDIEVAL

Se realizarán en Buenos Aires, del 13 al 16 de agosto de 1973, organizadas por el Centro de Estudios de Filosofía Medieval (adherido a la *Société Internationale pour l'Étude de la Philosophie Médievale*, con sede en Lovaina) que bajo la dirección de la Prof. María Mercedes Bergadá funciona en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en la calle 25 de mayo 217.

Estas Jornadas, que cuentan también con el auspicio de la Asociación Argentina para el Estudio de la Filosofía Medieval que preside el Prof. Dr. Gastón H. M. Terán, tendrá como tema central **LA ANTROPOLOGIA EN EL PENSAMIENTO PATRISTICO Y MEDIEVAL** y contarán con la participación de los profesores de Historia de la Filosofía Medieval de casi todas las Universidades argentinas.

El Centro de Estudios de Filosofía Medieval proyecta asimismo la publicación de un primer volumen de "*Patristica et Mediaevalia*" que contendrá los trabajos allí presentados.



SALUTACIÓN ANGÉLICA ... (1)

Con el deseo de cumplir fielmente la directiva de volver a las fuentes, reiteradamente señalada en el Magisterio eclesiástico conciliar y postconciliar, abrimos una Sección dedicada a recoger textos de Padres y Doctores de la Iglesia, voces autorizadas de su Tradición. Para este primer número hemos elegido un texto breve, verdadera joya teológica, con el que Santo Tomás de Aquino exalta la grandeza singular de la Madre de Dios. Y la elección de este texto quiere también hacer manifiesta la voluntad del Seminario de formar en sus seminaristas un alma esencialmente mariana.

La traducción que publicamos ha sido especialmente preparada para MIKAEL por el Dr. Carlos A. Sáenz, experto latinista y delicado poeta.

(Nota de la Redacción)

Prólogo

1. — Las palabras que componen esta salutación tienen un triple origen. Unas provienen del Angel, a saber: “Ave llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres”. Otras son de Isabel, madre de Juan el Bautista: “Bendito el fruto de tu vientre”. Y por último, la que agregó la Iglesia: “María”; porque aunque el Angel no dijo “Ave María” sino “Ave llena de gracia”, ese nombre de María conviene por su significado, a lo dicho por el Angel, como se verá.

(1) En este opúsculo S. Tomás sólo comenta la Salutación Angélica propiamente dicha. El responsorio que hoy está en uso (Santa María...) es de época posterior. (Cfr. WEISS A., *Historia Eclesiástica*. Viena 1910, t. II, p. 660). *(Nota del traductor)*.

2. — Acerca de lo primero se debe considerar cuan grande importancia se atribuía en la antigüedad al hecho que los ángeles se apareciesen a los hombres, y cómo se alababa a los hombres que reverenciaban a los ángeles. En alabanza de Abrahán está escrito que hospedó a los ángeles y les mostró reverencia. En cambio que los ángeles reverenciaran al hombre, jamás se había oído, hasta que uno de ellos saludó reverentemente a la Bienaventurada Virgen diciéndole "Ave".

3. — La razón de que en la antigüedad el ángel no reverenciara al hombre, sino el hombre al ángel, consiste en que el ángel es mayor que el hombre; y esto en tres aspectos.

Primero, respecto a la dignidad: porque el ángel es de naturaleza espiritual. Ps. CIII, 4: "Hace espíritus a sus ángeles". El hombre, en cambio, es de naturaleza corruptiva; y así decía Abrahán (Gen. XVIII, 27): "Hablaré a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza". No era pues adecuado que una creatura espiritual e incorruptible mostrara reverencia a otra corruptible como el hombre.

Segundo, respecto a la familiaridad con Dios. Porque el ángel es familiar de Dios en cuanto lo asiste. Dan. VII, 10: "Por millares lo servían, y millares de millones lo asistían". El hombre, en cambio, se halla como extraño y alejado de Dios por el pecado. Ps. LIV, 8: "Me alejé prófugo". Por lo tanto, conviene que el hombre reverencie al ángel en cuanto el ángel es pariente y familiar del Rey.

Tercero, respecto a la preeminencia en el esplendor de la divina gracia. Porque los ángeles participan de la luz divina con suma plenitud. Job XXV, 3: "¿Acaso no son innumerables los que forman su milicia, y a ninguno de ellos le falta su luz?". Y por eso el ángel siempre aparece con luz. En cambio, los hombres, aunque algo participen de esa misma luz, es poco y con cierta oscuridad.

4. — Por tanto no era adecuado que el ángel mostrase reverencia al hombre antes de encontrar en la naturaleza humana, a aquélla que en esos tres aspectos le excedía, y a quien quiso reverenciar diciéndole "Ave".

5. — Es así que la Bienaventurada Virgen excede a los ángeles en esos tres aspectos.

a) Primeramente en plenitud de gracia, la cual es mayor en la B. Virgen que en cualquier ángel; y para insinuarlo, el Ángel le mostró reverencia diciendo: "Llena de gracia", como si dijera: Te reverencio porque me excedes en plenitud de gracia.

6. — Se dice de la B. Virgen, que de tres modos es llena de gracia.

Primero, en cuanto al alma, en la que tuvo toda la plenitud de la gracia. Ahora bien, la gracia de Dios se da para dos cosas: para obrar el bien y para evitar el mal; y en cuanto a ambas la B. Virgen tuvo una gracia perfectísima. Ella evitó todo pecado más que cualquier otro santo, después de Cristo. Porque el pecado, o es original, y de éste fue purificada "in utero", o mortal o venial, y de éstos fue libre. De donde Cant. IV, 7: "Eres toda hermosa, amiga mía, no hay mácula en ti".

San Agustín, en su libro De la naturaleza y la Gracia, dice: "A excepción de la santa Virgen María, todos los santos y santas a los que se les hubiera preguntado en vida si no tenían pecado, todos al unísono habrían respondido: —Si decimos que no tenemos pecados, a nosotros mismos nos engañamos y la verdad no está con nosotros. A excepción, digo, de esa santa Virgen, respecto a la cual, por el honor del Señor, no quiero mentar siquiera el tema del pecado, pues tan grande es la gracia que le fue dada para vencerlo omnímodamente, que mereció concebir y dar a luz a quien nos consta que no tuvo ninguno". Mas Cristo excede a la B. Virgen en que fue concebido y nacido sin pecado original, y la B. Virgen sólo nacida sin él ⁽²⁾.

7. — Por lo demás, la B. Virgen brilló en el ejercicio de todas las virtudes, mientras los otros santos solamente en algunas: por-

(2) Rectificados algunos códices mendaces, la debida coordinación de los textos tomistas habría disipado por completo su presunta discrepancia con la definición dogmática. (Cfr. C. FABRO. Introducción al Tomismo. Rialp 1967, p. 97 ss.) Pero quizás sea más importante señalar que la Iglesia, al enseñarnos que la Santísima Virgen fue PRESERVADA del pecado original "ex morte Christi praevisa", nos confirma, con S. Tomás, que fue REDIMIDA (a saber: en el primer instante de su ser natural), y no que, como Cristo, fuera ajena al orden de la caída hereditaria. (Nota del traductor).

que uno fue humilde, otro casto, otro misericordioso; y por eso se los presenta como ejemplo de determinadas virtudes; así San Nicolás ejemplo de misericordia, etc. Pero la B. Virgen es ejemplo de todas las virtudes; porque en ella encuentras el ejemplo de humildad. Lc. I, 38: "He aquí la esclava del Señor", y luego (vers. 48) "vio la humildad de su esclava"; el ejemplo de castidad: (vers. 34) "no conozco varón", y de todas las virtudes, como es notorio. Por consiguiente la B. Virgen es llena de gracia tanto en orden a obrar el bien como a evitar el mal.

8. — Segundo, fue llena de gracia en cuanto a la redundancia del alma sobre la carne o el cuerpo. Porque si tanta gracia ha de haber en los santos para santificar su alma, cuan llena de gracia estaría el alma de la B. Virgen para que la gracia refluyese en la carne y de ésta concibiese al Hijo de Dios. Así lo dice Hugo de S. Víctor: "Porque el amor del Espíritu Santo ardía singularmente en su alma, por eso obraba maravillas en su carne, a tal punto que de ella Dios nacería hombre". Luc. I, 35: "Lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios".

9. — Tercero, en cuanto a la influencia sobre todos los hombres. Porque grande es la gracia si en algún santo alcanza para salvar otros hombres, pero si fuera suficiente para la salvación de todos, sería máxima; y esto acontece en Cristo y en la B. Virgen. Porque en todo peligro, de esa misma Virgen gloriosa puedes obtener salvación. De donde Cant. IV, 4: "Mil escudos (esto es, defensas contra los peligros) penden de ella". Asimismo en toda obra de virtud puedes tenerla como ayuda; por eso ella misma dice: (Eccli. XXIV, 25) "En mí toda esperanza de vida y de virtud".

Así, pues, es llena de gracia, y excede a los ángeles en plenitud de gracia; y por eso con mucha propiedad se llama María, que significa "iluminada" (Is. LXIII, 11): "Llenaré tu alma de esplendores" y también "iluminadora", como la luna, que iluminada por el sol, ilumina el mundo.

10. — b) En segundo lugar, excede a los ángeles en familiaridad divina, y para expresarlo el Ángel le dice: "El Señor es contigo", como si dijera: Por eso te reverencio, porque tú eres más familiar de Dios que yo, pues el Señor es contigo.

Al decir "El Señor", no sólo nombra al Padre sino también al Hijo, a quien ni ángel ni otra criatura lo tuvo como ella (Luc. I, 35: "Lo Santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios"): Dios Hijo en el vientre. Is. XII, 6: "Exulta y entona alabanzas, casa de Sión, puesto que está en medio de ti el Santo de Israel". De distinto modo está el Señor con la B. Virgen que con el ángel, porque con ella como Hijo, y con él como Señor.

Asimismo el Señor, es decir el Espíritu Santo, está en ella como en un templo; de donde se la llama "Templo del Señor, sagrario del Espíritu Santo", porque concibió del Espíritu Santo. Luc. I, 35: "El Espíritu Santo vendrá sobre tí".

De manera que la B. Virgen es más familiar con Dios que el ángel, porque con ella está el Señor, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es decir, la Trinidad toda. Y por eso se canta de ella: "De toda la Trinidad, noble triclinio".

"El Señor es contigo" es lo más noble que se le pueda decir. Con razón el Ángel reverencia a la B. Virgen, porque siendo madre del Señor, es Señora, y le cuadra el nombre de María, que en lengua siria se interpreta "Señora".

11. — c) En tercer lugar, excede a los ángeles en pureza; porque la B. Virgen no sólo era pura en sí misma sino que transmitía pureza a los demás. Purísima fue en cuanto a la culpa, puesto que no incurrió en pecado ni original ni mortal ni venial alguno.

12. — Y lo mismo en cuanto a la pena. Porque tres fueron las maldiciones que merecieron los hombres por el pecado. La primera cayó sobre la mujer, a saber, que concebiría con corrupción, llevaría el fruto con pesadez y daría a luz con dolor. Y de esto fue inmune la B. Virgen que concibió sin corrupción, llevó con solaz, y en gozo dio a luz al Salvador. Is. XXXV, 2: "Germinando germinará con exultación y alabanza".

13. — La segunda, al varón, a saber, que comería el pan con el sudor de su rostro. De esto también estaba inmune la B. Virgen, porque según la doctrina del Apostol (I Cor. VII, 34) las vírgenes están libres de los cuidados de este mundo, y vacan sólo para Dios.

14. — La tercera es común a varones y mujeres, a saber, que se convertirían en polvo. E inmune de esto, la B. Virgen fue asumida al cielo con su cuerpo; pues ciertamente creemos que

tras la muerte fue resucitada y llevada al cielo. Ps. CXXXI, 8: "Levántate, Señor, a tu reposo, tú y el arca de tu santidad".

Bendita tu entre las mujeres

15. — Así pues, fue inmune de toda maldición, y por lo tanto bendita entre las mujeres, ya que entre todas, solamente ella apartó la maldición, llevó consigo la bendición y abrió la puerta del paraíso; y por eso le cuadra el nombre de María, que significa "estrella del mar", porque tal como por la estrella del mar, los navegantes se dirigen al puerto, los cristianos se dirigen a la gloria por María.

Bendito el fruto de tu vientre

16. — Ocurre que mientras el justo halla lo que desea, el pecador lo busca donde no puede conseguirlo. Prov. XIII, 22: "La hacienda del pecador está reservada para el justo". Así Eva, en el fruto prohibido, nada encontró de lo que deseaba; en cambio la B. Virgen halló en su fruto cuanto había deseado Eva.

17. — Porque Eva esperaba encontrar tres cosas en el fruto. Primero, lo que falsamente le prometió el diablo, a saber, que serían como dioses, conocedores del bien y del mal. "Seréis como dioses" (Gen. III, 5) dijo aquel embustero; y mintió porque era mendaz y padre de la mentira. Ya que Eva al comer el fruto, no se hizo semejante a Dios, sino desemejante, pues pecando se alejó de Dios su Salvador, y fue expulsada del paraíso. Pero aquello esperado, es lo que halla la B. Virgen en el fruto de su vientre, y también todos los cristianos, pues por Cristo nos unimos y asimilamos a Dios. I Jo. III, 2: "Cuando se manifestare, seremos semejantes a él..."

Segundo, en el fruto, Eva buscó el deleite, porque era bueno para comer; pero no lo encontró, ya que al punto dolióse de sentirse desnuda. En cambio, en el fruto de la Virgen encontramos suavidad y salud. Jo. VI, 55: "El que come mi carne tiene vida eterna".

Tercero, el fruto de Eva era de hermoso aspecto; pero cuánto más hermoso el fruto de la Virgen, al cual desean contemplar

los ángeles. Ps. XLVI, 3: "Eminente en belleza sobre los hijos de los hombres", y esto por ser el esplendor de la gloria del Padre.

En conclusión: si Eva no encontró en el fruto prohibido aquello que esperaba, como ningún pecador lo encuentra en sus pecados, para encontrarlo busquémoslo nosotros en el fruto de la Virgen.

18. — Este es el fruto bendecido por Dios, al que de tal manera colmó de gracia, que nos fue presentado como objeto de su reverencia, Ef. I, 13: "Bendito Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en el mismo Cristo con toda suerte de bendiciones espirituales". Bendecido por los ángeles. Ap. VII, 12: "Bendición y gloria y sabiduría y acción de gracias, honra y poder y fortaleza a nuestro Dios". Bendecido por los hombres. Fil. II, 11: "Toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre". Ps. CXVII, 26: "Bendito el que viene, en nombre del Señor". Bendita es pues la Virgen; pero más bendito su fruto.

"Si no fuese por el mandato del Señor y por la confianza en su palabra y en su asistencia, parecería loco y derrotado ya, desde el comienzo, nuestro modestísimo e ingenuo intento de acercarnos, de convencer, de vencer al mundo actual".

"No os asombre como simplista o, aún más, como supersticiosa e irreal nuestra respuesta: una de las mayores necesidades de la Iglesia es la defensa de aquel mal que llamamos demonio".

DE SU SANTIDAD PABLO VI,

en las Catequesis de las Audiencias generales
del 25 de octubre y 15 de noviembre de 1972.

MEDALLAS DE SANTA FE LA VIEJA

En razón de cumplirse el cuarto siglo de la fundación de la primitiva ciudad de Santa Fe, hemos pedido al Dr. Agustín Zapata Gollán, descubridor de sus ruinas y director del Museo Etnográfico de Santa Fe, que nos describiera algún aspecto de la vida religiosa de la vieja ciudad. Esta es la nota que nos ha enviado.

(N. de la R.)

La numismática tiene en España, antecedentes que se remontan al reinado de Alfonso V rey de Aragón y de Nápoles, príncipe tan glorioso por su amor a las letras como por sus conquistas y tan aficionado a estas curiosidades, como dice Fernández Navarrete refiriéndose a su pasión por las medallas, *que las hizo buscar por toda Italia* para formar con ellas una colección que tuvo siempre consigo y conservó como un preciado tesoro, *guardadas primorosamente en una caja de marfil* (1).

De Carlos V se decía que era tal su afición y gusto por las medallas, que solían aliviarle, en su contemplación, el lacerante dolor de sus diviesos y sus bubas y los pertinaces desórdenes viscerales de su diástesis artítrica. Y de Felipe II, heredero de su padre de esa afición, que no dejó ángulo alguno de Europa, Asia y Africa, donde no hiciese buscar medallas de las cuales formó después un rico y exquisito gabinet (2).

Las excavaciones que en Cayastá lograron exhumar las ruinas de Santa Fe la Vieja, fundada por Juan de Garay el 15 de noviembre de 1573, nos han permitido reunir una interesante co-

(1) Francisco Fernández Navarrete: "Sobre el conocimiento y uso de las antiguas medallas en España". MS. Sig. 9-22-2/4134. Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid.

(2) Ibídem.

lección de medallas, todas, desde luego, de carácter religioso, que como a Alfonso V que tenía en la contemplación y estudio de su colección, el mismo placer y el mismo provecho que en el estudio de las páginas de sus libros, nos permite encontrar en ella, la confirmación de episodios, circunstancias o anécdotas de la vida diaria de los vecinos de la primitiva Santa Fe.

* * *

La colección de medallas reunidas en el solar de Santa Fe la Vieja y exhibidas en el Museo Etnográfico, consta de 78 piezas.

Una primera clasificación nos confirma la presencia en la primitiva ciudad, no sólo del clero secular encargado de la iglesia Matriz y de la parroquia de naturales, sino también de las tres órdenes de frailes mendicantes: la de Santo Domingo o de Predicadores, la de San Francisco, y la de los Mercedarios. Los jesuitas que también asistieron en el primer asiento de la ciudad, están representados en esta colección por medallas con la imagen de San Ignacio de Loyola y de San Francisco Xavier, que en algunos cuños muestran los dos perfiles, en primer plano el del fundador y en segundo plano el de San Francisco Xavier y en un nimbo de rayos en el anverso, la cifra característica de la Compañía, sobre los tres clavos de la Pasión rematada por la cruz.

Las medallas dominicas se distinguen por la imagen de la Virgen del Rosario, de Santo Domingo de Guzmán o de Santo Tomás de Aquino; como se distinguen las mercedarias por la imagen de San Ramón Nonato, o de San Miguel Arcángel bajo cuya advocación se fundó la iglesia de N. S. de la Merced; y la de los frailes menores por la de San Francisco de Asís en la escena de la Impresión de las Llagas o la de San Antonio de Padua.

El mayor número de medallas se encuentra en la sección de los jesuitas, lo cual confirma la influencia que tuvieron los hijos de Loyola en la vida de la ciudad.

Otro hecho que puede verificarse fácilmente, es la tradicional devoción mariana de España.

Se encuentran además algunas Vírgenes bizantinas flanqueadas por un par de lámparas pendientes sobre un fondo arquitectónico, quizás un antiguo santuario.

Tres acontecimientos relacionados con la historia eclesiástica se recuerdan en esta colección: el centenario de la aprobación ca-

nónica de la Compañía de Jesús en 1640; el Año Santo de 1625 y la canonización simultánea de cuatro santos españoles, San Ignacio de Loyola, San Francisco Xavier, Santa Teresa de Jesús y San Isidro Labrador y un italiano, San Felipe Neri, fundador de la Orden del Oratorio ⁽³⁾.

Al Cristo en la Cruz se lo representa en las medallas de Santa Fe la Vieja, como Víctima o Triunfante, que pudiera ser en este caso la imagen de Cristo Rey, vestido con el colubio o túnica sin mangas y coronado por la corona real, que por la pequeñez de la imagen no puede apreciarse si está colocada sobre la corona de espinas.

Interesa señalar además muy especialmente, una pequeña medalla con la imagen de Nuestra Señora del Pópulo pues entre las devociones de la hija legítima del fundador y mujer de Hernandarias de Saavedra, doña Jerónima de Contreras, la señala en su testamento:

Item declaro que tengo un quadro de nra. sra. del populo y dos láminas pequeñas ⁽⁴⁾.

Doña Jerónima de Contreras, fue además una ferviente devota de la Sma. Virgen bajo la advocación de la Virgen de Loreto, cuya imagen se encuentra en la medalla.

En efecto, en su testamento manda que el día de N. S. de la Anunciación, que se celebra el 15 de marzo, se la conmemore en el altar de Nuestra Señora de Loreto de la iglesia franciscana ⁽⁵⁾.

(3) El Contador Hernando de Osuna nacido en Asunción, Oficial Real de la Real Hacienda de S.M., hijo de Rodrigo de Osuna, natural de cierta villa de el estado del Duque de medina reyno de españa, al testar en Santa Fe el 4 de junio de 1627 ante el escribano público García Torrejón, deja a la canonización de San Isidro de madrid un peso de limosna. Archivo del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales de Santa Fe. Expedientes Civiles. Tomo 52. 1610 - 44. fs. 430.

(4) Loc. cit. T. I. 1635 - 56. fs. 412.

(5) *Item - mando que el día de nra. S^a de la anunciación que es a quinze de março aya visperas cantadas y procesión y sermón en la iglesia y altar de nra. S^a de loreto cada año perpetuamente a título de la Capellania que fundo en el dicho convento del seráfico San fran^{co} y se le darán doce pesos de limosna por las visperas misa cantada y sermón* (Testamento otorgado en Santa Fe el 5 de octubre de 1643 - Archivo del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales de Santa Fe. T. I. - 1635-56 - fs. 410).

Es sin duda para la testadora, el altar donde se veneraba la Virgen de Loreto, el altar predilecto, pues en otra disposición testamentaria, manda que en las tres pascuas principales se le diga una misa cantada en ese altar ⁽⁶⁾.

Destina cincuenta y ocho pesos para las misas cantadas que se dirán el día en que se celebran los cultos en honor de la misma Virgen ⁽⁷⁾.

Y por último dispone que en las ocho festividades de N. S. que se celebran anualmente, se digan en sufragio de su alma otras tantas misas en el mismo altar de N. S. de Loreto ⁽⁸⁾.

Se encuentra en esta colección una medalla de la Virgen de Loreto que lleva en el reverso la Flagelación del Señor.

Sin embargo, en la iconografía mariana de las medallas exhumadas de las ruinas de Santa Fe la Vieja, la más común es la representación de la Virgen, de acuerdo a la visión apocalíptica en la que la tradición popular encontró la imagen de la Madre del Salvador: la mujer vestida de sol, calzada de la luna y coronada de estrellas ⁽⁹⁾, que es, precisamente, la que pintó en la primitiva ciudad, el Hermano Berger de la Compañía de Jesús, y cuyo cuadro bajo la advocación de la Virgen de los Milagros, se venera hasta ahora, en Santa Fe, en la Iglesia de la Compañía de esta ciudad ⁽¹⁰⁾.

AGUSTÍN ZAPATA GOLLAN

(6) *Item - mando que en las tres pasquas principales del año se me diga una misa cantada en el dicho altar de nra. S^a de loreto* (Ibídem).

(7) ...cincuenta y ocho pesos que montan las misas cantadas en la fiesta de nra. S^a de loreto (Ibídem).

(8) *Item - mando que en las tres festividades de nuestra señora que son ocho se me digan ocho misas cantadas en el dho altar* (Ibídem).

(9) Jn. Ap. 12 - 1.

(10) Cfr. Guillermo Furlong Cardiff S. J.: "Nuestra Señora de los Milagros". XXX Abril MCMXXXVI. Taller de Sebastián Amorrrortu.

EL PENSAMIENTO NACIONAL DE SAÚL TABORDA

El Dr. Saúl Taborda (1885-1944), que debiera figurar como uno de los primeros pedagogos con orientación nacional, es una de las tantas figuras olvidadas o negadas por el país oficial.

Estudió derecho en la Universidad de La Plata y se graduó en 1913 en la Universidad del Litoral, por ese entonces Universidad Provincial. Fue periodista y escritor, habiendo incursionado en diversos géneros literarios, como la poesía, el teatro y la novela.

Producida la Reforma Universitaria de 1918, Taborda es uno de sus líderes, llegando a pronunciar notables discursos en los que se evidencia su filiación reformista. Basta leer el discurso de bienvenida al Dr. Telémaco Susini, publicado en 1920, para ver hasta qué punto adhería a los principios de la Reforma. En esta primera época se desempeñó como profesor en la Universidad del Litoral y como Rector del Colegio Nacional de la Universidad de La Plata. Posteriormente viajó a Europa, donde estudió principalmente el pensamiento alemán.

Sus escritos posteriores a 1932 indican un cambio fundamental en su pensamiento, por el que evoluciona de la izquierda liberal a la búsqueda serena pero militante de nuestro auténtico ser nacional, que descubre en las raíces mismas de nuestra vida comunal. A este período corresponden sus principales obras: *Investigaciones Pedagógicas*, *La crisis espiritual y el ideario argentino*, *El fenómeno político*, sus artículos en el periódico *Facundo*, que funda en 1935, y sus colaboraciones en la *Revista de Filosofía*, *Nosotros*, *Sustancia*, *Humanidades y Educación*, entre otras.

La fundamentación histórica.

En el campo de las realizaciones concretas, nada puede crearse de la nada. Toda realización exige un fundamento, que le permita objetivarse en la realidad histórica. Cuando se trata de buscar los fundamentos para una acción educativa, al logro del cuerpo teórico debe seguir el estudio de los antecedentes que conforman la realidad circundante del hombre que se quiere educar. Sin el estudio y comprensión de los que han hecho el país real, negamos toda posibilidad de alcanzar nuestro destino histórico.

Nuestra historia de la educación, sin embargo, parece estar signada por la negación de todo lo que es genuinamente nuestro, de nuestra estirpe criolla y castellana. El grito indómito de la raza había caído en los últimos entreveros, y recién en la década del 30 vemos resurgir la conciencia nacional, esta vez por la acción aislada de algunos intelectuales. Es por entonces que, en Córdoba, el Dr. Saúl Taborda comienza la publicación de sus estudios pedagógicos. En ellos nos encontramos con el pensamiento de un hombre que, si bien de formación germánica, evidenciaba un profundo apego por su tierra. El estudio de nuestra realidad educativa lo lleva a descubrir su filiación hispánica originaria y a superar el hito que en la historia argentina marca el 25 de mayo de 1810, iniciando una revisión que coronará con su teoría del genio nativo y el comunismo federalista que cimentará su sistema.

El estudio de las obras de Taborda, debemos confesarlo, nos ha evocado la figura de otro converso: Adolfo Saldías. A ambos el país oficial los declaró inexistentes, porque renunciaron a la comodidad del procerato liberal por la militancia cotidiana y serena. A Saldías lo sorprende la recriminación de Mitre, su maestro, quien lo acusa de hacer el panegírico de Dn. Juan Manuel de Rosas. Los discípulos de Taborda se lamentan que el maestro del 18 termine reconociendo nuestro genio nativo en la figura de Facundo. Al respecto, el juicio de Taborda no admite réplica: A la realidad histórica no se la niega; se la comprende.

Para Taborda la tarea educativa no puede ser resultado del plagio de sistemas educativos que, buenos para otras realidades, no tienen aquí más que la hibridrez que confiere la cúpula arti-

cial. Esta tarea sólo puede darse en la continuidad histórica, pues la educación supone la memoria que nos trae lo ya aprendido —de donde tradere, tradición— y la revolución, entendida ésta como el movimiento del espíritu que vuelve a lo ya obtenido y lo convierte en un nuevo problema. Es por eso que la ruptura con España que significó la Revolución de Mayo no implicaba la obliteración de los lazos espirituales engendrados por una tradición común. Pero, observa Taborda, la decisión de liberarnos del español degeneró en la negación de lo hispánico. Es así como "... nos hemos esforzado en cercenar nuestra historia colocando una fecha, 1810, como el hito de una "zona de nadie" separativa de dos mundos. Del mismo modo, aquella fecha que para ser histórica necesitó los siglos históricos precedentes, nos ha sido presentada siempre no como una continuidad sino como una negación" (1).

Pedagogía y política.

El pensamiento nacional de S. Taborda señala un hito en nuestro quehacer educativo. De sus críticas al sistema podemos inferir una pedagogía basada en la personalidad, la que no puede eximirse de la tarea formativa del hombre que debe participar en la actividad política de la comunidad a que pertenece.

No obstante, pedagogía y política constituyen dos campos espirituales distintos. La educación es una actividad específicamente humana. Los hombres viven de acuerdo a valores, que regulan su conducta y encauzan su voluntad. De esta condición de ser y obrar de acuerdo a valores radica la esencia de la personalidad. De ahí que educar sea asegurar la permanencia y el acrecentamiento de los valores. Teleológicamente apunta hacia el ideal formativo que tiene por sujeto al hombre, y sólo subsidiariamente a la comunidad. Sirve al hombre y no a las instituciones del Estado.

Nuestro sistema educativo está condicionado, sin embargo, por la dirección que le imprimiera la recia voluntad de Sarmiento. De ahí el caos en que todavía se encuentra la educación nacional. Es que Sarmiento no partió de una concepción propiamente pedagógica sino de una concepción política: los ideales utilitarios

(1) Taborda, Saúl: Rev. *Nosotros*, Año I, N° 4, Bs. As., 1936, pgs. 402/403.

propios de una educación al servicio del Estado nacidos con la Francia revolucionaria. Esta forma de concebir la educación se acentúa con el fenómeno inmigratorio, que replantea el problema de la educación popular. Es así que los grupos dominantes que han copado el poder político vuelven sus ojos hacia la educación para conformar la unidad nacional, y aquélla queda definitivamente al servicio de las instituciones del Estado. Contra esto arguye Taborda: "*La educación es una actividad referida al individuo, a la personalidad, al miembro de la comunidad y no a la comunidad misma, al orden del pueblo, a la unidad política. La unidad de un pueblo es asunto de la política*" (2).

Mas no se piense que esto implica un planteamiento utópico del problema, dado que es evidente que existe una íntima relación entre pedagogía y política. Es precisamente el abandono de la realidad educativa por parte de la "*falsa pedagogía oficial*" lo que obstaculiza el advenimiento del hombre político, dado que dicha pedagogía descansa en el desconocimiento de su objeto de estudio: el hombre rioplatense.

Por otra parte, es indudable la simpatía que Taborda demuestra por el pensamiento de Fichte, y el autor de los *Discursos a la nación alemana* considera a la educación al servicio de la nación y no de los intereses de partido.

Sarmiento

Este reconocimiento del ser nacional por Taborda lo coloca en nuestra opinión, entre los primeros que han intentado una pedagogía nacional. Quienes reclaman ese puesto para Sarmiento, olvidan que éste no hizo pedagogía. Su sistema se basaba en un eclecticismo de positivismo francés y utilitarismo norteamericano, concebido como instrumento del sistema capitalista que entró al país a las grupas del Ejército Grande. No obstante, es indudable que su intervención fue tan rotunda como insoslayable. Por eso es justa la expresión de Taborda: "*es cierto que se puede estar contra Sarmiento, pero no se puede estar sin él*". Quien no admite esto, comete un error histórico. Sarmiento nos impuso un sistema educativo que aún tiene vigencia en el normalismo que la última Reforma Educativa no logró desterrar.

(2) Taborda, Saúl: *Investigaciones Pedagógicas*. Córdoba. 1951 T. 2, p. 189.

Ese sistema tiene sus orígenes principalmente en la Francia de 1789 y su legislación de 1833. Ello comportaba la adopción de un sistema que concebía al hombre como elector y productor, como ciudadano idóneo y nacionalista al servicio de las instituciones del Estado. Su importación dio lugar a un orden político que pretendió estructurar la nación "desde arriba", esto es, desde el Estado, en una clara concepción iluminista, con el desconocimiento de la realidad nacional que esto implica. "Extraño que Sarmiento, advierte Taborda, que se percató con tanta justeza de la necesidad de poblar el baldío con los contingentes humanos de los países superpoblados de Europa, no se diera cuenta cabal del riesgo que entraña para un pueblo abierto a las corrientes inmigratorias la desestimación de sí mismo implícita en la desestimación de la tradición de la estirpe progenitora", para agregar a continuación, "Genio y figura hasta la sepultura, los pueblos, como los hombres, poseen notas esenciales que no admiten ni toleran interferencias extrañas" (3).

Es así como el plan educativo propuesto en *Educación Popular* contrapuso el ideal del humanismo racional renacentista, de abolengo cartesiano, al "ideal de la personalidad esencial del humanismo español".

El comunismo federalista

Es por todo esto que resulta paradójal que Taborda acceda al pensamiento nacional a través de la obra del polémico sanjuanino. En rigor de verdad, Sarmiento podría haber sido un buen prosista que expresara lo mejor del sentir nacional. Mas no se puede expresar lo que no se comprende.

Taborda advierte que en *Recuerdos de Provincia* hay algo más que pintoresquismo. San Juan de la Frontera es sólo un ejemplo de cómo las provincias constituían una nación antes de 1810, como fenómeno vivo y espontáneo que se evidenciaba en la vida comunal. Mas para comprender esta afirmación, es necesario elucidar qué concepto de nación la sustenta. Evidentemente no es la mera comunidad de lengua, tradición, raza y territorio, aun-

(3) Taborda, Saúl: op. cit., T. 2, p. 229.

que lo suponga en parte. Sostiene Taborda que la nación es una "persona moral colectiva", que no nace de la voluntad libre y consciente de los ciudadanos. Es un fenómeno originario anterior a los sistemas políticos y aún a las contradicciones económicas. Pero no se crea que esto es una mera abstracción. Se trata aquí de una forma de vida constituida por una peculiar estructura de ideales humanos, realizados por hombres concretos, cuya esencia y cuyo destino se funden para realizarla (4).

Pero lo que más interesa aquí es que esas comunidades de origen, depositarias de fueros locales a la manera de los de Castilla y grávidas del humanismo propio del alma castellana, eran verdaderas comunidades docentes.

Las comunas argentinas, dice Taborda, "...han cumplido sin solución de continuidad, antes y después de la unidad nacional, tareas docentes auténticas y eficaces" (5). Llenaban su cometido, cumplían con los requerimientos de la comunidad y por eso estaban en el alma del pueblo. Educaban a través de la escuela, la iglesia y la plaza pública, conformando un orden educativo plasmado en la entraña popular y respondían con justeza a las exigencias de la época. Esto posibilitaba una comunidad espiritual en la que el hombre concreto se realizaba como persona en la comunión con los bienes y valores que estas comunidades custodiaban como celosos guardianes de nuestra cultura. Por otra parte, es bueno destacar que este cuadro se veía completado con una economía precapitalista. Los postulados del libre comercio, impuestos dogmáticamente y no por razones económicas, tuvieron como corolario la doctrina del Estado educador al servicio del nuevo orden económico y no de los intereses de la nación.

Comienza así un proceso de avasallamiento al derecho que la ley otorgaba a las provincias de dictarse su propio sistema educativo, acorde con sus necesidades. Según nuestro autor, para concretar este avasallamiento de los fueros provinciales en el orden educativo se adujo su precariedad económica. Cuando Avelaneda, siendo ministro de Sarmiento, entrega un subsidio a La

(4) En esta forma de definir la nación es evidente la influencia que tuvo Max Scheller sobre Taborda.

(5) Taborda, Saúl: op. cit., T. 2, p. 198.

moja, que se encontraba en la imposibilidad de fomentar la educación en su territorio, atribuyó su pobreza "a los alzamientos de Quiroga y del Chacho". Observa Taborda al respecto, y permítasenos la transcripción del texto, que parece especialmente escrito para los mayocaseristas: "La Rioja era, en 1810, una de las Provincias más prósperas y más ricas. Comerciaaba con Chile; tenía ganados y tenía el oro de sus minas. Sus hombres y sus riquezas aportaron un concurso sobresaliente a los ejércitos de la emancipación. ¿Por qué La Rioja cayó en la miseria? ¿No fue acaso porque el centralismo económico y político cegó sus fuentes de producción y cerró para siempre los caminos de su comercio y se empeñó en entregar a los especuladores extranjeros el tesoro del subsuelo, con la anuencia cómplice de Rivadavia?" (6)

El genio nativo

La Rioja no es más que un ejemplo de lo que la libertad de comercio ha traído a las provincias. La apertura de la Aduana primero, y la construcción del ferrocarril después, diseñado de forma tal que puedan llegar rápidamente al puerto de Buenos Aires las materias primas del interior, inundó el país de manufacturas europeas, principalmente inglesas, ahogando así la industria pre-capitalista y artesanal del interior. El gaucho mismo es cuestionado en su capacidad de trabajo y se propicia la inmigración del europeo, más capacitado, se dice, para las nuevas formas de producción.

Uno de los principales sostenedores de esta idea es Sarmiento, esbozada ya en su *Facundo* y explicitada luego en sus afirmaciones sobre la inferioridad congénita de nuestros gauchos. Ante esto sostiene Taborda que los caudillos fueron los auténticos portadores de la voluntad de Mayo, y ve precisamente en Quiroga el arquetipo del hombre argentino, "... porque lo facundico es lo que imprime sello peculiar a nuestra fisonomía".

(6) Taborda, Saúl: op. cit., T. 2, p. 207. Este mismo texto ha sido citado por Fermín Chávez en su excelente trabajo "*Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina*", Ed. Theoría Bs. As. 1965. Indudablemente es de Chávez el mérito de haber redescubierto a Taborda, y así lo reconocemos.

Taborda descubre lo facundico en la realidad misma de nuestras comunas, como lo arquetípico que da sentido y permanencia a nuestra peculiar forma de vida. ¿No está sintetizada en este pensamiento la más pura tradición española? Coetáneamente dirá un español ilustre: el hombre es el sistema. Nuestra historia, como la de España, está signada por la figura del Conductor. Por eso, mientras la oligarquía porteña se empeñaba en infligirnos un sistema de ideas europeo, el pueblo se jugaba con sus caudillos. Y gracias a esta gesta heroica podemos aún hablar de nación. Taborda no podía dejar de advertirlo, y lo expresará con magníficas palabras: "Váyase dando cuenta el lector de la causa recóndita y profunda por la cual el argentino de hace cien años se negó a admitir la muerte de Facundo, el héroe. Sarmiento lo recalca y toca, sin querer, la más alta nota que define a su personaje: el fondo heroico inmanente del genio nativo", y agrega luego: "El héroe no muere: vive perennemente en la vida eterna de su comunidad. Gracias a su perpetua presencia, la comunidad se hace eterna" (7).

Vemos entonces que sólo en la afirmación del genio nativo, la nación puede presentarse como una unidad que realiza el ideal ecuménico con características propias y originales, pudiendo así incorporarse al conjunto universal sin renunciar a su originalidad, como base *sine qua non* para elaborar una cultura auténtica.

La pedagogía argentina

El pensamiento del ilustre cordobés se apagó en Unquillo cuando se encontraba en franca evolución. Pero es evidente que, quiérase o no, demostró en qué medida la colonización pedagógica es responsable de tantos años de desarraigo argentino. Quienes afirmaron expresamente que "el mal de la Argentina es su extensión", y se esforzaron en dislocar al país geográfico, dirán veladamente más tarde que el mal de la Argentina son los mismos argentinos, representados altivamente por el gaucho, y se abocaron a la negación de todo lo nuestro. No creemos que Taborda sea la panacea de nuestros problemas pedagógicos, pero sí que ninguna

(7) Taborda, Saúl: *El fenómeno político*, en "Homenaje a Bergson". Inst. de Fil., U. N. de Córdoba, 1936, p. 84.

reforma educativa tendrá éxito si no parte de la realidad concreta que conforma al hombre rioplatense.

Fundamento social y político

Si bien la obra de Saúl Taborda de mayor significación es *Investigaciones Pedagógicas*, no lo son menos *La crisis espiritual y el ideario argentino*, publicado en 1934 por la Universidad Nacional del Litoral, y *El fenómeno político*, publicado en 1936 por la Universidad Nacional de Córdoba. Estos trabajos son de fundamental importancia para comprender algunas afirmaciones de nuestro autor.

En *La crisis espiritual* se pone de manifiesto su formación germánica, siendo evidente la influencia de Fichte. Pero a pesar de ello, la profunda vocación nacional de Taborda se trasunta en ideas de meridiana claridad. La obliteración del ecumenismo medieval trajo como consecuencia la formación de las naciones modernas, siendo acompañado este proceso de profundos cambios sociales que, de alguna manera, implicaban la negación del orden medieval. Con estos cambios desapareció la familia organizada eclesiásticamente, cuya unión provenía fundamentalmente de la fusión amorosa en un principio religioso común. Los talleres y las corporaciones artesanales fueron liquidados por la Revolución Francesa, que prohibió todo tipo de agremiación, llenando las arcas del Estado con los fondos de las corporaciones. Las naciones se transformaron en unidades insolidarias e irresponsables y los individuos quedaron sujetos al juego de la concurrencia manchesteriana. La caridad fue suplantada por la dominación y dos nuevos dogmas comenzaron a luchar por la hegemonía del mundo: el liberalismo y el marxismo. Por otra parte, el auge del capitalismo trajo como consecuencia que la economía absorbiera la esfera política, dislocando el basamento del orden social.

Pero estos signos de los tiempos, analizados en *La crisis espiritual*, no presuponen para Taborda el advenimiento necesario de la sociedad igualitaria anunciada por el materialismo histórico. "Desde los días de Nietzsche y desde la prédica de Sorel, observa Taborda, izquierdas y derechas intuyen la inconsistencia del pacifismo inventado por la cobardía interesada del yanqui sin eternidad y sin historia. La afirmación de que sólo el heroísmo es

bueno y bello ha derogado la legalidad causal del credo marxista, que depositó tantas esperanzas en la acumulación capitalista y en las virtudes revolucionarias de la miseria proletaria..." (8). Ni lo uno ni lo otro. ¡Contra esto y aquello! Nuestra civilización actual carece de validez, y el destino de Argentina no está en salvar esta civilización en crisis sino en "pulsar sus aptitudes creadoras para contribuir a forjar una nueva cultura". Esto es claro para Taborda, ya que lo repite en varios trabajos: el *novus ordo* deberá tener una dimensión esencialmente ética, forjada por una generación rebelde, ardorosa, que oponga el heroísmo de una vida violenta, enamorada del riesgo y del peligro a una existencia burguesa y anquilosada.

Mas es evidente que la solución ha de resultar de la síntesis de dos aspectos igualmente importantes: el hombre y su medio. Esto se halla claramente expresado en la declaración del grupo F.A.N.O.E., Frente de Afirmación del Nuevo Orden Espiritual, de Septiembre de 1932, declaración que suscribe Taborda, cuando sostiene que "*La nueva educación, vale decir, el proceso de formación integral del hombre, sólo es factible en coexistencia con una amplia transformación social. Ni puede cambiar radicalmente la sociedad permaneciendo adormecido el espíritu humano, ni se concibe una floración de hombres nuevos en un medio social estancado*" (9).

Pero el destino del hombre no depende solamente de las fuerzas económicas. Si así fuera tendríamos hoy un país perfectamente amoldado al sistema impuesto por la oligarquía agropecuaria que detentó el poder político después de Caseros. Es por eso que las esperanzas de Taborda de un nuevo orden se fundamentan precisamente en la existencia de un hombre precapitalista. Este se evidencia en la "*larga y dolorosa actitud insurreccionada*" contra el régimen impuesto, mucho antes que el mismo racionalismo marxista elevara su crítica. Estaba presente a lo largo de toda la gesta de una raza rebelde que se negaba a seguir sumergida. Es por eso, afirma Taborda, que la actual crisis de la civilización oc-

(8) Taborda, Saúl: *La crisis espiritual y el ideario argentino*, U. N. del Litoral, Santa Fe, 4ta. Ed., 1958, p. 20.

(9) Junto con Taborda, suscribieron este documento Jordán B. Genta, Carlos Astrada, Luis Aznar, Alberto Baldrich, Juan Mantovani y otros.

cidental no implica un riesgo mortal sino, por el contrario, una posibilidad de recuperación.

Nuestro destino histórico

Pero la crítica de Taborda va aún más allá. En su artículo *En torno al 90*, explicita claramente cómo el progreso que se nos anunciaba no era interior, no era progreso moral del hombre total, sino tan sólo acrecentamiento de las necesidades externas, por las que renunciamos a la sobria vida provinciana de nuestro viejo solar castellano.

¿Cuál puede ser la solución para un país que perdió la soberanía con la derrota de los últimos caudillos alzados contra el gobierno centralista y que trabajó durante años para pagar los intereses de la Baring Brothers? Según Taborda, nuestra experiencia nos indica que el sistema parlamentario liberal ha hecho crisis, y *“el sistema de los partidos políticos es ya insostenible”*. Paradojalmente ha creado el profesional de la política que es, afirma, el único apolítico, desde que brega por intereses de partido y no de esa totalidad que es la nación. Del caos en que estamos sumergidos —no olvidar que esto fue dicho ya en 1933— sólo podemos salvar el sentido de totalidad, tan caro a toda la historia de Occidente. Es por eso que el hombre de hoy puede tener mucho del hombre de la Edad Media, hacia la que muchos vuelven los ojos como a un modelo distante. Pero tiene aún más. Tiene la conciencia de su propia tragedia, que le ha marcado de forma indeleble la idea de su propia personalidad. Tragedia que le ha hecho rechazar el mito del progreso indefinido y del desarrollo dialéctico necesario. Hoy el hombre se siente responsable de su propio destino.

Por eso la misión del hombre argentino no puede renunciar a ser comprensiva y creadora. Y su contenido, no puede ser otro que *“dotar de formas adecuadas a la expresión de nuestra conciencia para que la tierra de los argentinos sea tierra de productores que plasman en creaciones originales la eternidad de su nombre”* ⁽¹⁰⁾.

JUAN CARLOS PABLO BALLESTEROS

(10) Taborda, Saúl: *La crisis espiritual y el ideario argentino*, p. 45.

DOCUMENTO ARZOBISPAL ACERCA DE LA CORONACION PONTIFICIA DE LA SANTISIMA VIRGEN DEL ROSARIO

Arzobispado de Paraná

Paraná, Marzo 3 de 1973.

Queridos Sacerdotes, queridos Religiosos y Religiosas:

Esta Carta tiene por finalidad anunciar la Coronación Pontificia de la Santísima Virgen del Rosario en octubre próximo. El anuncio en realidad no es nuevo.

El tiempo transcurrido desde su primer anuncio en 1968 me ha sido muy útil. He pensado mucho ante Dios, he orado, he pedido oraciones, he consultado, he querido evaluar con la mayor objetividad posible las razones en favor y en contra. La decisión definitiva la debo al Santo Padre.

El 31 de marzo de 1969 tuve una breve audiencia particular con Su Santidad Pablo VI. Debí exponerle cuatro asuntos. El segundo fue la Coronación de la Santísima Virgen del Rosario. Enseguida de acabada la audiencia volví a mi hospedaje, vecino a San Pedro, y escribí el corto diálogo, cuya versión fiel es la siguiente:

“Santidad —le dije— la Patrona de Paraná es la Santísima Virgen del Rosario. Se obtuvo el Decreto de la Coronación Pontificia, pero la Coronación aún no se ha realizado”. —“Por qué” preguntó el Papa. “Santidad —le respondí— algunos sacerdotes creen que ya pasó el tiempo de estos signos de piedad mariana”. —“Sin embargo —fue su respuesta— coronar a la Santísima Virgen es una bellísima manifestación de piedad. Así se hace en muchas partes”. —“Santidad —añadí—, estos Sacerdotes creen que la Coronación no respondería al signo de pobreza que parece quiere vivir la Iglesia hoy”. —“Este signo de pobreza —me respondió el Santo Padre— es de otro género. Corone, corone a la Santísima Virgen. También el Papa se lo pide”,

Me parece necesario subrayar lo siguiente: la Coronación debe ser la culminación visible de un proceso interior de la Iglesia en Paraná. Este proceso interior quiere expresamente concretarse en la restauración y elevación de las familias a las que queremos hacer vivir su misión teológica y para ello contamos con el Santo Rosario como alma y fuerza motriz.

El bosquejo de algunas ideas básicas esclarecerán mucho mejor la meta a la cual tendemos, o debemos tender todos.

Nadie puede negar que la familia está herida, está enferma. Atacada desde dentro y desde fuera, se va disgregando. El proceso de corrupción es veloz y despiadado. Desgraciadamente la familia es extraña a su propio misterio. Vale decir: nacida del corazón de Dios a imagen de la familia trinitaria, asumida por Cristo, lavada en su Sangre, vivificada en su Espíritu, animada por esa Presencia sacramental del mismo Cristo gracias a la virtud perenne del Sacramento del Matrimonio.

Las familias ignoran las riquezas de todo orden que Dios ha puesto en ellas, especialmente mediante la comunión profunda entre los cónyuges, los padres, los hijos, los hermanos; comunión vivida en la trama propia de cada comunidad familiar.

La familia debe reencontrarse consigo misma, debe ser restaurada, elevada, santificada para vivir su propio don, su misión irremplazable, su vocación personal —como grupo humano— dentro de la Iglesia y dentro de la historia.

Debemos afirmarla, defenderla, inmunizarla por dentro y por fuera. Debemos ayudarla a vivir heroicamente, la gracia conyugal.

Los hijos, a su vez, deben empeñarse en ser elementos activos, constructores también del hogar que les diera la vida y creadores con sus padres de un verdadero clima familiar.

Como se hiciera en la Gran Misión del año 60, promoveremos reuniones de familias en todo el ámbito de la Ciudad para despertar y formar una clara conciencia del misterio subyacente en cada pareja humana, en cada hogar, y en cada familia.

El trabajo deberá ser conjunto. Deberán participar todos los que tienen Fe y esperan una familia mejor en el futuro inmediato. No basta quejarse y señalar lo negativo. Para cada familia, como para toda la Ciudad, debe darse un proceso interior idéntico al proceso de conversión personal.

Frente a este proyecto de empresa espiritual y humana, asoma de nuevo la advertencia del Señor, siempre válida "Sin Mí nada podéis hacer". La

restauración y elevación de las familias es obra de la virtud omnipotente de la Cruz y de la Resurrección del Señor.

Los hogares serán renovados más por la oración de todos que por nuestra palabra. La oración familiar, secularmente consagrada, es el Santo Rosario.

Si nos lanzamos a este proyecto apostólico es porque conocemos la fuerza del Rosario y la gracia singular que Dios ha puesto en él.

El Rosario es la expresión, diáfana y simple, de la gesta divina para salvar a los hombres; expresión de las grandes horas vividas por Cristo y por su Madre sellando el misterio de la salvación humana.

Dios otorgó al Rosario la virtud del Misterio redentor; la virtud de rehacer almas y vidas, pero también de rehacer hogares e Instituciones, como regalo de Dios a María Santísima por haber sido Ella, gracias al SI de la Anunciación, la Restauradora de la Alianza entre Dios y los hombres.

La Iglesia reconoce y descubre en el Rosario una virtud unificante: une a las almas con Dios, une a los hijos de la Iglesia, une a quienes integran un hogar o una Institución.

La GRAN MISION FAMILIAR DE PARANA estará animada y sostenida por la GRAN MISION DEL ROSARIO.

Tenemos la seguridad de que toda la Arquidiócesis será cubierta por un río de gracias, y como infundiéndole un corazón nuevo y un nuevo espíritu, María Santísima sellará para siempre una Alianza de Amor con Paraná. Por esta Alianza realizará grandes cosas.

Comencemos por tener "un mismo sentir". "Unánimes", subraya San Pablo. Este mismo sentir puede ser costoso para algunos. A éstos les pido como primicia de esta gracia histórica que ofrenden su amargura interior a la Madre de la Unidad.

Descontamos por segura la acción del demonio y su terrible influjo para enturbiar, confundir, y dividir. Surgirán dificultades de todo orden. Serán el sello de la Presencia de Dios y de su Voluntad para nuestro bien.

Dentro de pocos días comunicaremos a toda la Arquidiócesis tan fausta nueva y nos pondremos a trabajar todos en el nombre de Dios y con su ayuda.

Os bendice en Cristo y en María Santísima.

ADOLFO TORTOLO

Arzobispo de Paraná.

VIDA CULTURAL DEL SEMINARIO

La Comisión de Cultura del Seminario, presidida por el P. Alfredo Sáenz S. J., e integrada por un grupo de seminaristas, desarrolló, durante el año 1972, un extenso programa de actividades. Si bien el estudio cotidiano de la filosofía y de la teología constituye el centro de nuestro quehacer formativo, junto a él, y a él subordinado, la Comisión preparó un plan de extensión cultural. Antes de entrar en detalles debemos decir que la síntesis de las actividades culturales desarrolladas a lo largo de un año puede elaborarse atendiendo a dos criterios sustancialmente distintos. Uno, según el cual lo único que interesa es la relación meramente material y cronológica de los hechos; otro, en cambio, en que, a más de la exposición de los mismos hechos, se muestra en ellos el hilo conductor. Preferimos el segundo procedimiento ya que de entrada nos permite destacar cómo la intensa actividad cultural que vivió el Seminario en 1972 estuvo dominada por una idea madre, a saber, la de iluminar todos los campos del saber humano con la luz sobrenatural de la fe y de la doctrina católica. Fue una manera de explicitar un aspecto de aquella rica verdad del patrimonio católico que habla de la Realeza de Cristo, Señor de la inteligencia.

Tratemos de resumir los capítulos más importantes.

1. *MUSICA.* Se nos ha dicho que para el sacerdote la educación musical es un elemento de gran trascendencia porque contribuye de manera relevante a formar el sentido estético. La música transporta el espíritu al reinado de lo inefable. La música —la buena música, se entiende— se adecúa también de manera admirable a la vida de oración. Por eso los grandes músicos consideraron la composición de una "Misa" como su obra capital. El Seminario promovió diversas actividades musicales. Gracias a la generosa ayuda de nuestros bienhechores, se ha logrado montar una considerable discoteca. Todos los domingos por la tarde se preparó una programación de música clásica. Por estos conciertos vespertinos desfilaron, entre otros, la grandeza barroca de Juan Sebastián Bach, el majestuoso apasionamiento de Beethoven, el creativo clasicismo de Mozart. Asimismo la Orquesta Sinfónica de Entre Ríos, dirigida por el Maestro Oscar Giúdice, se avino a hacerse presente en el Seminario para

ofrecernos un concierto de tipo didáctico, y se detuvo en mostrarnos la gama compleja de instrumentos y grupos que componen una orquesta sinfónica. A esta actividad musical se sumó también la constitución de un coro el cual, en distintas ocasiones, interpretó canciones sacras, clásicas y folklóricas.

2. *TEATRO.* En una obra de teatro se conjugan una apreciable cantidad de cualidades y de dotes personales, pero por sobre todo se exige un valor escondido: la constancia. El futuro sacerdote, llamado a "anunciar" el mensaje de salvación, desde ya debe aprender a "expresarse". Pocas cosas ayudan tanto para esto como el ejercicio en el escenario. Este año un grupo del Seminario representó una obra titulada: "*Escuadra hacia la muerte*" del dramaturgo español contemporáneo Alfonso Sastre. La obra se desarrolla en un frente de batalla. Con rasgos muy nítidos, quedan en ella tipificadas las distintas maneras de enfocar la vida, con su mezcla de errores y de aciertos. La difícil caracterización que exige esta obra fue asumida por el grupo escénico de manera sobresaliente.

3. *CLUB DE LECTORES.* La Comisión de Cultura incluyó entre sus secciones una destinada a organizar pequeños grupos de lectores de obras de especial significación, para fomentar en los seminaristas el verdadero espíritu crítico, tan necesario al sacerdote, y hoy lamentablemente en decadencia, ya que en la práctica se confunde la crítica con el mimetismo de la moda. La crítica auténtica se enlaza directamente con la sabiduría, y sólo allí y desde allí es constructiva; de lo contrario, se transforma en rebeldía ciega y sistemática frente a toda la realidad. La selección de los libros se hizo con un criterio formativo, prefiriéndose aquellas obras que están en la fuente de nuestra cultura. Entre otras, fueron leídas y comentadas obras de carácter épico como el Poema del Mío Cid, dramático como el Hamlet de Shakespeare, y obras posteriores como La esfera y la cruz de Chesterton.

4. *BIBLIOTECA.* Durante 1972, el número de volúmenes que integran la Biblioteca fue incrementado de manera considerable gracias a la generosa colaboración que recibimos de las personas más diversas y de los más distintos lugares. La ayuda sustancial de "Adveniat", organismo dependiente del Episcopado Alemán, hizo posible la adquisición de la valiosa colección de textos patrísticos y medievales "Sources Chrétiennes". Los Padres de la Iglesia constituyen un pilar en la formación actual del Seminario, y por esto la colección SC tiene para nosotros excepcional importancia. Más recientemente, el Ministerio de Bienestar Social de la Provincia de Entre Ríos, concretó la donación de diez mil pesos ley, suma que permitirá cubrir algunas necesidades imperiosas de bibliografía fundamental. Asimismo hemos recibido ayuda de la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) la cual, a solicitud del Seminario, ha donado más de un centenar de libros de las principales colecciones de su fondo editorial.

Otra iniciativa que se fue concretando a lo largo del año, consistió en cada uno de los seminaristas, bajo el consejo y dirección de los Superiores, fuese formando su propia biblioteca, con especial insistencia en las obras clásicas y de valor permanente. De este modo el futuro sacerdote, ya a partir de la época de seminario, va iniciando y acrecentando su biblioteca personal, la cual lo acompañará luego, durante su vida de ministerio pastoral.

5. *CURSO AUDIO-VISUAL DE ARTE SACRO.* En distintas conferencias, el P. Alfredo Sáenz S. J. desarrolló, desde el punto de vista histórico y estético, los aspectos más relevantes de la creación artístico-religiosa. El cursillo se inició con la presentación del arte paleocristiano, ilustrándose con diapositivas el ambiente de las catacumbas, la primitiva escultura que se manifiesta en los sarcófagos, y la sólida arquitectura de las basílicas romanas. El segundo cursillo trató sobre el arte románico, a partir de la época pre-románica y su ulterior florecer en el arte medieval de Europa occidental.

6. *CURSO DE METAFISICA.* En diferentes ocasiones el Santo Padre ha repetido que la crisis actual tiene una raíz metafísica. De ahí la importancia que nuestro Seminario asigna a la formación en ese campo. Una contribución importante en este sentido lo constituyó la presencia de la profesora Rosa Andrilli, destacada catedrática de filosofía en la Universidad Nacional del Litoral, quien desarrolló un meduloso cursillo sobre el tan importante tema de "Participación, Causalidad y Analogía".

7. *CICLO DE CONFERENCIAS.* Hasta acá, todas las actividades que hemos reseñado se desarrollaron en el interior del Seminario. Pero ello no fue todo. La Comisión de Cultura, con el deseo de proyectar a la ciudad su actividad de extensión cultural, prestando así un servicio a la comunidad que abriga al Seminario, y con el auspicio del Instituto Autárquico Provincial del Seguro, el cual nos cedió amablemente su espléndido local ubicado en pleno centro de Paraná, organizó una serie de importantes conferencias, invitando, de todas partes del país, a oradores caracterizados no sólo por su competencia profesional, sino también por su juicio recto y su buena doctrina. Estas conferencias encontraron un eco inusitado en la ciudad, no sólo por la repercusión que alcanzaron en los distintos medios de comunicación, sino también por el hecho de haber congregado un número muy elevado de asistentes.

• El ciclo se inició el 28 de abril con el R. P. Guillermo Furlong S. J. quien disertó sobre: *El Padre Castañeda, sacerdote combativo y fogoso periodista de la época de Rivadavia.* El R. P. Furlong, de la Academia Nacional de la Historia, venerable por sus años y por su ciencia, hizo vibrar nuestras entrañas de seminaristas al presentarnos la pintoresca y aguerrida figura del P. Castañeda, típica encarnación de un sacerdote argentino, apasionado e idealista, enamorado de Dios y devoto de su Patria como pocos.

• El 12 de mayo, el Coronel (RE) Jorge Rodríguez Zia, en una categórica y documentada exposición, se refirió al tema: *Argentina y Brasil en la Cuenca del Plata. Nos explicó los riesgos que entraña la secular tendencia expansionista brasileña en detrimento de nuestro suelo, en especial en lo que atañe a la zona del Paraná, exhortando a la numerosa juventud asistente a tomar conciencia de este grave problema que enfrenta nuestra Patria.*

• El Dr. Carlos A. Sacheri disertó el 26 de mayo sobre: *Crisis religiosa y crisis nacional.* Inició su exposición remontándose a los orígenes modernistas de la actual crisis religiosa que sacude a la Iglesia en nuestro país, con especial referencia al movimiento tercermundista, a todo lo cual se suma la gravísima situación de postración política en la cual nos encontramos, en gran parte por desconocimiento de aquello que constituye el fin de todo auténtico proyecto nacional, el fin mismo de la política: la noción de Bien Común.

• El 20 de junio, el Lic. Alberto Fariña Videla, abordó también un tema de candente actualidad: *La influencia de Freud en el pensamiento contemporáneo. En su disertación puso de manifiesto la diferencia radical que media entre la concepción freudiana del hombre y la visión tomista, que ilumina todo el orden natural con el misterio de la gracia.*

• El Dr. Alberto Caturelli expuso, el 25 de agosto, sobre: *La educación, difícil tarea en un tiempo de crisis.* En un contexto de rigurosa reflexión metafísica, examinó el gradual desenvolvimiento de la personalidad del niño, primero y fundamentalmente en el clima familiar, y luego en el ámbito escolar y social. Se detuvo luego en considerar, en una perspectiva inspirada en San Agustín, todo el camino pedagógico a través del cual, desde los grados primarios hasta la Universidad, el maestro —que ya es aquí humilde reflejo del Maestro que es Cristo—, va actualizando siempre más, hasta su plenitud, toda la potencialidad encerrada en el educando. Educación cristiana ésta, que culmina en la tierra con la santidad y fructifica en el cielo con la visión de Dios.

• Cerrando el ciclo de conferencias 1972, el 20 de octubre nos honró con su presencia el Intendente de la ciudad de Pergamino (Prov. de Buenos Aires), Sr. Alberto F. de Nápoli. Al exponer el tema: *La comuna, como base del reordenamiento socio-político nacional, no se limitó tan sólo a explicar los principios de la doctrina social católica que deben regular la actividad municipal, en especial la fecunda doctrina de los cuerpos intermedios y del principio de subsidiariedad, sino que también los ilustró con los hechos concretos de su meritoria gestión a lo largo de seis años de incesante servicio a su comunidad.*

• El R. P. Guillermo Furlong S. J., el Dr. Carlos A. Sacheri, y el Dr. Alberto Caturelli, además de las conferencias ya mencionadas, hablaron también en nuestro Seminario Mayor. El R. P. Furlong lo hizo sobre su larga y muy

fecunda experiencia sacerdotal; el Dr. Sacheri sobre qué esperan los laicos del sacerdote en este tiempo nuestro, y el Dr. Caturelli desarrolló un doble tema: la esencia de la Universidad como institución sapiencial, y la destrucción progresiva de la misma por la subversión dialéctica del marxismo-leninismo.

● *Tal fue, en pocas palabras, la actividad de extensión cultural llevada a cabo en el Seminario en 1972. Como surge de lo dicho, 1972 ha sido un año de intenso trabajo en el campo de la cultura. Ahora que comenzamos 1973, en este año santo mariano para nuestra Arquidiócesis de Paraná, que culminará con la Coronación de la Virgen del Rosario en nuestra ciudad, sólo nos resta agradecerle a Ella lo que hemos recibido, e implorarle su bendición para el año que se inicia.*

JUAN JAVIER MESTRES

Seminarista de la Diócesis de Gualeguaychú
4º año de Teología

“Actualmente no se pregunta si los medios se adaptan al fin sino si el fin se adapta a los medios. No preguntan si el rabo conviene al perro sino si el perro conviene al rabo: si el perro es el apéndice más ornamental que se puede poner al extremo de un rabo. En vez de preguntar si nuestras modernas combinaciones, nuestras calles, nuestro comercio, nuestros tratos, nuestras leyes e instituciones concretas se adaptan al primero y permanente ideal de una vida humana saludable; preguntan si la vida humana saludable conviene a nuestras calles y comercios. Pasa de lo tolerable hablar de la perfección como medio para la imperfección. Esta es la más enorme y secreta de las modernas tiranías materialistas...”

(Gilbert K. Chesterton, en *Enormes Minucias*)

BIBLIOGRAFIA

ÉTIENNE GILSON, D'Aristote á Darwin et retour. Essai sur quelques constantes de la biophilosophie, Vrin, París, 1971.

Este nuevo libro del prestigioso tomista francés constituirá, sin duda alguna, un punto de referencia insoslayable para todo aquel que se interese por el problema de la evolución biológica.

La idea que recorre y explica toda la obra es el principio de finalidad, tal como fue expresado por Aristóteles en su **Historia de los animales**. La causa final resulta la ley interna que preside la constitución y el desarrollo de todo ser vivo. Aunque la finalidad no se ve, ni es un dato que se pueda observar empíricamente, ella está inscripta en todo organismo vivo guiando sus operaciones en vistas de un término que resulta su bien.

El papel de la causa final es, por lo tanto, análogo al que ejerce la inteligencia en las producciones artísticas. Así como la inteligencia del artista escoge aquellas operaciones que le permitirán cristalizar su obra, del mismo modo actúa la causa final inmanente en la naturaleza.

La causa final, por otra parte, está íntimamente emparentada con la forma sustancial, ya que toda causa final conduce al viviente a una nueva forma sustancial de ser. La forma aristotélica es aquello que, al actualizar la materia y hacer así que la cosa sea tal o cual cosa, confiere a lo real su inteligibilidad.

En los albores del pensamiento moderno, Descartes, al negar la presencia de la

forma sustancial, anula simultáneamente la causa final, perdiéndose así la visión teológica del universo. Lo real ya no está compuesto hylemórficamente, como para Aristóteles, sino que se reduce a materia extensa o, simplemente dicho, a extensión. Conocer lo real será entonces conocer el mecanismo de la materia y no su forma inteligible. De este modo, nos dice Gilson, el contemplativismo de la tradición greco-cristiana va a ser reemplazado por el utilitarismo que predomina en nuestro tiempo, ya que ahora no se trata de conocer lo que es, sino de saber cómo opera para poder utilizarlo y sacarle provecho.

El mismo Darwin llegó incluso a sospechar intensamente la finalidad, pero como ella no constituye un hecho empíricamente perceptible, el biólogo inglés vacilaba en aceptarla. El problema de Darwin es saber cómo han surgido nuevas especies, pero nunca se ha preguntado por el origen absoluto de las mismas. Padece incluso un lamentable equívoco con respecto a la idea de creación, pues estimaba que el acto creador de Dios había producido todas las especies en forma definitiva y acabada, por lo cual se le presentaba el dilema de optar entre la Biblia y la transformación de las especies. Para explicar ésta, que le parecía incompatible con el dogma religioso de la creación (por lo cual perdió su fe cristiana) Darwin propone la idea de la selección natural, engrosada luego con la teoría de la supervivencia del más apto merced a la influencia de Malthus.

Pero Darwin nunca habla de evolución, por curioso que parezca, ya que la paternidad de esa noción (con la cual, por otra parte, Darwin pasó a la posteridad) le co-

responde a Spencer. Hablar, por ello, de evolucionismo darwiniano equivale a un contrasentido.

Incluso, la idea de evolución según el tomo IV de la *Enciclopedia francesa*, parece estar a punto de ser abandonada, tal como asimismo lo testimonian diversos trabajos científicos debidos, entre otros, a L. Cuénot, P. H. Simon, P. P. Grassé, F. Jacob.

Esta afirmación puede sorprender, pero, a juicio de Gilson, la evolución es una noción de carácter filosófico que se ha introducido en el campo de la ciencia como un cuerpo extraño. Por otro lado, negar la evolución no significa aceptar el fixismo, es decir, adherirse a una teoría que desconoce todo cambio y mutación de las especies. Si nuevas especies han surgido, ellas no provienen de las anteriores, al modo como el hijo proviene de su padre. Ciertas especies desaparecen, otras aparecen, y puede haber entre ellas analogía, o sea puede existir entre ellas una semejanza, pero no filiación. Dicho de otro modo, una especie nueva no ha sido engendrada por una anterior, sino que ella ha surgido gracias a la finalidad que lleva implícita y que ha promovido su aparición. Pero una nueva especie no nace de otra por lenta metamorfosis; toda filiación, en el caso de que se produzca, se mantiene en el interior de la especie, como en los équidos.

Ciertas variaciones pueden acontecer en el seno de la especie, ya que ésta admite una cierta flexibilidad. Mas una nueva especie no surge engendrada por una anterior. Los individuos prefieren morir antes que cambiar. En tal sentido, los cambios biológicos parecen tender hacia la producción de nuevos individuos y no de nuevas especies. Lo que explica la aparición de alguna especie nueva es la causa final que trabaja interiormente la materia y la va modelando paulatinamente, tratando de encarnarse en ella. Por otra parte, la finalidad no es algo distinto del viviente mismo, sino el principio interno de su desarrollo.

Gilson ha realizado en esta obra una elocuente apología de la causa final. Con su reconocido talento filosófico ha enca-

carado el problema de la evolución disipando malentendidos y lugares comunes. Al respecto, la evolución se presenta hoy como una idea que ha perdido su vigencia. Por ello, ni el transformismo, ni el evolucionismo dan cuenta de las mutaciones biológicas, sino el finalismo que impregna la naturaleza.

La lectura y el estudio de este libro han de ser sumamente fructuosos tanto para los científicos que trabajan en el campo de la biología, como asimismo para filósofos y epistemólogos que reflexionan sobre los datos de la ciencia.

RAUL ECHAURI

JOSE A. DE ALDAMA, *María en la patrística de los siglos I y II*, Ed. BAC, Madrid, 1970, 380 pgs.

Los últimos decenios han conocido un inusitado florecer de literatura mariológica. Sin embargo la investigación se ha orientado más hacia el plano especulativo que el histórico. Y especialmente la Patrística no ha sido el campo más favorecido. Existen, sí, estudios monográficos sobre tal o cual Padre de la Iglesia. Pero faltaban estudios de conjunto, que abarcasen una época determinada, como éste del P. de Aldama en el cual expone el panorama de los temas marianos en los dos primeros siglos del cristianismo. Y lo ha cumplido con indudable acierto, trazando sistemáticamente y sobre bases científicas, el desarrollo histórico de los dogmas marianos durante esos dos siglos. La época elegida abarca desde los orígenes de la literatura cristiana postevangélica hasta S. Ireneo, inclusive. Resulta singularmente interesante el hecho de que el autor no se haya limitado a los escritos de los grandes escritores primitivos, sino que además haya incluido la llamada literatura apócrifa, la cual pone tan de relieve la figura de María. Inmenso

el campo bibliográfico empleado por el autor, estudiando las fuentes con fino espíritu, y salvaguardando, sin detrimento de la investigación, el sentido vivo de la tradición de la Iglesia.

La intención del autor es presentar en sus orígenes los diversos temas dogmáticos y teológicos que integran el misterio de María. Los siglos I y II son de peculiar importancia para la historia de la Mariología posterior, pues constituyen sus fuentes venerables. El P. de Aldama ha preferido el estudio de los temas al estudio de los autores. Si bien así la intelección del esquema de conjunto que cada escritor ha elaborado acerca del misterio de María se resiente un tanto, dado que el intento del P. de Aldama atiende a la presentación de los dogmas marianos en la primitiva literatura cristiana, resulta a la postre más provechoso el método escogido.

El libro que nos ocupa va recorriendo uno a uno los grandes temas marianos. El autor prefiere evidentemente el punto de vista cristológico al eclesiológico, es decir, considera a María más en su relación con Cristo que en su respecto a la Iglesia, aun cuando no desdén esta última perspectiva. Si el gesto supremo del amor salvífico de Dios es la Encarnación del Verbo, este gesto se cumple precisamente en el seno maternal de María. El Salvador no es otro que el Hijo de Dios *natus ex María Virgine*. Madre y Virgen, madre-virgen, tal es la primera imagen de María, en un equilibrio humanamente insospechado, pero hecho posible por la acción sobrenatural de Dios. Frente a la paradoja, la herejía: la de los judaizantes, que pretende sacrificar la virginidad, y la de los docetas, que disuelve la verdad de la maternidad. Frente a la herejía, la defensa de la fe conculcada. La teología de los siglos I y II destaca y defiende ante todo, de manera insistente, la verdad de la *maternidad* de María, misterio esencial de nuestra fe. Partiendo de modalidades diversas (promesas antiguas, exigencias soteriológicas), San Ignacio, San Justino, San Ireneo, proclaman sin lugar a equívoco esta verdad medular. Asimismo sub-

rayan el carácter virginal de esta maternidad, tanto en su faceta negativa como en sus aspectos positivos. En la defensa de la virginidad se destaca especialmente San Ireneo el cual, sobre el telón de fondo de su teoría acerca de la *recapitulación*, teje el célebre paralelismo Eva-María, ambas madres, ambas vírgenes: a la virgen desobediente se opone la virgen del "fiat", a la virgen de la incredulidad se opone la virgen de la fe, a la maternidad de la primera, maternidad de muerte para todo el género humano, se opone la maternidad virginal de la segunda, maternidad de vida para todos los fieles, a *María in Evam recircumlatio*. (A propósito de esta "recircumlatio" que propone Ireneo, nos parece que la explicación que de ella ofrece el P. de Aldama en la p. 279, nota 58: "no parece signifique otra cosa que el hecho o la acción de referirse una persona u objeto a otra como a su tipo o figura", resulta un tanto minimista. Creemos que la expresión "recircumlatio" parecería sugerir algo más, una retoma, una "vuelta hacia atrás" de la historia, el retorno al Paraíso, mediante la disolución de los "nudos" trenzados por Eva).

Maternidad, pues, pero *maternidad virginal*, que no es sólo integridad corporal en la concepción, sino también parto virginal de María. A pesar de que la defensa de esta verdad que negaba un parto normal, pudo aparentemente ofrecer argumentos a las corrientes docetistas, restando a la doctrina ortodoxa un argumento en favor de la realidad del cuerpo físico de Cristo, sin embargo los autores antiguos no dudaron en proclamarla, aun cuando sin subrayarla demasiado para no dar pábulo a la herejía.

La maternidad virginal de María se manifiesta en los grandes escritores del siglo II como una maternidad estrictamente *soteriológica*. El misterio de María es un elemento esencial en el designio divino de la redención. Más aún, el paralelo Eva-María pone de relieve la acción personal de María en orden a la salvación, con sus actos libres y virtuosos, su fe y su obediencia,

todo lo cual implica una suerte de mediación en favor del género humano. Es nuestra **abogada** (abogada asimismo de Eva, dice algún Padre, por cuanto interrumpió el funesto proceso causal que Eva inició con su actuación en el Paraíso), y por ende, mediadora nuestra.

Asimismo los autores del siglo II destacan la **santidad** personal de María como un corolario lógico de su misión maternal y de su misión soteriológica. María aparece como la Virgen pura, la consagrada sin reservas al Señor.

Finalmente el P. de Aldama trata de encontrar en los escritos de estos siglos un esbozo del primer **culto a María**. Los prolegómenos de todo culto a una persona suponen una primera etapa de admiración correspondiente a su dignidad propia. Y de allí brotan la veneración, la alabanza, el amor, la invocación, la imitación. Todo ello no se alcanza en un día. Así sucedió con respecto al culto de María. La imagen espléndida de la Virgen-Madre, de la nueva Eva, fiel y obediente, causa de salvación, mediadora, no podía sino despertar la admiración, y consiguientemente la veneración y el culto. En relación con este tema el autor se detiene en el análisis del precioso apócrifo "Natividad de María", con su notable y primitivo manojito de plegarias a Nuestra Señora.

Tal es la trama de este interesante volumen. A pesar de un estilo en ocasiones demasiado analítico, el P. de Aldama ha tejido un cálido homenaje a la Madre de Dios. Destaquemos que no ha escrito la protohistoria de los dogmas marianos dejándose guiar de manera exclusiva por un método puramente positivo e histórico, sino que su estudio se amamanta en la tradición viva de la Iglesia tratando siempre de sorprender, en aquellos textos tan añejos, un contenido teológico a veces casi imperceptible, pero en el cual late ya la fe inextinguible de la Iglesia de siempre, la de ayer, la de hoy, y la de mañana.

P. ALFREDO SAENZ

NIMIO DE ANQUIN - Escritos Políticos. - Instituto Leopoldo Lugones - Santa Fe, 1972.

La verdadera cultura corre subterránea en la Argentina. Una irrupción o filtración de esa cultura es este librito del Dr. Nimio De Anquín, preclaro como todos los suyos —que no son muchos, infortunadamente.

La otra cultura, o sea la falsicultura, la descultura y la culterania se mueven ostentadamente delante de todos y disponen de copia de "posibles" para distribuir a sus secuaces: premios de todas layas, becas, subsidios, ediciones de libros indeseables, revistas descocadas y diarones hipócritamente "neutrales". Todo esto pertenece al creciente proceso de cretinización de las masas.

De algo enteramente novedoso e inusitado nos enteramos días pasados: la poetisa Alfonsina Storni ha sido canonizada por el Consejo Nacional de Educación y propuesta en un "homenaje" como modelo para las gurisas argentinas. Todos saben que fue una mujer inhonesta, infeliz escritora y suicida. No sabemos quién es el Presidente de ese "Consejo" desaconsejado. No podía dar una muestra más enorme de apostasía oficial. Puede ser que se afiche católico, y rece el Padre nuestro como Morúa y vaya al Te Deum como Ruiz Montero; y ha caído bajo la maldición de Jesucristo, de que más le valiera ser arrojado al mar, en el mismo lugar donde se ahogó la Estornina.

A mayor abundamiento, el mismo Consejo inaconsejable hizo hacer una edición de lujo de un cuento de Borges, con un dibujo y todo, quizás para repartirlo entre los desdichados gurises y gurisas de su imperio. Se trata de un cuento blasfemo titulado "El Evangelio de San Marco"; para mejor, plagiado de un ídem del inglés Harrison, publicado en: "Science-Fiction II", Collection Pocket Reader, de New York. Son dos ejemplos estruendosos entre tantos del

aparato de deseducación vigente sobre nuestro pobre pueblo, procedentes ellos de las más altas esferas de un gobierno "cristiano", y encañonados a los niños.

Con razón hallamos, al final del preclaro librito del filósofo De Anquín esta condena fulminante: "No entiendo cómo ahora puede haber gente que todavía piense en la posibilidad del liberalismo o de la democracia liberal, dos momias podridas hace tiempo".

—Es que no son gente; caro filósofo, ni son momias, sino gusanos; que se mueven en la carne muerta de "la entrega del país, o de la corrupción de la conciencia nacional, dos posibilidades que se concilian en la práctica..." (pág. 126).

Este es uno de los cintarazos entre los varios que De Anquín administra de paso a la herejía liberal, a la cual estima con razón como el tóxico responsable de los males actuales del país. El vómito de ese tóxico está expreso en forma acerada en el precioso opúsculo **Mito y Política**, impreso al principio del libro para felicidad de los que hace años lo buscábamos. Es como un pequeño Breviario de todo lo que es necesario decir sobre la Argentina, agrupado en proposiciones concisas y muy exactas con su breve prueba cada una, en torno de un tema único pero central. Hace años, cuando salió por primera vez el opúsculo, lo calificamos de "joya" en una nota de "Dinámica Social"; y la lectura reciente ha acrecido si cabe la admiración por ese ensayo inmejorable, digno de un verdadero filósofo y un eximio escritor. Decir que Nimio no tiene pelos en la lengua es no decir nada adecuado; hay que decir que tiene luz bajo del pelo, y que es el único filósofo cabal que tiene este país, y que ha tenido ya hace muchos años.

Los demás ensayos coleccionados participen de la excelencia de este, aunque quizá no lleguen a su perfección. El escrito final "**La Argentina en el nuevo eón del mundo**", quizás lo supera en profundidad, está repleto de asombrosa erudición y anuncia una cosa que simplemente no se sabe: "concretamente he afirmado que el

eón cristiano del mundo ha concluido". Esta afirmación, hecha buena por el escritor con serena argumentación, que más bien es explicación, derribará a los curas "triumfalistas" y si fuera posible barrería a los innumerables pazguatos y a los avivados que vociferan la "grandeza del país" y cantan a destiempo el "Al gran pueblo argentino, salud"; pues si hemos sido en un momento una rica promesa de pueblo grande, eso pasó hace tiempo.

Este ensayo en tres partes, publicado ya en la revista "**Aquí y ahora**" de Córdoba, es una mina de provechosas meditaciones y una especie de revelación de lo desconocido, que coloca al autor en la compañía de Donoso Cortés, pues malgrado de su protesta de "no ser profeta", es como Donoso un profeta natural, o un vigía de los tiempos. Algunos se han quejado de que el trabajo es "oscuro" e incluso que es "peligroso" por no decir erróneo o heterodoxo. O carecen de capacidad filosófica para asimilarlo o lo han leído someramente y deben leerlo de nuevo atentamente.

Largo va esto. Pero al menos séanos permitido repetir nuestro asombro de que un libro de tan decantada cultura sea editado modestamente en "**Santa Fe**", mi país, por un grupo de jóvenes, sin la menor ayuda del Fondo Nacional de las Artes—de las Malas Artes.—

P. LEONARDO CASTELLANI

JOSEF PIEPER, Prudencia y Templanza, Ed. Rialp, Madrid, 1969, 226 pgs.

Ediciones Rialp nos ofrece un importante estudio del profesor Josef Pieper, profundo metafísico y teólogo alemán, que lleva por título "Prudencia y Templanza". El libro se divide en dos partes principales, dedicadas a las virtudes mencionadas. El extenso prólogo que las antecede, no pue-

de dejar de ser leído, por cuanto guarda estrecha relación con el resto de la obra. En efecto, el autor nos entrega con ajustada precisión la **idea cristiana del hombre** para la que recurre no sin razón, a la teología moral de la Suma Teológica del Doctor Angélico. Y esta moral de la teología clásica, como exposición de la idea del hombre, es esencialmente una doctrina de las virtudes.

Josef Pieper, con su penetrante y fina captación de la realidad, va recorriendo el camino de las virtudes cardinales, siguiendo con personal fidelidad las perennes enseñanzas del Aquinate, en un lenguaje que es continuamente ágil y asequible al hombre de nuestros días.

Al tratar de la virtud cardinal de la prudencia —en la primera parte de la obra—, Pieper hace resaltar que se trata de la **primera** de las virtudes cardinales. Esta primacía de la prudencia (virtud que nada tiene que ver con el renunciamiento cobarde o con la 'prudencia' de la carne, como comúnmente se cree) refleja "la armazón interna de la metafísica cristiano-occidental, globalmente considerada; a saber: que el ser es antes que la verdad, y la verdad antes que el bien" (pág. 40). La primacía de la prudencia está dada también, por ser esta virtud, **causa** de que las restantes virtudes sean virtudes. Ahora bien, la prudencia está relacionada con la realidad, ya que el conocimiento de la realidad es la medida del obrar prudente. Por tanto, prudente es aquel que, profundamente **realista**, conoce la verdad, y desde la verdad **real**, ama y quiere el bien.

Siguiendo con su original y acertada exposición del problema que lo ocupa, Pieper señala a la virtud de la templanza como la más personal de las cuatro virtudes cardinales, ya que tiene por sentido y finalidad hacer orden en el interior del hom-

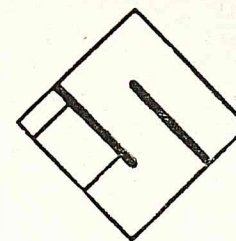
bre. La templanza, pues, como virtud ordenadora, hace que el hombre sea un **todo armónico**, a pesar de sus componentes dispares. Al imponer el orden en el interior del hombre, la virtud de la prudencia libera y purifica. Sobre todo esto último.

Es de notar que, considerados de este modo exacto y real, las virtudes de la prudencia y de la templanza, adquieren una renovada significación para el hombre de hoy. Pieper nos entrega los temas que estudia, re-elaborando a partir de los datos de la filosofía y de la teología tomistas, una síntesis personalísima, sin descuidar por cierto las fuentes de la Patrística, especialmente San Agustín. La síntesis de Pieper está contemplada en la entraña de los textos mismos y volcada en una expresión sobria, moderna, y de gran belleza literaria.

Lo dicho convierte este trabajo de Pieper, que debe ser leído en el contexto arquitectónico de su obra integral, en una reflexión particularmente adecuada a las necesidades concretas de nuestro tiempo. De nuestro tiempo inundado por una imprudencia básica, imprudencia que ya se ha hecho habitual, corriente, casi una estructura (que nadie se ocupa de reformar), y por una intemperanza generalizada, intemperanza producida por la subversión total del orden interior, cuya expresión más evidente es la pornografía y la corrupción pública de las costumbres.

La seriedad y profundidad de las investigaciones originales de Josef Pieper señalan la lectura de esta obra (y de todas sus obras, como una fundamental prioridad contemporánea.

RICARDO B. MAZZA
seminarista de la Arquidiócesis de Santa Fe
3er. año de Teología.



**Entre Ríos es una firma
responsable al pie de
su póliza**

**Instituto Autárquico
Provincial del Seguro**

ENTRE RÍOS